
LA CRUZ EN EL AGUA.

NOVELA ORIGINAL DE R. BLANCO ASENJO.



¡Cielo y tierra! ¿Será preciso recordarlo? Ella le abrazaba como si sus deseos aumentaran saciándose. ¡Y sin embargo! En un mes... No pensemos más en ello...

SHAKESPEARE.—HAMLET.

I.

¡SANCTA SIMPLICITAS!

Tanto se ha escrito sobre la vanidad de los propósitos, á más de lo mucho que sobre el particular la propia experiencia enseña, que inútil sería insistir sobre el asunto. Hoy aborrecemos lo que ayer nos agradaba; mañana haremos lo que hoy habíamos prometido no hacer nunca. La volubilidad es la pasión predominante aún en los caracteres más tercos.

Hay quien afirma que nuestro organismo físico en continuo cambio, varía y se altera de tal modo, que en ménos de un año nuestro individuo material es ya otro individuo. Si esta teoría pudiera hacerse extensiva al espíritu, podrían explicarse las apostasías políticas, las infidelidades conyugales, las resoluciones inesperadas y los arrepentimientos tardíos.

Por otra parte, esta solución, la más cómoda de todas, tendría las más fatales consecuencias. Las leyes no podrían sujetarnos al cumplimiento de los contratos, y las academias borrarían de sus diccionarios las palabras *promesa* y *jura-*

mento; la mujer propia no podría quejarse si era abandonada, y los sastres reclamarían vanamente el pago de sus cuentas.

Por fortuna los legisladores, ocultando tanta debilidad humana, lo han arreglado de otro modo, prohibiendo toda volubilidad é inconsecuencia, á excepcion de dos materias que han considerado ilegislables: la política y el amor.

Si el hombre llevado de su natural veleidoso mudaba de ideas religiosas, el tribunal de la Inquisicion le quemaba vivo; si movido de su tendencia á variar, abandonaba sus propósitos de pagar sus deudas, le metía en la cárcel la curia de todos los tiempos.

La inconstancia humana, aprisionada como el vapor en la caldera, buscaba una salida; la legislacion, sábia y precavida, la abrió dos válvulas, los cambios de casaca y las infidelidades amorosas. De aquí la multitud creciente de políticos resellados y de engañados amantes.

En una palabra, la inconsecuencia humana sólo es legalmente permitida por lo que toca al corazon y al estómago. Es ya un axioma político que cada cual ha de comer cuando pueda, con quien pueda y como pueda. Por otra parte, ningun legislador desde Solon acá se ha entrometido en que el hombre cambie de novia, como se muda de calcetines.

Sobre ámbos asuntos la sabiduría humana ha promulgado su famoso proverbio: «nadie puede decir de esta agua no beberé.» ¡Soberbio y aterrador *ultimatum*, que hace inclinar humildes á las voluntades más enérgicas!

La inconstancia humana, vencida por la volubilidad de su naturaleza, se confiesa impotente, y el proverbio corre de boca en boca repetido por el solteron reácio, por el vividor político y por la doncella inocente.

Tambien hay incrédulos que niegan, soberbios que se oponen, y cándidos que se rien. El tiempo se encarga de castigar su incredulidad, su candidez y su soberbia. Entónces los destructores vencidos, son prueba eficiente de su vana resistencia; pero la humanidad que no se corrije con el escarmiento, sigue y seguirá siendo en este, como en otros asuntos, ó incrédula, ó cándida, ó soberbia.

Estas y otras muchas consideraciones surgieron en mi

mente, repasando entre mis papeles la correspondencia de un amigo mio, vivo ejemplo de debilidad humana; y porque juzgues si en ellas anduve inoportuno ó acertado, quiero, lector benévolo, hacerte traslado generoso de sus cartas, que dispuestas en orden cronológico son las siguientes.

II.

LA HISTORIA DE SIEMPRE.

.....1.º de Abril de 1876.

Querido Luis: Decididamente la vida de la contemplacion de los campos es el mejor remedio que los médicos me han podido recetar. Tú conoces la naturaleza de mis males, tú eres mi médico; nadie mejor que tú comprenderá que si me hubiese acercado á un facultativo, hubiera atendido gravemente á todas mis indicaciones, me hubiera pulsado, me hubiera preguntado si tenia dolores en los hipocondrios, acabando por recetar los tónicos, ó los purgantes, ó los unos despues de los otros. Pero las enfermedades no están siempre en el cuerpo: hé aquí el error de esos sábios naturalistas que niegan toda influencia del espíritu sobre el organismo, y lo componen todo á fuerza de píldoras y cocimientos.

Nadie mejor que tú, amigo mio, sabia el quebrantado estado en que se hallaba mi salud. Pues bien; ésta ha variado favorablemente. Si le preguntas al doctor la causa, te dirá que es el cambio de aires, los buenos alimentos, el ejercicio que predispone á las funciones digestivas, el sueño moderado, etc., etc.; de la tranquila expansion del espíritu, del ameno espectáculo de los campos, de seguro que no se acordará siquiera.

Esto no es extraño: hay hombres que no conciben más mundo que el encerrado dentro de su gabinete. Para ellos la naturaleza es el sol pálido que medio se oculta entre los empañados vidrios del corredor, el puñado de estrellas que ven sobre su cabeza, al dirigir la vista á lo alto de un patio en el que viven como dentro de un embudo, los árboles alineados

del paseo cubierto de arena amarilla, y los súcios arroyos que llenan las calles al abrirse las mangas de riego. Esta vida de las grandes poblaciones tiene en sí toda la monotonía de un aparato mecánico, pero que lastima y mata. Hé aquí el origen de mis males. Hé aquí la explicacion de mi mejoría rápida y casi fabulosa.

..... 17 de Abril de 1876.

Querido Luis: Dispensa mi pereza en escribirte. Apenas podrás comprender esta paradoja, y sin embargo es muy cierto, la vida ociosa que aquí se lleva, ocupa tanto que apenas queda tiempo para nada. Todo el dia lo paso en una soledad completa que se adapta perfectamente á mi carácter sombrío y melancólico.

Poco á poco se han restaurado mis fuerzas, y me siento en disposicion de dar diariamente un paseo de dos leguas. A legua y media de aquí, en la aldea de N... hay un valle deleitable en cuyo centro se levanta una graciosa quinta. Todas las tardes voy hasta allí, y vuelvo antes del crepúsculo, generalmente á pié, aunque hace unos dias he tenido que alquilar un caballo, porque los caminos están llenos de lodos por la humedad del tiempo. El señor alcalde y el boticario de este pueblo me han propuesto presentarme á las damas de la quinta; pero lo he rehusado, contento con esta vida campestre que llevo.

Por lo demás, la sociedad me persigue como siempre y se opone á mi régimen solitario y contemplativo. El boticario se ha enojado porque no voy por las noches á su tertulia; una linda tertulia de provincia.

Ayer domingo, mis tentativas de evasion fueron inútiles; el maestro de escuela acechaba la hora en que debia dar mi paseo y salió á mi encuentro. Deshízose en excusas por no haberme acompañado otro dia, disculpándose con sus ocupaciones y añadiendo que si me esperaba al verano, tendria vacaciones durante la canícula y me acompañaria por las tardes. Figúrate un hombre alto, seco, sério y profundamente presumido.

La conversacion en el paseo no pudo ser más agradable. Al salir del pueblo, empezó una discusion arquitectónica. Caballero, me dijo; ¿cree Vd. que nuestra iglesia tiene una construccion exclusivamente bizantina? ¿Verdad que esa bóveda es demasiado elevada, que las columnas son altas y estrechas, que el ornamento de los capiteles es corintio, que las basas son anchas hasta acercarse al toscano puro, que las arquivoltas llegan hasta las cornisas, que los toros y los arquitrabes son demasiado salientes, que en el ornamento hay una complicacion de flor de loto con ogiacanto mezclándose con flores lisadas y jaqueles?...

No le interrumpí en su erudito discurso y así continuó cerca de media hora. Al fin comprendió que no le escuchaba, lanzándome una mirada desdeñosa, plenamente convencido de que era yo un ignorante incapaz de apreciar su portentoso talento.

Ya me creia libre de tan impertinente martillo, cuando el imperturbable preceptor, abandonando la arqueología, emprendió otra discusion sobre botánica.

Al regresar al pueblo empezaban á brillar en el cielo algunas estrellas. Esto dió motivo al maestro para un tercer discurso sobre la probabilidad de habitantes en los planetas.

..... 4 de Mayo de 1876.

Querido Luis: Me reprendias en tu última por mi carácter misántropo, y me decias que mi génio se dulcificaría con la vida del campo. Imposible, Luis; la sociedad me hastía, y sin embargo, se empeña en perseguirme cuanto más huyo de ella. Ayer era fiesta en el pueblo y no pude escusarme de asistir al refresco que daba el boticario. Sólo Dios sabe el rato que pasé de martirio.

No comprendo cómo estas buenas gentes tienen ese afán que manifiestan por imitar á los de las ciudades. Viven en medio de un paraiso y anhelan el infierno; figúrate que prefieren encerrarse en reducida habitacion, á pasearse por los anchurosos campos; que no reparan siquiera en que la luna es más bella en las noches de Mayo, cuando su luz

fantástica resbala sobre los penachos blancos de las acacias y los rosados ramilletes de las lilas. Prefieren á esto un quinqué, cuya llama llena de tufo la estancia, y por asientos, en vez del mullido césped, la grosera anea de sillas cojas y medio deshechas. Este será poco más ó ménos el decorado de la sala en que nos recibió el farmacéutico, con gran contentamiento de su esposa, señora cuya gordura contrasta con la extremada estrechez de su marido.

A las ocho dió principio la reunion, sirviéndose un chocolate en tazas poco más chicas que jofainas, y unos enormes bollos y dulces de todas clases, concluyéndose lo que llamaban *refresco* con un cuartillo de agua de naranja. En vano me rogó el farmacéutico que bajase con él á la botica á echar una mano de tresillo en compañía del médico y del reverendo pastor de almas; preferí quedarme en la sala donde estaban las señoras, y más de una vez me arrepentí de esta ocurrencia. Ya sabes muy bien lo poco galante que soy con las mujeres; ¡figúrate si me veria apurado cuando la señora de la casa me dijo que era preciso que bailase!

En la sala habia hasta una docena de muchachas con sus mamás correspondientes, pues los hombres se habian bajado todos á la botica á presenciar la partida de tresillo, quedando solos cinco ó seis mozalvetes y mi persona; con lo que la proporcion de los sexos era muy desventajosa; pero aún lo fué más, cuando de los cinco, dos se pusieron á rascar vihuelas y otro á chiflar en un flautin que á prevencion traia en el bolsillo.

Era la primera vez que iba á la tertulia de la casa y no hubo más remedio que complacer á la dueña de ella. Eramos tres á bailar y habia que cumplir con todas; así escuso decirte que pasé la noche sudando en continuo toma y deja. A las doce se acabó todo aquello. Yo salí renegando del boticario, de su mujer y de los musiquillos de flautin y vihuela.

Por lo que toca á mis parejas de baile, ya sabes mi opinion sobre las mujeres; ninguna me parece capaz de enamorarme: pues bien; las de anoche ni aún me agradaron siquiera. Todas ellas son muchachotas frescas, no desgraciadas de rostro, pero necias y pretenciosas, que toman el menor

cumplido por palabra de casamiento, se sonrojan de todo, visten colores chillones, y van atrasadas dos ó tres años en la moda de peinarse.

..... 19 de Mayo de 1876.

Querido amigo: Mucho te habrá extrañado mi silencio por tantos dias; pero me dispensarás, luego que sepas que no ha sucedido nada digno de contarse desde la última vez que te he escrito. Resuelto como te dije á llevar una vida completamente agreste y solitaria, me he refugiado en los bosques, que empiezan á engalanarse con flores y verdura.

Entre los sitios deleitosos de las inmediaciones, ninguno hay que me agrade tanto como las orillas de un estanque á una legua de este pueblo y que pertenece á la hermosa quinta de N... Recostado sobre el mullido césped y á la sombra de los espinos verdes tejidos por unas enredaderas blancas que llaman aquí *campanillas de plata*, paso las horas enteras en muda contemplacion mirando la superficie de las aguas rizadas por el viento que mece las copas de los castaños con su dulce ruido y se lleva las hojas de púrpura de las amapolas, que caen y flotan sobre el estanque. ¡Ay amigo mio! ¿quién podrá contar los instantes que se pasan en tal éxtasis? Un momento es la eternidad cuando el alma se halla tan absorta y distraida.

Sin embargo, no estoy del todo satisfecho con el lugar referido por no parecerme bastante retirado. La quinta de N... se halla inmediata y sus ventanas, cubiertas de una espesa parra, caen frente por frente á la vereda que conduce á mi escondite. Ayer al bajar sospecho que me vieron; oí el ruido de una ventana que se cerró de golpe.

.

.....23 de Mayo de 1876.

Querido amigo: Hace dias me veo privado de la soledad en el campo. El alcalde de este pueblo no puede comprender las delicias de mi paseo y se ha empeñado en fastidiarme

con su compañía. Hace días me le encontré en la plaza al atravesar el pueblo para ir al lugar que en mi última te describí. «¿Dónde se vá?» me dijo; yo no supe qué responderle y no hubo medio de excusar que también él viniese. En el camino añadió: «No será esta la última vez que tenga el honor de acompañarle; el ayuntamiento dá poco que hacer, y si algo ocurre, ahí está el secretario: de modo, dijo riéndose, que seremos dos los vagos.»

Hé aquí un modo de insultarle á uno sin que se pueda dar por ofendido. Me cree vago porque no voy á labrar la tierra. Esta es la manía de todos los pueblos. Para ellos, son vagos el escribano, el médico, el boticario, y todos los que no se ocupan en las faenas del campo.

Insensiblemente se prolongó nuestro paseo hasta mi sitio favorito; y le hice sentar á la orilla del estanque. «Aquí vengo todos los días,» le dije. «Hace Vd. mal, me contestó; aquí hay humedad y es fácil cojer unas calenturas; otro día véngase conmigo, iremos de caza, ya verá cómo se divierte.» Es que, insistí yo, mi vista se complace en lo ameno del paisaje que desde aquí se disfruta; esas aguas tranquilas y corrientes en las que se refleja el azul del cielo, este perfumado ambiente que se respira... «¿Vd. fuma?» me dijo abriendo su petaca. Entónces comprendí que el alcalde no es capaz de sentir las bellezas del campo y las maravillas de la naturaleza.

Estaba incómodo en aquel sitio y propuso que nos marchásemos. Yo le invité á que aguardase más tiempo. «¿Y anda Vd. una legua todos los días para venir aquí?» me preguntó volviendo á sentarse. Sí, le contesté, y él repuso: «es extraño.»

Al retirarnos, cuando pasábamos por frente de la quinta, oímos cerrarse una ventana. El alcalde volvió la cabeza, y dijo con sonrisa maliciosa: «¡ah vamos, ya caigo!» Confieso que sin saber por qué hube de sonrojarme. «Aquí hay misterio, prosiguió, ya comprendo, caballero, por lo que Vd. se ha aficionado á estos alrededores.» Yo le rogué me explicase sus palabras, pero él se contentó con decir: *«ya soy perro viejo, amigo mio, y á mí nadie me engaña.»*

..... 29 de Mayo de 1876.

Amigo Luis: Hasta ayer noche no he podido descifrar el sentido que tuvieron las palabras del alcalde. Me obligaron á asistir á la tertulia del boticario, y entre las distintas conversaciones que salieron á cuento, una hubo en la que oí nombrar muchas veces á la señora dueña de la quinta de N...

«Mi marido, decia la mujer del cirujano, la visitó este invierno cuando la señora mayor estuvo mala.»

«Como no bajan al pueblo, yo no las he visto todavía,» añadió la boticaria.

«Son unas ridículas»...

«Y unas orgullosas»...

«Y unas coquetas»...

«¿Lo dice Vd. por las niñas?» preguntó la boticaria.

«Sí tal, contestó una vieja, verdad que no son feas, pero gastan unos humos»...

«No encontrarán novio fácilmente,» dijo con timidez una polla.

«Y eso que son ricas,» añadió otra.

El alcalde entró en aquel momento, preguntando á uno de lo que se trataba. Luego que lo supo, dijo con malicioso énfasis y mirándome fijamente: «pues sepan ustedes, señoras y señoritas, que yo podria decirles quién galantea á ...» y aquí se quedó detenido.

«¿A Blanca?» dijo la boticaria.

«¿A Luisa?» preguntó otra curiosa.

«No tengo poder para tanto,» repuso el alcalde, dándose importancia y confundiéndome con señas y guiños.

He resuelto no volver más al estanque, ni poner los piés en los alrededores de la quinta. ¡Enamorado! ¡me creen enamorado! ¡Ay, Luis, qué poco me conocen! Tú que sabes mi horror á la mujer, comprenderás lo imposible que es esto.

Siempre huiré de un sexo, que nunca puede acarrear sino desgracias. Es imposible que la mujer comprenda ni sienta el amor, y por tanto inútil es pensar que haga feliz al hombre que se deje cautivar en sus redes. La mujer es un sér mucho

ménos perfecto que el hombre, y con esto se comprende lo que puede esperarse de ella. En fin, repito nuevamente que nunca me enamoraré de ninguna.

.....3 de Junio de 1876.

Querido Luis: Nada de particular ha ocurrido en mi vida campestre, que se ha deslizado tranquila, sin más incidentes que las demasías agasajadoras del alcalde, que ha dado en el tema de llevarme á caza, haciéndome andar por los eriales con la fuerza del sol, á pique de cojer un tabardillo; pero ya he dado al fin en el remedio de librarme de sus convites importunos.

El alcalde tiene un magnífico perro color de canela, á quien creo ama mucho más que á sus hijos. Un dia... perdónemelo la raza canina, pero tan aburrido estaba, que era preciso consumir al sacrificio; un dia haciéndome el distraido, bajé la puntería, y en vez de matar á un tordo, dí á *Lucero* una perdigonada en una pata. El alcalde puso el grito en las nubes; yo me excusé de mi torpeza; el animal volvió al pueblo cojeando, y hé aquí que desde el dia en que puse en juego mi criminal diplomacia, el bueno del alcalde no ha vuelto á invitarme á la caza de tordos.

He resuelto volver á pasear á las orillas del estanque. Tengo en ello un gran placer, y nada debe importarme de lo que digan importunas bachillerías. El hombre debe hacerse superior á las murmuraciones malévolas y sin fundamento.

.....10 de Junio de 1876.

Querido amigo: Como te avisaba en mi última, ayer fuí á pasear á orillas del estanque y me sucedió un contratiempo inesperado. Me es ya imposible llevar á cabo el proyecto que tenia de no volver á pasear aquellos sitios solitarios.

Ayer como esperaba, sonó la ventana al ir á mi escondite; alcé de pronto la vista, y por ligera que quiso retirarse, ví una mujer bastante jóven que en su fuga precipitada dejó enre-

dado su pañuelo entre las ramas de la parra. Volvió á asomarse para recobrarlo, pero una ráfaga de viento lo habia arrojado á mis piés; lo cogí maquinalmente, y cuando alcé la cabeza no estaba ella en la ventana. Entónces reflexioné sobre el compromiso en que me hallaba de subir á la casa para devolverlo.

Por otra parte, la comision era hartó enojosa. Con el pañuelo en la mano y sin saber qué hacer, debí estar casi un cuarto de hora.

Aún no me habia resuelto, cuando oí pasos que se deslizaban sobre el césped. Eran una señora anciana y dos jóvenes que salian de la quinta. Yo me acerqué á ellas, y ellas fueron las primeras en saludarme. Mi posicion era bastante embarazosa.

Una de las jóvenes me dijo mirando el pañuelo que aún tenia en la mano. «Cuando estaba en la ventana... he dejado caer...»

No la dejé concluir, y la dije: «¿es de Vd. este pañuelo, señorita?»

«Sí, señor, respondió, mire Vd. mi nombre,» y me hizo notar que en una de las puntas estaba bordado: *Luisa*.

La señora mayor me dió las gracias por una galantería que yo no habia tenido, y la conversacion se enredó sin saber cómo. Me invitaron á pasear por el jardin y hube de aceptar, porque si bien no me agrada la sociedad, tampoco me gusta cometer groserías.

Al separarme, fueron tales sus ofrecimientos, que no encontré recurso de negarme, y me veré obligado contra mi voluntad á frecuentar un sitio del que ya me habia despedido. .

.

..... 30 Junio de 1876.

Querido Luis: Lo caluroso de la estacion no permite proseguir en las escursiones campestres, y como en este pueblo apenas hay sociedad, paso la mayor parte del dia en la quinta de N... La señora es una viuda rica, que vive con sus sobrinas Luisa y Blanca, huérfanas, encomendadas á su cuidado.

A la caída de la tarde damos algunas vueltas por el jardín y visitamos el estanque, que está más hermoso cuando reverbera los últimos rayos del sol poniente.

He tomado un caballo para volver antes que sea de noche. Sin embargo, Luisa toca tan admirablemente el piano, que algunas veces me he retrasado, volviendo más tarde que de costumbre.

Cuando crezca la luna podré retirarme sin temor aunque sea á media noche.

..... 17 de Julio de 1876.

Querido amigo: Anoche tuve una disputa con la señora del boticario, y de resultas no pienso volver á poner los piés en la casa.

Ayer celebraba el santo de una de sus hijas, y yo fuí, aunque á la fuerza, uno de los convidados. En la tertulia murmuraba un corrillo de mujeres, y cuando me acerqué oí confusamente los nombres de Luisa y Blanca. Quise salir á la defensa de las ultrajadas, y la señora de la casa hubo de incomodarse.

Yo me marché furioso, y cuando salía, el alcalde, que estaba en el zaguan, se acercó á mí, y con una risita impertinente murmuró á mi oído: «*Cuando digo que yo soy perro viejo y que á mí nadie me engaña*».. . . .

..... 30 de Julio de 1876.

Amigo Luis: Hace días que no te escribo, porque mi vida se desliza sin acontecimiento alguno digno de contarse. Sigo concurriendo todos los días á la quinta de N... en la que se ha hecho indispensable mi presencia. Hace días hicimos una expedición matinal por el bosque que está inmediato. La tía se hallaba indispuesta y me confió á las dos jóvenes, y en verdad que agradecí mucho la distinción que en esto se me hacía.

El paseo fué pintoresco y agradable; sin embargo, no pasaré en silencio un pequeño incidente que hubo de ponerme en un extraño compromiso. Blanca, la más joven de las dos hermanas, iba delante porque lo estrecho de la vereda no permitía fuésemos los tres juntos. Luisa se apoyaba en mi brazo. Al pasar por unos zarzales fué necesario inclinar hácia adelante nuestras cabezas, y Blanca, que estaba del otro lado, se quitó su pañuelo y echándonosle encima, dijo haciendo la señal de la cruz con la mano: «Dios os haga buenos casados,» y despues rompió á reir con infantil travesura.

Luisa riñó á su hermana por la broma y yo no supe decir nada. El resto del paseo guardamos Luisa y yo profundo silencio. Cuando regresamos, hacia demasiado calor, y Luisa venia sonrojada. Hasta hoy no habia reparado que es una muchacha bastante bella.

..... 18 de Agosto de 1876.

Querido amigo: He estado algunos dias en cama, de resultas de una caida del caballo. Luisa y Blanca me mandaban vendajes y preguntaban por mi salud dos veces al dia. Les estoy tan agradecido, que ayer, aunque medio cojo, fuí á hacerles la primer visita. Al atravesar el jardin ví á Blanca que me saludó, y echó á correr para llamar á su tia; me quedé solo con Luisa, y como aún estoy algo débil, me ofreció su brazo.

Por más que hago, no puedo recordar de qué hablamos; Luisa estaba muy triste y me pareció más bella. Como estábamos en el jardin, corté algunas flores y la hice un ramillete. Ella se quitó las que llevaba en la cabeza; eran azules, y muy parecidas á unas que yo he visto en las orillas del estanque. «¿Qué flores son estas?» pregunté tomándolas. «Son las flores que más me gustan, me repuso; se llaman *no me olvides*.»

La tia llegó en este momento, y nuestra conversacion quedó interrumpida. Me retiré muy tarde de la quinta; y al salir, Luisa me estrechó la mano y me dijo por lo bajo: «no pierda Vd. mis flores.»

..... 26 de Agosto de 1876.

Querido amigo: Ayer fué el santo de Luisa, y por consiguiente, hubo fiesta en la quinta de N... Además está decirte que yo me hallé entre los convidados. También asistió el alcalde de este pueblo, y por más señas, que me tocó á su lado durante la comida.

Luisa estaba tan hermosa como no recuerdo haber visto otra mujer. No quiero que me trates de inconsecuente cuando comprendas que Luisa hace tiempo cautiva mi corazón sin yo saberlo. Si tú la conocieras, dispensarías mi debilidad.

Ayer valsamos juntos; sentía latir su corazón junto al mío; sus ojos quemaban mis ojos y por mis labios cruzaban á veces sus rizados y finos cabellos. Yo estaba loco.

Cuando cesó el baile la llevé á uno de los balcones que dan al jardín. La luna hería su semblante, que á su luz parecía aún más hermoso.

Entonces la dije: «yo la amo á Vd., Luisa.»

¡Cuán breves se me hicieron los instantes de una noche que de seguro fué la más feliz de mi vida!

Los convidados fueron saliendo y yo fuí de los últimos en despedirme. Tan preocupado venía, que no ví al alcalde que me llamaba para regresar conmigo. Como era muy tarde tuve que esperar á que me abriesen en casa; los criados se habían dormido.

En este tiempo llegó el alcalde y murmuró, después de desearme buenas noches, *cuando digo que yo soy perro viejo y que á mí nadie me engaña....*

..... 1.º de Setiembre de 1876.

Querido Luis: Soy el más feliz de los mortales. Me siento alegre y lleno de placer y dicha. Luisa me ama. ¿Puede haber en esta vida una felicidad mayor que la de encontrar una mujer que nos ame? Es imposible concebir otro ser más adecuado que la mujer para sentir el amor, y es por tanto

inútil pensar que el hombre pueda ser feliz sin dejarse cautivar en sus dulces redes. La mujer es un sér mucho más perfecto que el hombre..... etc., etc.

III.

POST SCRIPTUM.

Aquella historia se completaba con la carta recién abierta que yo tenía sobre la mesa; era una esquila litografiada; una participación de *efectuado enlace* según el ritual establecido por la moda.

«Es imposible que la mujer comprenda ni sienta el amor, y por tanto, inútil es pensar que haga feliz al hombre que se deje cautivar en sus redes. La mujer es un sér mucho menos perfecto que el hombre, y con esto se comprende lo que puede esperarse de ella. En fin, repito nuevamente que nunca me enamoraré de ninguna....»

Mi amigo Luis escribía esto en 29 de Mayo sin precaver lo que pudiera escribir en 1.º de Setiembre, ni lo que podría hacer más tarde. ¡Que así se mude de opinión en menos de tres meses!

Si mi amigo Luis fuera capaz de hacerse ahora tales reflexiones, envenenaría su luna de miel con el amargo tósigo de la duda. ¡Oh, inconstancia del corazón humano! Hoy ama lo que ayer aborrecía. ¿Cómo asegurarnos, en medio de esta horrible fatalidad, de que no odiamos mañana lo que hoy nos es amado?

¿Y aún nos atrevemos á llamar infiel al amante que olvida, y deshonesto á la viuda que contrae segundas nupcias? ¡Como si ellos fueran responsables por faltar á promesas absurdas y á juramentos imposibles! Nadie puede obligarse á más de lo que pueda cumplir. El corazón humano, inconstante y voluble, se engaña siempre que promete; de este engaño no es culpable, porque empezando por engañarse á sí mismo, no cabe en él malicia. En estas cosas el corazón humano es cándido como un niño.

¡Ay! ¡cuántos que han repetido multitud de veces «de esta agua no beberé,» han bebido de ella!

El refran continúa corriendo de boca en boca; todos le repiten, pero ninguno se corrije; el corazón continúa prometiendo, prometiendo para no cumplir.

¡Cuánta es la candidez de los que creen en la fijeza de un sentimiento, en la eternidad de un afecto! Los que estos crean, consulten á su propia experiencia, y verán levantarse, evocados por su memoria, los recuerdos de firmes resoluciones, de sentimientos profundos y de pasiones violentas que han pasado por su alma, como la quilla del barco por la superficie del lago, no dejando más huella que la cruz que el inocente niño vanamente intenta dibujar en el agua.

SONETO.

Yo de niño pensé que la hermosura
 Aparente del mundo que veía,
 En los juicios de Dios se producía;
 Que tal engaño la ilusion procura.
 Mas cuando, para eterna desventura,
 El velo se rasgó que me cubría,
 Y halléme preso en la region sombría
 Do el bien se extingue y la desgracia dura;
 Como obra de los hombres, veleidosa;
 Como don de mortales, infecundo,
 Parecióme la tierra celebrada.
 ¡Pobre ilusion de mi niñez dichosa!
 ¿Qué es la materia convertida en mundo,
 Para el grande misterio de la nada!

LUIS CALVO REVILLA.

EL ESPÍRITU DE LA AGRICULTURA MODERNA ⁽¹⁾

(CONCLUSION.)

Dejando la cuestión más general, la situación actual del bracero en relación con las dos clases superiores, propietario y arrendador, puede resumirse en una frase: las antiguas relaciones semif feudales están totalmente extinguidas. El antiguo espíritu local ha desaparecido. Hay un dicho familiar que afirma que son idénticos los intereses del dueño de la tierra, del que la arrienda y del que la trabaja. Considerando las cosas desde un punto de vista general, es ésta una verdad incontrovertible; pero como con tantas otras generalizaciones, sucede con ésta en la práctica completamente lo contrario. Para todos los fines prácticos, los intereses del bracero y del arrendatario son exactamente opuestos entre sí. El gran objeto del bracero es obtener el *máximo* de jornales con el *mínimo* de trabajo: el del arrendatario, como el de todos los que necesitan emplear gente, es conseguir el mayor trabajo posible al precio más bajo. Aparte de toda consideración sentimental, ésta es la raíz del asunto. Se resuelve en libras esterlinas, chelines y peniques. Hubo en un tiempo cierta comunidad de intereses entre el bracero y el que le pagaba; pero en la actualidad, están recíprocamente en la misma posición que los jornaleros y dueños de una fábrica. De todos modos, los braceros mismos hacen todo lo que pueden, con pensamiento, palabra y obra, para mejorar su estado. Determinados están á sacar hasta el último penique del que los emplea: obrando así, no

(1) Véase el núm. 21, pág. 21.

hacen otra cosa que ponerse de acuerdo con el espíritu de los tiempos, y no hay motivo para calificar de violenta su conducta. Méenos que nadie pueden quejarse los arrendatarios, porque últimamente han manifestado una resolución semejante para obligar á los propietarios de las tierras á concederles las condiciones más ventajosas. Es ésta sólo una fase más de la presión social, que se extiende desde los más bajos á los más altos.

Admitiendo honradamente este hecho, y no intentando comentarlo, queda por saber hasta qué punto puede el que arrienda aguantar la presión del movimiento del trabajo; en otras palabras, cuánto subirán los jornales. Hay bastantes razones para creer que no hemos llegado todavía á ver el último precio. En poquísimos años, los jornales del campo han subido un cincuenta por ciento: todavía no están, sin embargo, satisfechos los que los cobran; y es general en los que pagan la queja de que aunque se les paga tanto más, se muestran cada vez méenos inclinados á trabajar en el campo. Se deja oír el refunfuño de la demanda por reducción en las horas, por el pago de horas extraordinarias, y se nota el más decidido espíritu de descontento é insubordinación; aunque la huelga nominal ha pasado, realmente sigue su curso y no estando limitada á una localidad, se extiende hasta el último rincón en donde trabaja el arado.

Ultimamente, se dió á menudo el caso de que si un hacendado amenazaba despedir á uno de sus trabajadores, todos ellos le hacían saber su determinación de dejarle en comunidad como cumpliera la amenaza. Ahora bien; este sólo hecho habla y denuncia el espíritu que hoy prevalece entre los jornaleros, sobre todo habiendo ocurrido una vez y otra en localidades situadas á doscientas millas del teatro de la gran huelga y donde no existe la organización de la Unión.

La Unión misma está como cubierta por una nube; pero su espíritu vive y es vigoroso. Sabemos de quienes han labrado una tierra durante cuarenta años (y antes que ellos sus abuelos) y que se han retirado del todo de estos negocios diciendo que no podían someterse á que los mandaran sus braceros. Estos dicen: «Nos habeis tenido bajo la planta del

»pié mucho tiempo, amos; ahora nos hemos puesto nosotros encima.» Más de una vez se han oído estas palabras en los campos.

Solia el bracero quedar ligado por el agradecimiento al hacendado en el invierno, en cuya estación eran los jornales bajos y escasos. Pero la emigración al extranjero y á las inmediaciones de las grandes fábricas y establecimientos industriales del país, han aclarado tanto las filas del trabajo, que ahora en realidad nunca anda éste escaso, en invierno ni en verano. Tampoco bajan nunca los jornales tanto como antes. Ha sucedido también que con un número menor de trabajadores, mayor demanda y jornales más altos, ha coincidido también mejor alojamiento. El número y la calidad de las chozas ha mejorado últimamente muchísimo, pues se edificaron muchas por un verdadero deseo de crear lazos de afecto entre el jornalero y el que le paga, y para concluir con los errantes hábitos del primero. Pero el resultado ha sido precisamente el contrario; porque el jornalero sabe hoy que ya no está obligado á ser cortés por miedo de perder su choza y huerto, pues los hay de sobra en todas partes.

El bracero sabe que su valor está en alza y obra en conformidad. Los muchachos y todos los jóvenes, generación que nace llena de ansioso espíritu y no domada por la experiencia, dan en cara á los que los emplean con la condición de las cosas de una manera irritante en extremo, y causan amenudo un mal querer, que de otra manera estos no hubieran sentido. En estas circunstancias no es de esperar que el coste del trabajo se mantenga sin cambios; necesita subir, á menos que tenga algún gran tropiezo la prosperidad general del país.

El trabajador agrícola cada día se identifica más con el mecánico; cualquiera que sea el rumbo que tomen la mayoría de los obreros, les seguirá aquel más ó menos pronto.

Cuando el trabajador del campo esté educado, como sucederá muy pronto ahora que las escuelas están funcionando activamente en todo el país, más dispuesto y más pronto estará á responder á las sugerencias de sus hermanos del comercio y de la industria que se han dado una organización. Los que nieguen esto pueden hacerlo solamente cerrando los ojos

á la evidencia de los hechos. Y tratando este punto, no estará fuera de lugar hacer alguna indicacion referente á la educacion del trabajador agrícola. Hay ahora abundancia de medios para la educacion de la juventud; pero todos los que han pensado acerca del asunto, saben bien que la verdadera educacion no acaba con eso. En las ciudades tienen los obreros sus institutos para maquinistas, sus salones de lectura, bibliotecas públicas, clases para todo linaje de conocimientos, y nadie se sorprende de oír decir que el hijo de un maquinista ha obtenido un premio de South Kensington. Es asombroso observar los vastos auditorios compuestos de obreros inteligentes que se juntan para escuchar las conferencias de los hombres científicos.

Ahora bien; tan pronto como el muchacho del campo sale de la escuela elemental, queda en completa libertad, olvida lo que ha aprendido, se le deja con cierto orgullo y amor propio solamente, creyendo que sabe tanto como el que le da trabajo. Lo que se necesita es una educacion para el hombre hecho y derecho, algo que despierte su cerebro, que suavice las asperezas de una inteligencia inculta. A causa de lo esparcido de la poblacion, un establecimiento análogo al instituto para maquinistas, un instituto para trabajadores agrícolas, apenas es posible en los distritos rurales. Pero sí lo es la conferencia con un experimento interesante, y acudirían á ella la mayoría de los trabajadores. ¿Por qué no habian de ir de aldea en aldea dándose conferencias, ilustrando en el local de la escuela la teoría de la luz y del calor, la fisiología de las plantas y de los animales, cosas con las que el trabajador del campo está siempre en contacto, ó describiendo con la ayuda de pinturas el progreso de un Livingstone ó un Franklin? Aunque los auditorios no llegarían á los de las ciudades, el que diera la conferencia experimentaria una satisfaccion porque estaria realmente enseñando; y se escucharia con la boca abierta y en el mayor silencio hasta la última de sus palabras. Tal vez se juzgue extravagante la idea. ¿Para qué necesita el que ha de manejar el arado conocer estas cosas? Se aproxima el dia en que tendrá voz y voto en el gobierno y direccion del Estado. Aunque aplazado, no hay duda que el derecho de votar tiene, por último, que extenderse al

trabajador agrícola. Su influencia se sentirá entónces directamente. Los candidatos al Parlamento tendrán entónces que formar sus programas de modo que consigan su apoyo. Es muy de desear que antes de que llegue ese estado de cosas reciba el labrador alguna educacion más que la que puede darse ántes de los trece años de edad. Se ha objetado que la educacion hace insubordinado al trabajador agrícola jóven: esto en parte es verdad; pero es una idea que no merece ser tenida en cuenta. Una educacion más completa produciria resultados opuestos. La clase superior de mecánicos está ahora bien educada y sus miembros no son insubordinados: bien educados están los dependientes del comercio y no insultan á sus principales.

Resumiendo brevemente, el espíritu del trabajador agrícola en estos momentos es inquieto, mudable, no fijo, avanza hácia un fin indefinido, comercial, en el sentido de exigir el mayor valor por el trabajo hecho, independiente con aspereza y amenazador algunas veces. Tiempo es ya de sobra de que se haga algo en gran escala, como indiqué en un trabajo anterior (1) para encontrar al bracero á medio camino. Vale la pena de hacerlo, porque hay un buen material honrado en que trabajar, un material que ha demostrado ser durante siglos la espina dorsal del país.

Aunque el movimiento del trabajo ha dificultado grandemente al arrendatario, tambien ha mejorado su causa, porque el aumento de presion sobre él dió por resultado la ley de los arrendamientos agrícolas. El espíritu que anima al hacendado moderno ha sido ya ampliamente aclarado, pasando revista á la práctica de la agricultura, pero queda todavía que examinar el cambio en sus hábitos personales. Exceptuando los que labran tierras pequeñas, cuya posicion es poco más elevada que la de los jornaleros agrícolas, la vida del labrador está más cerca ahora de la del habitante de las ciudades. La antigua costumbre de levantarse temprano, de desayunarse temprano, de comer temprano y de recogerse temprano pertenece ya á la historia. Hay agricultores ahora

(1) *Village organization.*

cuyas mesas no se ven despejadas de los almuerzos hasta la hora que sus antepasados hubieran considerado propia para *lunch*, ó hasta el medio día, y que ordinariamente comen á las seis con diversos platos. Son los tales, no hay para qué decirlo, hombres de capital; pero al mismo tiempo el contraste de costumbres es igualmente grande, porque hombres de gran riqueza se hubieran quedado estupefactos hace solamente algunos años ante tales vinos, cigarros, carricoches, pianos, caballos de caza en las cuadras y hasta lacayos á la moda. La clase media de los agricultores tambien ha alterado sus maneras de vivir de un modo semejante, aunque sin llegar á tales extremos. La carne de puerco era en un tiempo el principal alimento, incluso el tocino; ahora carnes de vaca, carnero y ternera son las generales. Casi todos tienen cuando ménos una buena jaca, y un respetable *dogtrap* ú otro carruaje. En asuntos sociales están ménos aislados, ménos á lo aldea, más refinados en el habla y modales.

Reina un tono más de *gentleman*; la antigua y ruda brusquedad está desapareciendo. Hijas bien educadas en buenos colegios, hijos que han sido enviados á los de las grandes ciudades y á las escuelas elementales conforme van creciendo, introducen gradualmente maneras más civilizadas en los hogares á la antigua. Hasta el ajuar cambia, los pisos de piedra se quitan y se sustituyen con los de madera: se alfombran cuartos que siempre habian estado desnudos, ocupan el lugar de las sillas antiguas angulares y de derechos respaldos, los modernos sillones y sofás. Las cornucopias de hoja de lata y los antiguos candeleros de metal amarillo son reemplazados por lámparas de parafina; tenedores y cucharas de plata han ocupado el puesto del antiguo tenedor de acero de dos dientes; el cuchillo de trinchar con el mango de asta de ciervo ha desaparecido de la vista. El reloj monumental de ocho dias con la esfera de bronce y el lento y ponderoso péndulo se ha arrinconado en el cuarto de los trastos viejos, y se ha colocado sobre la chimenea uno moderno. Ya no trabajan los hijos con largos sayos ó blusas y enormes botas, las hijas no ordeñan, y no obstante unos y otros están, al parecer, completamente ocupados. Con este cambio de

hábitos ha desaparecido la antigua costumbre de beber con exceso. Se lee el diario y se renueva con frecuencia el surtido de libros. La conversacion no está limitada á hablar de ganados y granos; el agricultor moderno es un hombre de ámplia ilustracion general, que puede discutir cuestiones muy remotas de su casa de campo. Tanto mejor que así suceda.

Con ideas que abarcan más, con educacion más elevada y aquella especie de conocimiento que se adquiere viajando de vez en cuando, las antiguas preocupaciones locales no merecen ya crédito: brota un espíritu más liberal, que es tolerante para con los otros. Si así no hubiera sido, el conflicto entre el jornalero y el arrendatario se hubiera señalado con violencia, mientras que es cosa reconocida por todos que la conducta de los que emplean braceros ha sido en general conciliadora. Las cámaras de agricultura, si otra cosa no han hecho, han abierto cuando ménos los lábios del arrendatario, que sale al frente atrevidamente ahora, sin temor á propietario ni agente, y con la palabra y por escrito proclama sus ideas. El hecho es que por grados se ha formado una opinion popular agrícola; si el arrendatario conoce que está con él dicha opinion pública, sabe que está á salvo diga lo que quiera. Los antiguos labradores eran una raza callada: callan y aguantan, se decia de ellos, y todo el mundo conoce la muestra de taberna en que John Bull, en traje de labrador, paga sin vacilar por todos, reyes, sacerdotes, abogados. El agricultor moderno es un orador y un escritor público, que no oculta sus quejas, y por el contrario, á todos vientos las proclama. Empiezan tambien á darse cuenta de su propio valer, á comprender que representan una enorme suma de riqueza, y á obrar de concierto con el objeto de conseguir un poder correspondiente. Están aprendiendo á toda prisa lo que significa la palabra organizacion. La existencia de la Cámara Central ha demostrado cuán directa influencia puede ejercerse sobre el gobierno. El espíritu de los que tienen campos en arriendo, en un sentido político, es decididamente agresivo. Socialmente hay una inmensa mejora que se manifiesta de una manera más caballerosa, una facultad de hablar y escribir con facilidad, y costumbres domésticas refinadas.

Los propietarios se ven entre la espada y la pared: los trabajadores por un lado, molestándoles por cabañas, huertas, reparticiones y escuelas; los arrendatarios del otro, molestándoles por compensaciones, nuevos edificios para la labor, desecaciones, adelantos en general. Su posición está ménos distintamente definida que hasta aquí; están en un estado de transición, por lo cual es su actitud algo incierta, y parece como si carecieran de conexión entre ellos, de tal manera, que hay casos de propietarios que recurren á uno de los dos extremos: el de la aspereza ó el de la liberalidad. Por una parte, de unos pocos se dice que manifiestan una irritación natural por los cambios de los últimos años, y que están dispuestos á exigir que la ley se cumpla á la letra. Por otra, todos los días y constantemente se oye hablar de propietarios que han sobrepujado los mayores deseos de los arrendatarios, que construyen edificios nuevos, desecan el terreno, ofrecen ayudar para la compra de los aperos costosos, y dan un justo y oportuno plazo para concluir el arriendo é indemnizaciones liberales. Todavía más: hubo algunos que después de las desastrosas inundaciones y del mal tiempo de la estación última, perdonaron una gran parte de los arriendos. En general, hay la impresión de que los propietarios están dispuestos á seguir una conducta generosa, y prontos á seguir la marcha de los acontecimientos. Hay también la impresión, bien ó mal fundada, de que habría muy pocas disputas entre propietarios y arrendadores si sus relaciones mútuas pudieran hacerse sin la ayuda de agentes. Esto es, sin embargo, imposible hasta que se simplifiquen las leyes territoriales.

Ya no se oyen nunca los antiguos escándalos de los cuales se hablaba antes, sobre si se metía el propietario con la libertad de conciencia de su arrendatario. Cuentos tales como el que se refiere de un señor aficionado á cazar, que ordenó á sus arrendatarios que votaran en azul con objeto de asegurar la elección de un candidato que le ofrecía un marjal, y luego, en la elección próxima, les mandaba que votaran en amarillo por la misma razón, óyense ya pocas veces y no se les da crédito. Con el deseo de evitar malas inte-

ligencias, más de un gran propietario publicó en las últimas elecciones una nota precaviendo particularmente á los arrendatarios, que no creyeran en los agentes que fueran á visitarlos, sino que obraran en exacta conformidad con lo que les dictaran sus deseos. Personajes en política notoriamente conservadores, y caracterizados ministros de la Iglesia anglicana no se niegan á recibir arrendatarios de opiniones precisamente opuestas. Puede afirmarse que con rarísimas excepciones tiene ahora el arrendatario absoluta libertad de acción política y social.

Queda todavía un manantial de dificultades entre el propietario y el arrendador: es la forma anticuada del contrato ó arriendo. Las cláusulas, ó más bien las restricciones del antiguo contrato, estaban bien calculadas para proteger la finca contra todo daño, en aquellos tiempos en que se entendía que habia de bastarse á sí propia. Pero en los momentos actuales, si se insistiera en estas reglas, un arrendatario emprendedor se veria á cada paso en un tropiezo; y como cosa comun y corriente, en muchos casos prescinde de ellas y quedan abiertamente violadas por tácito consentimiento del dueño, que insiste todavía en conservar dichas cláusulas. Los propietarios de tierras sienten una natural vacilación á abandonar esas garantías que parecen haber conservado sus haciendas de generación en generación. Pero aun en este asunto hay señales de progreso. Se han hecho arriendos y contratos sin ellas y se han adoptado por muchos.

Hay dueños de tierras, y algunos con grandísimas propiedades, que van á la vanguardia de la agricultura civilizada, y su influencia sobre la colectividad de propietarios para ir mejorando la anterior rigidez de los contratos, es altamente beneficiosa. Queda el mal definido temor á una tendencia hácia la partición de tierras, al arriendo irlandés, á un indebido reconocimiento del arrendador á expensas del propietario, y dicho temor hace que vacilen muchos, los cuales en otro caso tomarian la delantera. Pero es un miedo sin fundamento: esas ideas repugnan al espíritu de los agricultores y no han adquirido fuerza sobre sus ánimos. Una medida semejante seria por ellos rechazada, como anti-inglesa.

Es la verdad que el propietario y el arrendador están en mejores términos, considerada la cuestión en globo, que el arrendador y el bracero.

Hay en la Cámara de los Comunes y en la de los Lores numerosos miembros y Pares que poseen inmensas extensiones de terreno y que pertenecen á los dos partidos. Hasta últimamente los arrendadores liberales y conservadores que se sientan en el Parlamento, les habian dejado seguir las disposiciones del partido, sin intentar siquiera dominar sus decisiones ó introducir medidas agrícolas. Pero en los últimos años han creado una opinion popular agrícola, y un partido político agrícola obligado á llevar á cabo medidas en su favor ó provecho. Cuando acontece que llegan á la discusión estas proposiciones, se vé un fenómeno singular. Los miembros representantes de la propiedad rural, sea cualquiera el lado de la Cámara en que se coloquen, encuentran de repente que tienen un interés comun, fuera de las consideraciones de partido. Examinando estas medidas descubren que en ellas van envueltos sus intereses y que pueden patrocinarlos; el resultado es que despues de una manifestacion de resistencia por el qué dirán, votan de la misma manera tanto los liberales como los conservadores. Han aumentado últimamente las indicaciones de este género y tienen que ir creciendo todavía más, conforme vaya el partido agrícola ganando terreno y tomando empuje.

Quizás nada hay más notable en la historia política reciente que la rápida elevacion al poder del partido que representa los intereses modernos agrícolas. *Modernos*, decididamente; porque han desaparecido tantas divisiones antiguas, tantos gritos de alarma han perdido su significacion, que la política actual de la agricultura puede conceptuarse como completamente nueva. Todavía es vieja en el sentido de una adhesion invariable á las formas y principios constitucionales. Es sorprendentemente nueva en el desarrollo de las ideas fundamentales, en las formas que ha tomado, y en los medios por los cuales ha procurado realizarlas. En un tiempo hubo un partido de la *jóven Inglaterra*, ahora hay el de la *jóven agricultura*, tan patriótico como el antiguo, pero que

se manifiesta de otra manera. Ha perdido aquella añeja confianza ciega en un partido, en un caudillo que en alguna ocasión lo distinguiera, y no vacila en hacer decididas protestas una vez satisfechos sus deseos. La retirada del ministerio de Mr. C. S. Read fué un poderoso caso del carácter tranquilo de la *jóven agricultura*. El espíritu independiente que le anima ha entrado hasta en los espíritus de hombres cuyas vidas enteras han indicado sus sentimientos de partido. Al terminarse la última legislatura se oyó á algunos que declaraban que habian sido *tories* empedernidos cincuenta ó sesenta años, declamar contra la acción de un gobierno *tory* y aplaudir la conducta de Mr. Read. Miembros cuya probabilidad de distinción política dependía enteramente del favor de sus jefes, no se asustaron de criticar severamente á dichos jefes, con la conciencia de que sus distritos agrícolas habian de apoyarlos.

El partido de la *jóven agricultura* tiene esta inmensa ventaja; las medidas propuestas son tales, que todo arrendador, todo agricultor, vé que son en ventaja suya y las apoya por tanto con ardor, sin tener en cuenta las antiguas denominaciones. Ha tomado sér una poderosa maquinaria, una organización que se extiende por todos los ámbitos del país y que últimamente da señales de firme consolidación. Las Cámaras de Agricultura en todo distrito rural reúnen las opiniones de los residentes, y estas opiniones vienen á un foco en la Cámara central, que está en directa y frecuente comunicación con el gobierno. La parte más extraña de todo es que esta organización es deliberadamente ajena á la política, y que como cosa común y corriente, excluye estrictamente las palabras liberal ó conservador. Es como si dijeran: «No queremos por más tiempo dividirnos en dos campos opuestos y debilitar nuestras fuerzas naturales con luchas internas. De hoy más nos constituiremos en una vasta sociedad, en una compañía anónima. Reconocemos un hecho: que nuestros intereses son idénticos y nos reunimos para ver de que sean tenidos en cuenta.» Esta es, en pocas palabras, la actitud de la agricultura moderna.

Dicha actitud es en gran parte debida al cambio extraor-

dinario en la práctica de la agricultura y á la abolicion de la creencia de que el hombre de Manchester y el del campo, tenían de toda necesidad que ser antagónicos. En vez de manifestar una oposicion rabiosa al comercio y á la industria, ó á aquellas medidas que á la extension de los mismos tienden, es hoy la agricultura uno de los más firmes apoyos de la industria y uno de los más importantes consumidores para el comercio. Enormes fábricas para producir útiles de labranza atestiguan la influencia de la agricultura sobre el giro de hierros. La casa de campo, que un tiempo se bastaba y sostenia por sí sola, obtiene ahora sus recursos de casi todas partes y hace nacer un inmenso tráfico. Requiere carbon para la casa y las cabañas, carbon para la máquina de trillar y para el arado de vapor. Requiere hierro, bronce, cobre, acero, etcétera, para esas máquinas y para la maquinaria que mueven. Las multitudes encuentran empleo en la construccion de estas máquinas, en explotar las minas carboníferas, en fundir el hierro. La locomotora atraviesa el país en servicio de las tierras, el veloz buque de vapor hiende el mar, y el ocupado cerebro del especulador está siempre pendiente de la abundancia y demanda agrícolas.

Un agricultor de juicio que observe todo esto, no puede conservar prevencion contra el comercio ó la industria. Existe una comunidad apreciable de intereses entre el agricultor y el comerciante, y á la par de ella necesariamente cierta reciprocidad de sentimientos. La distincion trazada entre el labrador y el fabricante, y entre el bracero y el obrero por dias y por horas vá borrándose conforme se van mezclando sus intereses. Al mismo tiempo la presion de las circunstancias ha tendido á suplantar sin interrupcion la antigua raza de labradores, hecha á costumbres tradicionales, con una nueva colonia, por decirlo así, que no tiene que sostener la fama de una consecuencia invariable. El agricultor típico del dia es un hombre que sabe tanto de libros como de novillos, y lo mismo habla de ciencias que de rebaños; un hombre pronto á descubrir las ventajas posibles, ansioso de apoderarse de ellas, y que quiere gastar su dinero mejor que atesorarlo. Ha sacrificado el sentimiento á la utilidad. Ha

derribado los árboles nocivos, ha arrancado de raíz los vallados de zarzas, ha acabado con los pintorescos cobertizos de paja, reemplazándolos con otros cómodos de pizarra. Pero también ha abolido el muladar delante de la puerta y utilizado sus preciosos constituyentes para aumentar la fertilidad del terreno.

Es natural que con condiciones tan alteradas, se haya desarrollado un espíritu nuevo, un espíritu que no está ya limitado por el aislamiento y la permanencia inmutable, sino que se asimila las necesidades é intereses de otros y está pronto á sufrir un cambio razonable. La notable importancia del partido agrícola en los días que corren y la influencia que ejerce sobre los acontecimientos, es principalmente debida á esta elasticidad y al vigor de que va acompañada. No restringido ya por antecedentes rígidos y por selvas de intrincadas raíces en su conducta, lleva todo el peso de su número á la lucha en favor de las medidas que se recomiendan, sin tener en cuenta las consideraciones de una política de tradiciones. Sin embargo, todavía conserva el principio de dicha política. Esto se vé en que tan poderosos esfuerzos son hechos con una moderación admirable y una veneración alta por los procedimientos constitucionales.

La política de la agricultura se ha hecho agresiva y tenaz, absorbiendo en sí ideas no siempre originadas por sus mismos jefes. El juego obstinado, lento, de esperar se cambia por una organización de empuje, incompleta todavía, pero que se aproxima rápidamente á la madurez. Podrá observar la diferencia todo el que se ponga á comparar los discursos de los representantes, hechos solamente hace poco tiempo, con los pronunciados por los jefes en interés de los terratenientes. En lugar de consignas legendarias, de la repetición de gritos de partido y afirmaciones rotundas, se oyen hoy cuidadosos argumentos, ejemplos apropósito y datos estadísticos bien formados. Sabe el orador que se está dirigiendo á una clase educada é inteligente, y sabe más todavía que sus palabras serán pesadas por un público grande y en aumento, que no es precisamente agrícola, pero que está íntimamente relacionado con la agricultura.

Los jefes del partido están también aprendiendo á las mil maravillas esa destreza política que únicamente puede adquirirse teniendo experiencia en el manejo de los hombres, y contacto con el centro de gobierno. Saben cuándo deben apoyar sus proposiciones, cuándo deben dejarlas dormir en el olvido, cómo maniobrar con sus fuerzas y hacerse aliados de los que no tienen compromisos contraídos. El torrente de la opinion, al pasar sobre los distritos más lejanos, ha dejado detrás una firme convicción de que la union de fuerzas es lo que más se necesita; así es, que cuando se despliega la bandera y se da la orden de avanzar, todo el ejército agrícola responde al llamamiento. Después de todo, quizás es el carácter de las peticiones, más bien que el método de hacerlas, lo que les ha llevado á tanto progreso. Medidas fundadas en la sana razon, recomendadas por el sentido de la justicia natural y presentadas de un modo moderado, tienen la seguridad de la aprobacion pública. El partido de la *jóven agricultura* nada pide que subvierta el actual orden de cosas, no solicita despojo de ninguna clase, y cuidadosamente evita las pretensiones extravagantes. Sus ideas principales están fundadas sobre la razon más bien que sobre el sentimiento, y convienen, por lo tanto, con el temperamento de la época.

Como los cambios y vastas mejoras realizados en la práctica del cultivo han ido acompañados por la formacion de un nuevo programa, del mismo modo, es muy probable que las modificaciones futuras y las extensiones de la práctica puedan ocasionar un plan político todavía más amplio. Las alteraciones en el método de cultivar la tierra llevan esencialmente á hechos legislativos y hacen que los partidos tomen un aspecto correspondiente. Está dentro de los límites de lo probable que antes de que se pasen muchos años la marcha irresistible de las circunstancias obligará á la agricultura á buscar un manantial de utilidades muy diferente para la inversion del dinero del que hasta ahora se ha acostumbrado. La idea primitiva de labrar la tierra es un negocio fundado en proveer á las primeras necesidades de la vida. Hablar de una casa de labor, es desde luego evocar visiones de trigo,

sosten de la vida, de la carne y de la lana para vestirse. Pero hay síntomas que tienden á demostrar que en lo sucesivo, los negocios del campo no dependerán tanto de las necesidades como de lo supérfluo. Si la actual corriente de acontecimientos sigue sin obstáculos sérios, el agricultor ántes de mucho tiempo buscará sus ventajas en la producción de objetos de lujo.

Ya en parte sucede así. En todas partes se oye la queja de que el trigo, sencilla necesidad de la vida, no deja ventajas al agricultor por ser muy grandes las importaciones de este grano (1). Los dos años últimos han sido malísimos para el cosechero de trigo. En uno hubo una cosecha excepcionalmente grande, pero los precios cayeron tanto, que se cebaron con trigo las reses vacunas y de cerda. La otra cosecha fué más corta de lo que por término medio es; pero el mercado permaneció igualmente sin oscilaciones. Los pocos que sostienen que el trigo es un buen negocio, ó tienen arrendadas en términos muy ventajosos las tierras, ó labran las propias. Las verdaderas razones para sembrarlo todavía parecen ser: primero, que es un producto que las escrituras y convenios de arriendo permiten sacar desde luego de la finca para convertirlo en metálico, metálico que los hombres de negocios muchas veces necesitan, áun á costa de un sacrificio, y segundo, porque tales convenios prescriben una cierta rutina, y alterarla seria en verdad costoso. Cada año va aumentando la importación, y mejora el cultivo extranjero; á ménos, pues que surjan complicaciones tales como las de una guerra, claro es que el agricultor se verá cada vez más forzado á abandonar el cultivo de lo que constituye lo necesario para la vida y fijará su atención en lo supérfluo. Ya lo ha hecho por cierto en algun tanto (2).

¿Qué son las grandes cantidades de carnes de primera clase de vaca y carnero, las de castas especiales de ganado, sino superfluidades y una indicación de una parte de la población

(1) Ultimamente han entrado en el mercado los trigos de la India, que compiten con los ingleses.

(2) No se eche en olvido que el articulista habla de la Gran Bretaña.—
(Nota de la R. C.)

de las ciudades de que esperan lo supérfluo de los agricultores? Quieren á toda costa tener lo mejor que haya en carnes. El resultado es que cada año que pasa, aumenta el número de los labradores dedicados á mejorar sus ganados de todas clases y con gastos enormes. Con solo fijarse un momento, es evidente que animales por los cuales se han pagado precios verdaderamente de capricho, no resarcirian al carnicero si los llevara al matadero; pero no se trata de eso; el objeto es obtener á toda costa la carne más delicada y un *nombre* para esta. La carne, pues, se trata como artículo de lujo. Véase el enorme consumo de cordero y ternera. La leche enviada á Lóndres y otras grandes ciudades no solamente es consumida como una necesidad, sino como un lujo, en la pastelería y confitería, y ¿qué es sino lujo la leche condensada? Cualquiera puede calcular el área necesaria para surtir á la metrópoli sola de hortalizas tiernas, repollos bretones y verduras semejantes.

Podrá objetarse que esto pertenece á la horticultura y no á la agricultura; pero el hecho es que la agricultura se va gradualmente convirtiendo en una horticultura en escala gigantesca. En cuanto es, pues, posible predecir el espíritu que animará á la agricultura del porvenir, parece que dejará á un lado su antiguo fundamento en las necesidades y dependerá principalmente de los artículos de lujo. Solamente produciendo artículos que se vendan á un alto precio, siempre en aumento, pueden los agricultores resistir la presión social. Con altos alquileres, grandes gastos en maquinaria, abonos artificiales y trabajo, es evidente que el sistema antiguo no puede durar por mucho tiempo.

Jamás, según todas las probabilidades, hizo la agricultura en ninguna época de la historia del mundo esfuerzos tan ciclópeos. No solamente Inglaterra, sino Francia, Italia, Austria, Rusia y aún la India, están moviéndose. Nuestras fábricas de artefactos agrícolas, después de haber satisfecho las primeras ansias del apetito por maquinaria en nuestro país, están construyendo máquinas de arrastre, trilladoras y otros aparatos para el extranjero. Hasta las vastas llanuras de la distante Rusia han oído ya el zumbido de las máquinas in-

glesas. En todas partes, los agricultores se levantan y avanzan. Los labradores asociados de América, con el nombre de *granjeros*, ejercen inmensa influencia en su país.

El cambio en el sistema de cultivo de las casas inglesas de labor, como la mayor parte de todos los cambios, aunque ventajoso para la colectividad, ha sido causa de mucho sufrimiento individual. Hombres de pequeño capital y de limitada empresa, inhábiles para ponerse á la altura de las circunstancias, han sido lanzados en muchos casos de sus arrendamientos. De aquí nace una demanda artificial por casas de labranza pequeñas que sean como puerto de refugio para el no emprendedor. En ellas puede seguir á la antigua, al ménos durante algun tiempo. Podria venir tambien un conflicto para la agricultura en general, si el nuevo sistema entrara á la fuerza antes de que todo estuviera preparado. Pero mientras la mayoría del país permanezca en prosperidad y la agricultura se acomode á la alteracion de demandas de la poblacion, tendrá ante sí un porvenir brillante.

Para estar preparado para ese dia el partido de la *jóven agricultura* está adelantando atrevidamente, y al parecer, de un modo acertado. Una sola cosa debe de tener presente, que es, la mejor educacion del bracero. Más ó ménos pronto tendrá el derecho electoral, y entónces ejercerá un poder enorme. Si desde que tiene trece años de edad se le deja abandonado al arado y á la taberna, ¿qué hay que esperar? Una prueba más de la verdad del adagio de que para saber poco más vale no saber nada. Si, por el contrario, se cuida de que debe ensanchar sus ideas limitadísimas y muy reducidas en la actualidad, llegará á ser el nervio del partido que se levanta.

Lo que por ahora necesita principalmente ese partido es un jefe, un cacique de caciques. Ya tiene hombres de energía, inteligencia y facultades organizadoras; le falta el hombre que pueda combinar, que pueda fundir en uno sólo los elementos discordes y que proclame el espíritu de la agricultura moderna con atrevidísima bandera y en conmovedores términos.

RICHARD JEFFERIES.

(*New Quarterly Magazine.*)

VOL. II.—TOMO VI.

II

MÁS ALLÁ DE LA TUMBA.

¿No habeis contemplado alguna de esas tranquilas y diáfanas noches de estío la bóveda celeste? Y al miraros envueltos en los pálidos resplandores de los cincuenta y seis millones de estrellas aseguibles á nuestros sentidos, directamente ó por medio de instrumento óptico; al recordar que, segun Flammarion, un rayo de luz, que desprendiese cualquiera de los soles de una nebulosa telescópica, emplearia en llegar á la tierra, á razon de ochenta mil leguas por segundo, más de cinco mil millones de años; al considerar que todos los soles, incluso el nuestro con su familia planetaria, tardan miriadas de centurias en recorrer su órbita en direccion á un punto desconocido del espacio, que será el centro matemático de la atraccion universal, el centro del infinito; ¿no habeis sentido turbada la vista, desvanecida la mente y los lábios deseosos de prorumpir en himnos de alabanza á Aquél, *Eterno Geómetra* de Platon, *Primer Móvil* de Aristóteles, *Causa de las Causas* de Ciceron, cuya grandeza nos abisma, ménos por la inmensidad de su poder que por la armonía de sus leyes?

Reclinados en vuestra mesa de estudio, agobiada la cabeza al peso de la meditacion, ¿no habeis alguna vez departido á solas con vuestro pensamiento en esas altas horas de la noche, en cuyo profundísimo silencio parece que hasta se percibe el ruido de las ideas? Y al considerar que nadie hay, por afortunado que sea, que se llame completamente feliz en este con sapientísima razon denominado valle de lágrimas; al recordar que el lobo devora al cordero y duerme tran-

quilo, mientras Cain ensangrentado no halla lugar en que ocultarse; al mirar como sagrados los recuerdos de vuestros deudos y parientes difuntos; ¿no habeis inducido que la muerte encierra altísimo misterio; que en nuestros remordimientos, que en nuestras pasiones, que en nuestro sér hay algo más que materia, sustancia espiritual que se escapa á los procedimientos de la química, célico iman que nos atrae á pesar nuestro al mundo de lo suprasensible, á una justicia eterna y á una dicha sin límites?

No de otro modo sintió y pensó el hombre desde sus primeros pasos sobre el planeta. No de otro modo sintieron y pensaron todos los pueblos, desde los más bárbaros de Africa, que profesan el fetiquismo, ó sea la adoracion á la naturaleza en su concepto más grosero, hasta los más cultos de Europa, que profesan el Cristianismo, ó sea la adoracion á Dios en su concepto más puro.

En vano ciertos viajeros hablan de alguna que otra tribu salvaje, cuyas ideas religiosas son limitadas, ó de alguna que otra que no tiene culto exterior conocido; hecho en que ex-triba la argumentacion de Büchner para negar la existencia de un Hacedor Supremo. Porque ni la limitacion de las ideas religiosas implica su carencia absoluta; ni la falta de culto externo presupone la del interno; ni la existencia de un Supremo Hacedor, en el órden científico, de la razon y de la lógica, puede descansar exclusivamente en la hipótesis más ó ménos probable de las ideas innatas, no admitidas por San Agustin, Santo Tomás y Bossuet; ni las afirmaciones de tales viajeros son tan infalibles que no haya otras, de viajeros tambien, que las contradigan; ni, supuesta la veracidad de ellas, destruiria la excepcion la regla general, practicada desde los persas á los indios, desde los egipcios á los griegos. ¿Qué significa el descreimiento de alguna que otra tribu salvaje en comparacion con la fé de todas las naciones de la tierra, que consideran este sentimiento universal, que Moliére denominaba «perfeccionamiento de la razon,» Maury «filosofía de la desgracia» y Bonald «sociedad entre el hombre y Dios,» como ley de la naturaleza? ¿Qué significan, comparados con las primeras inteligencias de la humanidad, unos

cuantos escritores, más ó ménos distinguidos, ocupados en repetir las doctrinas franca ó hipócritamente materialistas, (propias de la infancia del género humano, olvidado de la Revelación, que sólo cree lo que vé, pero impropias de su edad adulta, cuya condición espiritualista, desarrollada casi por completo, le impulsa á penetrar en alas de la ciencia en las regiones más abstractas de la metafísica), las doctrinas materialistas, que hace tantos siglos, y con detrimento de sus respectivas repúblicas, propalaron ya Leucipo y Epicuro en Grecia y Lucrecio y Plinio el Antiguo en Roma; cuando las tres cuartas partes de aquellos señores concluyen por arrepentirse, apenas les amenaza algun peligro, siguiendo las huellas de los Montaigne, Voltaire, Delecluze y otros por el estilo?

En vano ciertos autores aseguran con Herder que el hombre vivió muchos siglos sin el sentimiento de la inmortalidad del alma, que adquirió por grados y muy tarde, citando en apoyo de semejante tésis algun oscuro texto del *Libro de Job*, torcidamente interpretado. Porque contra él protestan, entre otros, los siguientes textos del mismo Job, claros, explícitos, terminantes: «Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día ha de resucitarme de la tierra, y que de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y que en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo y no otro, segun la esperanza que está depositada en mi pecho» (1). «Huid de la vista de la espada, porque espada hay vengadora de iniquidades, y tened entendido que hay un Juicio» (2). «¿Habrá alguien que enseñe ciencia á Dios, Juez de todos los hombres, desde el más humilde al más alto?» (3). Despues de esto ¿qué hemos de decir nosotros? ¿Qué hemos de decir ante la ignorancia, por no suponer mala fé, de tales sofistas?

Discutan interminablemente unos y otros si es la *Idea* de Hegel ó la *Materia* de Büchner la sustancia universal y única, cuyas trasformaciones, segun ellos, originaron el mundo experimental en su existencia física y psicológica. Repitan avie-

(1) Job, XIX, 25-27.

(2) Idem, id., 29.

(3) Idem, XXI, 22.

samente que no son ya los cielos, sino los Kepler y los Newton, los que narran la gloria del Todopoderoso: como si la religion estuviese reñida con la ciencia, como si los mismos Kepler y Newton, como si Copérnico y Colon, Franklin y Fulton y tantos otros grandes génios no hubieran sido á la vez grandes creyentes. Nuestros cadáveres descompuestos devolverán á la materia lo que de ella recibieron: *Pulvis es et in pulverem reverteris*. Lo que no le devolverán es lo que ella no les dió, esa sustancia racional é inmortal, espiritual é impalpable, senda de lo infinito, escala de lo eterno, la cual, nacida directamente del Creador, á Él ha de volver, apenas rota la ligadura de la carne, á rendir cuenta de sus acciones, ideas y sentimientos.

En la tumba sólo puede verse la nada ó Dios. ¿Por qué el fin de la vida del primero de sus compañeros fué para el hombre principio de un segundo nacimiento? ¿Por qué al velar con una piedra la entrada de la gruta, en cuyo fondo habia depositado el cadáver, convirtió el sepulcro en templo y el culto de la muerte en culto de la inmortalidad? ¿Por qué este respeto á los finados? ¿Por qué tanto desvelo en cumplir su última voluntad? ¿Por qué este afan de enterrarlos, como en China, en los jardines de las casas, á la sombra de los bosques y al murmurio de las cascadas; de depositarlos, como en Egipto, despues de embalsamados, en sepulcros indestructibles, que aún desafian á las edades; de colocarlos, como en Grecia, en las cumbres de las montañas, veladas por las nubes, ó en las playas del mar, acariciadas por la brisa; ó de quemarlos, como en Roma, envueltos en sudarios de incombustible amianto, para recoger despues sus cenizas y guardarlas en ánforas, en el sitio más venerando del hogar, en el *sacrarium*, al lado de las efigies de los dioses? ¿Por qué esta gloria tributada á los que en vida se distinguieron por sus talentos y virtudes? ¿Por qué estos duelos y lágrimas, estos funerales y enterramientos, estos sacrificios y buenas obras á su memoria? ¿Dónde aprendió el hombre tales ideas? ¿Quién se las reveló? ¿Qué monumento, aún considerado en el concepto más racionalista, podrá por su antigüedad y autoridad explicarnos el origen de consuelos tan inefables?

Que todas las teogonías se asemejan es evidente. Que tal semejanza procede de alguna parte es indudable. ¿En qué region, en qué pueblo buscar esta procedencia?

Aunque álguien se esfuerce en demostrar otra cosa, Moisés aparecerá siempre ante la crítica imparcial y severa como el personaje más grandioso anterior á Jesucristo, y su *Pentateuco* como la obra más digna de atención y respeto, siquiera, aparte su inspiracion divina, por los cinco ó seis siglos que aventaja en fecha á las de Homero y Hesiodo, las más antiguas del paganismo. Pues bien: mientras la historia profana nos muestra nebulosamente los orígenes de las primitivas nacionalidades, llevando la duda, si no la ignorancia, á nuestro entendimiento, ¿qué dice Moisés? Nos dice que á los ciento cincuenta años despues del Diluvio, ó sea veintitres siglos ántes del Mesías, el Señor abatió la soberbia de los descendientes de Noé, que en la campiña de Sennar pretendian levantar una torre, cuya cúspide llegase al cielo, y los esparció por la superficie del planeta. Nos dice que Nemrod, nieto de Cam, el Belo de los historiadores profanos, fundó sobre el Eufrátes á Babilonia, de donde procedieron los caldeos (raza camita); que Assur, hijo de Sem, fundó cerca de allí, sobre el Tígris, á Ninive, de donde procedieron los asirios (raza semita); y la semejanza de nombres induce á creer que *Madai*, hijo de Jafet, fué padre de los *medos* (raza aria ó indogermánica). Nos dice, por último, con minuciosidad inapreciable, cómo se llamaban aquellos «que fueron divididos en la tierra, despues del Diluvio, conforme á sus enlaces, familias, pueblos y naciones» (1): minuciosidad que, de acuerdo con las investigaciones de la ciencia moderna, derrama hoy torrentes de luz sobre los países que en su dispersion ocuparon indudablemente aquellas razas. ¿A quién no maravilla la relacion y en no pocas ocasiones identidad de nombres entre el poblador y tierra poblada, entre los hijos y nietos de Sem, *Elam* y *Eli-maida* (Irak-Pérsico), *Aram* y *Aram* (Siria), *Us* y *Hus* (Idumea), *Heber* y *hebreos*, y *Ofir* y *Ofir* (costas meridionales

(1) Génesis, X, 5, 20, 31 y 32.

del Occéano Indico); entre los hijos y nietos de Cam, *Mesraim* y *Mesra* (Egipto), *Phuth* y *Phuth*, rio de la Libia, *Canaan* y *Canaan* (Palestina), *Sabá* y *Sabá*, antigua capital de Etiopía, segun Josefo, y *Sidon* y *Sidon*, ciudad de Fenicia; entre los hijos y nietos de Jafet, *Javan* y *Jonia*, *Thiras* y *Tracia*, cuando no *Troya*, *Elisa* y *Elide* (Morea), *Tharsis* y *Tharso*, capital de Cilicia, *Cethim* y *Cition*, capital de Chipre, y *Dodanim* y *Dodona* (Albania)?

Dios, que con providencial sabiduría impulsa las emigraciones de las aves, impulsó de igual modo las emigraciones de los hombres; los cuales, al dispersarse, llevaron en el polvo de sus caravanas el recuerdo de las verdades reveladas, hasta que el clima, el paisaje, la alimentacion, el género de vida y sobre todo los vicios y pasiones, influyeron en la corrupcion de tales recuerdos, ya que no en su olvido completo. De aquí los diferentes caracteres de los pueblos, sujetos á una misma creencia religiosa; de aquí que Pérsia, acostumbrada á los horrores de la guerra, sacerdotisa de la muerte, forjara un panteismo espiritualista, envuelto en los rayos del sol, é India, acostumbrada á los encantos de la paz, sacerdotisa de la vida, forjara un panteismo materialista, envuelto en las raices del loto; que Egipto, apegado al terruño y á las artes mecánicas, se entregara á un politeismo materialista, simbolizado en animales como el elefante y en rios como el Nilo, y Grecia, buscando en el azul del cielo la inspiracion del génio, se entregara á un politeismo espiritualista, simbolizado en todos los afectos morales, desde la castidad de Diana al sensualismo de Vénus, desde la ternura de Cupido al terror de Marte; de aquí el origen de los cultos, más ó menos diferentes entre sí, aunque todos parecidos en misterioso fondo de verdad, cuyas tinieblas desvanece hoy la crítica sensata con el estudio comparado de la BIBLIA y de la teogonías del paganismo.

No creo en el privilegio de ciertas razas, impropio de las leyes del espíritu, cuya mecánica es providencialmente regida como la mecánica celeste. Dios reveló para su cumplimiento algunos principios de su Verdad Eterna y Absoluta á todos los hombres, dotando á estos del libre albedrío, sin el

cual fuéramos autómatas ó máquinas. Pero si una parte de la humanidad olvidó aquella Revelacion en abuso de su libertad, mientras otra, á pesar de sus caidas, ninguna de ellas sin castigo, la conservó en toda su pureza, ¿qué extraño que el que se alza á nuestros ojos como Justicia Infalible premiara de algun modo á sus creyentes? Obsérvese por otro lado (y no me cansaré de repetirlo), que Israel, lejos de ser un pueblo excepcional, privilegiado, es un pueblo sintético, que, contra lo que por ignorancia ó aviesa intencion aseguran ciertos autores, representó siempre la unidad en la variedad, unidad en sus ideas religiosas, variedad en sus ideas sociales. Allí el Arca Santa de la Ley sobrenadó en todos los diluvios. Pero allí se ensayaron todos los gobiernos, desde el federativo al monárquico; allí se conocieron todas las ciencias, desde la agrimensura de Abraham á la jurisprudencia de Moisés; allí el estro poético se inspiró en todos los géneros, desde la tragedia épica de Job á la oda heróica de Isaías; allí se cultivaron todas las artes, desde la más inanimada á la más ideal, desde la arquitectura del templo de Salomon á la música del arpa de David; allí el pensamiento recorrió toda la escala de la verdadera filosofía, desde el sencillo *Génesis* al nebuloso *Apocalipsis*; y allí se mostraron todos los crímenes y todas las virtudes, desde Júdas á Cristo. ¿Qué más si hasta en los tiempos modernos ese mismo pueblo, mal mirado, errante, disperso, inunda de celebridades en las distintas manifestaciones del génio los países que habita, ofreciendo, como si á pesar de la sangre del Gólgota conservara aún destellos de su antigua inspiracion, sábios como Mendelsohn, compositores como Meyerbeer, banqueros como Rothschild, estadistas como Disraely y revolucionarios como Manin?

A la inmensa distancia que nos separa de las naciones primitivas, nos es por extremo difícil penetrar su carácter. Sin embargo, algun rayo de luz llega á nosotros, que nos permite descubrir que aquellas guerras entre hebreos y babilonios, entre babilonios y asirios, entre asirios y árabes y medos; que aquellas caravanas egipcias y caldeas, y aquellas flotas fenicias y japonesas, que, cargadas de pieles de Ménfis y tapices de Babilonia, de púrpuras de Tiro y maderas de

Ofir, de perfumes de Arabia, vinos de Siria y cereales de Palestina, cruzaban las unas todos los continentes y las otras todos los mares conocidos; que aquellas relaciones políticas, industriales y literarias del egipcio Psamético, por Oriente con Persia y por Occidente con Grecia; habian de sostener, más ó ménos pura, la corriente de las ideas reveladas. La misma India, la misma China, adormidas en el éxtasis de su misticismo panteista, encerrada aquella tras una montaña natural, el Himaüs, y ésta tras una montaña artificial, denominada Gran Muralla; no se libraron de las extrañas visitas de los soldados del asirio Nino y del egipcio Sesostris, ni de las de los emisarios del hebreo Salomon y del macedonio Alejandro. Basta dirigir una mirada por el mapa del mundo antiguo para comprender la direccion que llevarian aquellos visitantes, para comprender que Sangala y Patala debieron comunicarse con Nínive y Babilonia, si no por el Golfo de Oman, en el que desemboca el Indo, por los caminos de Aracotus, Hecatompylos y Ecbatana, ó de Ora, Persépolis y Suza; como Nínive y Babilonia debieron comunicarse con Tiro, sino por el Golfo Pérsico, en el que desembocan el Tígris y el Eufrátes, por los caminos de Arbela, Tapsaco y Damasco; como Tiro debió comunicarse con Ménfis, si no por el Mediterráneo, en el que desemboca el Nilo, por los caminos de Jerusalem, Gaza y Heliópolis (la On egipcia). No de otra suerte, así como el espíritu guerero de los asirios de Nínive pasó á Persia, y el espíritu científico de los caldeos de Babilonia pasó á Egipto, el espíritu religioso de los hebreos de Palestina alcanzó á las más apartadas regiones de la tierra: flujo y reflujo de la marea humana, cuyo impulso de avance hácia Oriente llevó la levadura teológica del *Antiguo Testamento* hasta las reformas teogónicas de Zoroastro, Sakiamuni y Confucio, como el impulso de retroceso hácia Occidente pudo llevar la levadura lingüística del sanscrito hasta los idiomas persa, griego, latin, celta y germano.

Apenas Adam y Eva se rebelan contra su Hacedor hasta desobedecerle, siéntense como avergonzados y tratan de esconderse, porque su conciencia les advierte que han delin-

quido, porque al mirarse desnudos, temen, no tanto las penas á que han de quedar sujetos en este mundo, cuanto las que les esperan en el otro. Apenas Cain se rebela contra su hermano hasta matarle, siéntese tambien como avergonzado y trata de ocultarse, porque su conciencia le descubre su crimen, porque al mirarse ensangrentado, no oye tanto la voz de la misericordia, que le llama al arrepentimiento al preguntarle: «¿En dónde está tu hermano Abel» (1)? cuanto la voz de la justicia; que le habla de la vida futura al asegurarle: «La sangre de tu hermano clama á Mí desde la tierra» (2).

Estas ideas de un Dios Justiciero, de un alma responsable y de un premio y castigo de ultratumba, condensadas en aquella «creencia de Abraham en Dios, que le fué imputada á justicia» (3), y en aquel deseo del moribundo Jacob «de dormir con sus padres» (4); visiblemente manifiestas en los funerales hechos á los grandes patriarcas, los cuales, si en este mundo vivieron confundidos con los malos, «fueron en muerte agregados á su pueblo» (5); resuenan en todas las teogonías, surgidas del olvido de la tradicion revelada y de la necesidad de sustituir con nuevas creencias las perdidas.

El persa inclinará la frente ante el sol, la luna y las estrellas; el indio admirará estático las fuerzas naturales, como el aire, el agua y el fuego; el egipcio fijará su idolatría en todos los séres orgánicos, desde la planta más humilde, la cebolla, hasta el animal más corpulento, el elefante; el griego levantará al vicio y al crimen un Olimpo, cuyos dioses, esclavos del Hado inexorable, se darán de puntapiés como Júpiter y Vulcano, ó de bofetadas como Diana y Vénus, cuando no sean expulsados de él por ladrones como Mercurio, ó por parricidas como Saturno; el romano, convirtiendo su ciudad en bazar de todos los cultos, concluirá por quemar incienso á sus Nerones; pero ello es que todos los pueblos

(1) Génesis, IV, 9.

(2) Idem, id., 10.

(3) Idem, XV, 6.

(4) Idem, XLVII, 30.

(5) Idem, XXV, 8; XXXV, 29; y L, 1 y 13.

alentarán de uno ú otro modo, bajo una ú otra forma, el sentimiento de adoracion á un Dios Justiciero.

Creerá el persa que el alma, antes de elevarse al sol, su última morada, deberá hacer estaciones en cada una de las siete esferas planetarias; creerá el indio que dicha alma emana de la Sustancia Divina, esparcida en cada uno de los séres de la naturaleza; creerá el egipcio que, compuesta de elementos materiales, no se desprende del cuerpo, para encarnarse en los animales y reencarnarse al cabo de miles de años en una persona, hasta la putrefaccion de aquél, origen de los embalsamamientos; creerá el griego, segun la doctrina de Hesiodo, que es una forma orgánica, producida por cierto agente universal, que ordena la materia sin designio ni inteligencia; creerá el romano que es un espíritu que recobra su libertad, para sumergirse en el inmenso océano del cósmos, apenas desaparece la materia que le contiene, causa de la quemazon de sus cadáveres; pero ello es que todos los pueblos alentarán de uno ú otro modo, bajo una ú otra forma, el sentimiento de la inmortalidad del alma.

El panteismo ó adoracion á la naturaleza, el politeismo ó adoracion á muchos dioses y el monoteismo ó adoracion á un solo Dios, son las tres principales manifestaciones de la fé religiosa.

Ahora bien: recorramos la India, el país de la meditacion, la Grecia, el país de la belleza, y la Arabia, el país de la fantasía; y Brahma, Homero y Mahoma, los *Vedas*, la *Iliada* y el *Koram*, nos probarán que todos los pueblos alentaron de uno ú otro modo, bajo una ú otra forma, el sentimiento de los premios y castigos de ultratumba. Así los *Vedas* nos hablarán de aquella, á la vez infierno y purgatorio, metempsícosis interminable de unos séres á otros, desde el átomo de polvo que arrebató el viento, al astro que se oculta tras el velo de la nebulosa, y de aquella absorcion final, futuro Nirvana, anonadamiento del espíritu en Dios, Sér Supremo confundido con la naturaleza, cuyo templo es la montaña convertida en pagoda y cuyo símbolo el loto, que participa de la tierra por la raiz, del agua por el tallo y del sol por la flor. Así la *Iliada* nos hablará de aquel Tár-

taro, cercado de murallas de bronce, cuyos caminos cubren las tinieblas, cuyos rios alimentan las lágrimas, y cuya entrada velan la discordia y la guerra, la envidia y la pobreza, la enfermedad y la muerte; de aquel Leteo, que separa la mansión de los réprobos de la de los justos, y cuyas aguas beben los difuntos, para olvidar los males pasados, hasta purificarse y comenzar nueva existencia; y de aquel Elíseo, perfumado por las flores, cantado por la aves, templado por constante primavera, donde moran la paz y la abundancia, donde se bebe néctar y se come ambrosía, donde reinan juventud eterna, dicha sin fin y gloria incomparable. Así el *Koram*, caótico conjunto de ideas panteistas, hebráicas y cristianas, nos hablará de aquellos ángeles que casi nunca se rien, como guardadores que son del fuego de la Justicia Celestial, encargados de los suplicios de los pecadores empedernidos; de aquel puente Sirath, más estrecho que filo de espada, por el cual han de pasar todas las almas; y de aquel Eden, hecho de luz divina, el primero de cuyos moradores, mayor que toda la tierra, tiene setenta mil cabezas, cada cabeza setenta mil bocas y cada boca setenta mil lenguas, que hablan á la vez y de continuo, á razon de setenta mil idiomas cada una, para celebrar las grandezas del Altísimo; de aquel Eden, cuyo granado colosal, regado por cuatro rios, dos de ellos el Eufrátes y el Nilo, ofrece hojas que dan sombra á legiones de ángeles sin cuento y albergue á pájaros inmortales, ocupados en considerar los pasajes sublimes del *Libro por excelencia*, y pepitas que encierran huríes ó vírgenes transparentes como el cristal, blancas, sonrosadas, amarillas y verdes, entregadas á los placeres eternos de los musulmanes, sin perder jamás su pureza, tan melífluas que bastaria la saliva de una de ellas para convertir en miel el occéano, y tan hermosas que bastaria la mirada de una de ellas para iluminar los espacios en la noche más oscura; de aquel Eden, donde, pasada la Casa de la Adoracion con sus muros de jacintos rojos, con sus lámparas de resplandor inextinguible y su guardia de setenta mil célicos peregrinos, que se renuevan cada veinticuatro horas, y pasados dos mares de luz y uno de tinieblas, se llega al trono del Omnipotente, cuya vista causa

goce tan inefable que no puede ser comprendido por los hijos de los hombres.

La doctrina más cierta, clara y racional de Dios, del alma y de la vida futura, débese, pues, al Cristianismo desde sus primitivos orígenes. Y débese de tal modo, que autores nada ortodoxos reconocen «que sólo él tiene el privilegio de consolar á las almas y de ser profesado por los espíritus honrados, nobles y sinceros, contrarestando los horribles principios del materialismo y proponiéndose el objeto más afectuoso y laudable: guiar á los hombre á la otra vida por el camino del deber, de la virtud y de la esperanza» (1).

Mientras el panteísmo indio alienta cierta superstición, que llega hasta impedir que se fije la planta sobre una hormiga, por temor de profanar en ella el espíritu de algún deudo ó pariente difunto; mientras el politeísmo griego alienta cierta perversidad, que llega en la austera Lacedemonia hasta la muerte de los niños contrahechos y de los enfermos incurables; mientras el monoteísmo árabe alienta el materialismo más grosero, que llega, no sólo hasta convertir á los ángeles de su primer cielo en animales ocupados en rogar por los compañeros de su especie que viven en la tierra, sino hasta poblar su último cielo de huríes que sólo saben hablar el lenguaje de los sentidos; el Dios de la Verdad principia por recordar á Cain, cuando éste va á ensangrentar por vez primera la superficie del planeta, «que si obrare bien será recompensado, y si mal, será castigado, porque su apetito está tan en su mano que se enseñoorea de él» (2), libertad inapreciable, advertida, pero no cohibida por el deber, razón por la cual ninguno de sus excesos queda sin castigo; detiene el brazo de Abraham, sustituyendo á la víctima humana el cordero, y reservando á su único Hijo en ofrenda propiciatoria para la salvación del mundo; y concluye por manifestarse en aquella mística escala, que Jacob, rendido al pesar y á la fatiga, vió al través de las sombras del sueño en el camino de Bersabée á Aram, como imágen de la Providencia, que vela

(1) Luis Figuier, *La vida futura segun la ciencia*, c. XVII.

(2) Génesis, IV, 7.

por la tierra y por el cielo, por los vivos y por los muertos (1).

No ya el sudra, el sér más rebajado de las creaciones de Brahma, sino la misma mujer india, que infiel es arrojada á los perros, viuda debe, hoy como ayer, seguir al sepulcro á su marido. No ya el esclavo indígena, sino el extranjero, que perdía su libertad por la conquista, era mirado en Grecia como el objeto más despreciable, hasta el punto de que vivo, sólo hubiese para él la abyección, y muerto, el olvido. ¿Y qué diremos del musulmán, para quien, sujeto al fatalismo, no hay otra ley que el capricho de Alá en este mundo y en el otro? En cambio, sea cual fuere el sexo ó el estado, ¡cuán diferente condición la humana, iluminada por los resplandores de la BIBLIA! ¿Hay nada más hermoso que esta incomparable dignificación de nuestra personalidad, que se llama libre albedrío, proclamado desde las primeras páginas del *Génesis* contra el fatalismo panteísta ó materialista, representado en aquel infortunado Edipo, que asesina á su padre, se casa con su madre, alienta hijos fratricidas, hijas suicidas y nietos dementes, y después de dejar en su patria el gérmen de dos guerras civiles, la de Tebas y la de los Epígonos, ciego, destronado, fugitivo, exhala de dolor su último aliento al saber los crímenes á que automáticamente le arrastró la fuerza del destino? ¿Hay nada más hermoso que esta bondad del Creador para con su criatura, aún la más pecadora, cuyo arrepentimiento busca sin cesar, repitiéndonos para que nunca lo olvidemos: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» (2). ¿Hay nada más hermoso que la igualdad ante la Ley, que encierran estas palabras del Evangelio: «Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno según sus obras?» (3).

¡Ah! Sólo el Cristianismo puede contener los sentimientos de la humanidad, recordando á los unos en la alegría de sus placeres: *Pulvis es et in pulverem reverteris*; recordando á los

(1) Génesis, XXVIII, 11 y sig.

(2) San Mat., XVI, 26.

(3) Idem, id., 27.

otros en la tristeza de sus dolores: *Beati mortui, qui in Domino moriuntur*. ¿Qué importa que el pobre yazca en humilde sepultura y el rico en soberbio mausoleo, si sus almas son iguales y á su descanso dedica la IGLESIA, no ya oraciones parciales, sino uno de sus días más solemnes, en el cual resuenan á la vez para ámbos el *Dies iræ*, el himno del terror, y el *Miserere*, el himno de la esperanza? ¿Qué importa que en este nuestro destierro veamos con frecuencia antepuestos el vicio á la virtud, el favor al mérito y la arbitrariedad á la justicia, si arriba hay un Dios que, moviendo los pueblos como las estrellas, gobernando la historia como el mundo, rigiendo el espíritu como la materia, según las leyes eternas de su providencial sabiduría, se alza á nuestra vista como *Juez de todos los hombres*? ¿Qué importa que el poderoso nos niegue hasta las migajas de sus festines, cuando hambrientos se las demandemos con voz desfallecida, si llegará un instante en que, hambriento él en castigo del mal uso de sus riquezas y nosotros hartos, desgraciado él y nosotros felices, escuchará aquellas palabras del Evangelio: «Recuerda que recibiste bienes en vida, mientras Lázaro sólo recibió males, y que nada más justo que él ahora sea consolado y tú atormentado?» (1).

Pero oigo preguntar: ¿Cuál será la esencia é intensidad de esos castigos y esos premios? Nuestra razón, de suyo limitada, no ha podido penetrar aún tales misterios.

Hablando del Infierno, «conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno», en cuyos antros se alza la sombría grandeza de Satanás, ángel caído, ministro inexorable de la Justicia Divina y padre de los vicios y los crímenes, reflejado imperfectamente en el Ahriman persa, en el Sivah indio, en el Tifon egipcio y en el Pluton griego, enseña la IGLESIA CATÓLICA que deben sufrirse en él dos penas: una espiritual, *la de daño* ó apartamiento de Dios, y otra, *la de sentido*, representada por el fuego material y corpóreo en concepto de expositores muy profundos. De ellas la primera muéstrase más clara y comprensible hasta el punto de que el *Apartaos de*

(1) San Lúca., XVI, 25.

Mí del Juicio Final, terrible llamamiento «acerca de cuyo día ni de cuya hora nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo» (1), sea considerado como el mayor suplicio de los réprobos. «Mil infiernos, exclama el Crisóstomo, no equivaldrían á la exclusion de la gloria de los bienaventurados y á estas palabras de Cristo: *No os conozco.*»

Respecto del Purgatorio, lugar de expiacion, á la vez infortunio y dicha, término del dolor y principio de la alegría, establece Nuestra Santa Madre con racional criterio, y hasta con fin eminentemente social, que, recibida la gracia de la justificacion y cancelado el eterno castigo, no se remite de tal modo la culpa al pecador penitente que no le quede una pena de afliccion temporal, *reatum* que dicen los teólogos, que ha de sufrir en este mundo ó en el otro, antes de llegar á perfecta bienaventuranza. El eco de semejante purificacion resuena, no ya veladamente en aquella mística escala, «cuyo pie descansaba en la tierra, cuyo remate tocaba en el cielo y por la cual subian y bajaban los ángeles de Dios» (2); no ya patentemente en aquellos sufragios, hechos por el descanso de las almas de los soldados muertos en el combate con Gorgias, de que habla el segundo libro de *Los Macabeos*, y cuya salvacion era de esperar de la gracia del arrepentimiento, que el Señor concediera siquiera á alguno de ellos en premio de haber combatido por su causa (3); no ya en los escritos de los Santos Padres y en los cánones de los Sagrados Concilios hasta el famosísimo de Trento, cuyas discusiones duraron cerca de diez y ocho años y cuyos acuerdos aparecen suscritos por los primeros sábios de la época, sino en todos los cultos, desde la metempsícosis india al Leteo griego, y desde el Leteo griego al Sirath árabe; en todas las literaturas, desde Homero á Virgilio, y desde Virgilio á Fenelon; y en todas las filosofías, desde Thales á Epicteto, y desde Epicteto á Luis Figuiet.

En cuanto al Paraíso cristiano, «conjunto de todos los bie-

(1) San Mat., XXIV, 36.

(2) Génesis, XXVIII, 12.

(3) II Macabeos, XII, 39-46.

nes sin mezcla de mal alguno,» cuyos justos, «resplandecientes como el sol» (1), gozarán en el Altísimo de la belleza, de la verdad y de la justicia eternas y absolutas, conociendo la naturaleza de las cosas y leyendo lo porvenir en infinita y sempiterna dicha, basta compararle con el lúgubre anonadamiento, con el desconsolador Nirvana de Sakiamuni, único medio de librarse de la trasmigración de unos cuerpos á otros, del interminable purgatorio, del infierno mejor dicho, á que hasta los mismos dioses están sujetos; basta compararle con el Elíseo de Homero, cuyos manes comen y beben, rien y bailan, no de otro modo que sus divinidades, dotadas de mayor fuerza y estatura, pero sometidas á iguales vicios y pasiones que el mísero mortal; basta compararle con el sensual Eden de Mahoma, para comprender cuál es obra de Dios y cuál del hombre, cuál obra de la verdad y cuál de la fantasía.

Pero oigo decir: La perpetuidad de la pena es horrible. Ciertamente. Sin embargo, ¿es ilógica? ¿Es injusta? «El libre albedrío, escribía profundamente en su *Gran Arte* nuestro célebre Raimundo Lulio, dá á la Justicia Divina el derecho de la remuneración y del castigo.» Si el abuso de aquella libertad contra la naturaleza ocasiona la enfermedad, cuyo castigo puede llegar hasta la muerte del cuerpo en esta vida, ¿qué cosa más lógica que el abuso de aquella libertad contra la religión ocasione el pecado, cuyo castigo puede llegar hasta la muerte del alma en la otra? Además, cuando en todos los códigos del mundo la pena del ofensor guarda relación con la autoridad del ofendido, ¿qué castigo merecerá el que conociendo la ley y gozando de libertad omnímoda ofende al que es su Creador, Revelador y Redentor, Autoridad de autoridades, Eterna é Infinita? ¿A qué extrañar estas terminantes palabras del Mesías: «É irán los réprobos al SUPPLICIO ETERNO, y los justos á la VIDA ETERNA?» (2) ¿Ó acaso nos parece más racional la llamada *pluralidad de las existencias humanas* de Figuiier, antigua metempsícosis vestida á la moderna, que al

(1) San Mat., XIII, 43.

(2) Idem, XXV, 46.

ofrecer remuneración cierta y pena insignificante ó nula, desconoce en Dios la justicia, quizá el primero de sus atributos, sin el cual deja de ser perfecto, ó, lo que es lo mismo, deja de ser Dios; teoría tan excéptica como fantástica, que no hallando certidumbre en qué descansar, juzgando con Protagoras todo igualmente verdadero, y con Gorgias todo igualmente falso, enseña que el alma del mayor criminal, de Troppmann por ejemplo, muerto en contumaz impenitencia, no sufrirá otra molestia que la de reencarnarse en el cuerpo de otra ú otras personas, tal vez las más dichosas, hasta que fallecido por fin en gracia se convierta en ángel, arcángel y espíritu completamente puro, habitador de soles y dispensador de la vida á los mundos planetarios, donde en el mismo seno del Altísimo el verdugo se confundirá con su víctima?

Si la eternidad del castigo nos aterra, consuélenos la eternidad del premio. Consuélenos que Dios es Dios de justicia, pero también de misericordia, por la cual nos dió el auxilio de su propia gracia, que es á nuestra naturaleza lo que la fé á nuestra razón, y nos dió por abogada á su propia Madre, á Aquella que, Refugio de los pecadores, no nos abandona un solo instante. Consuélenos estas palabras de Jesucristo á sus discípulos, para que ningún creyente se enorgullezca, ni ningún pecador se acobarde: «No olvidéis que muchos de los primeros serán postreros, y muchos de los postreros primeros» (1). Y admirando la grandeza de Aquél, nuestro último fin, nuestro sumo bien, que, á pesar de su Omnipotencia, desciende hasta sentir, no tanto la ofensa que le hacemos, cuanto nuestro propio daño al rechazar ciegos el perdón á que bondadoso nos convida; creamos por los vivos, pero creamos también por los muertos.

Dirijámonos á sus sepulcros, templos de la paz, santuarios de la eternidad, rodeados de los misterios del cielo, consagrados por los respetos de la tierra, y perfumémoslos con nuestras oraciones, y humedezcámoslos con nuestras lágrimas. ¿O hemos de mostrarnos más empedernidos que los ter-

(1) San Mateo, XIX, 16-30.

roristas franceses, que desde las alturas de la Convencion hubieron de reconocer al fin la existencia de Dios y la inmortalidad del alma?

Si hay algo verdadero, hállese en lo que tiene lo absurdo por contrario. ¿Y no sería absurdo negar los premios y castigos de ultratumba, consecuencia de la inmortalidad del alma, que á su vez lo es de la existencia de Dios, verdades que la fé nos revela con asentimiento firmísimo? ¿Y no sería absurdo empeñarse en arrancar á la humanidad sus sentimientos y creencias, manifestados desde el sér más ignorante al más sabio, desde la antigüedad más remota á nuestros dias? ¿Y no sería absurdo convertir este mundo en océano sin playas, donde, náufragos sin esperanza, consumidos por tedio inextinguible, juguete de las olas del desasosiego y de la duda, hubiésemos de buscar, si nos quedaba valor para ello, en la bala de un rewólver el ideal de nuestra dicha?

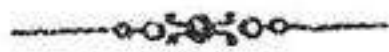
Creamos por los vivos; pero creamos tambien por los muertos. Cuando la fé se extinguió en Atenas, el génio heleno, personificado en Alejandro, plegó las alas, ahogando su pesar en el estruendo de una orgía. Cuando la fé se extinguió en Roma, el génio latino, personificado en Tiberio, plegó tambien las alas, ocultando su podredumbre en la oscuridad de una caverna. No nos convirtamos en excepcion maldita del cósmos. ¿Toda la naturaleza tiende á la vida y nosotros hemos de atrevernos al suicidio? Reconozcamos que nuestra representacion no es otra que el enlace de la materia y del espíritu, del tiempo y de la eternidad, de la tierra y del infinito. ¿Ó tan en poco estimamos los fueros de nuestra personalidad que preferimos el hado fatal al libre albedrío, la máquina movida por la fuerza, y por tanto irresponsable, al hombre movido por la conciencia, y por tanto hijo de sus obras? ¿Ó tan larga y feliz nos parece esta nuestra existencia que, á lo ménos por egoismo, no ambicionemos otra mejor? ¿Ó de tal modo nos satisface esta nuestra justicia que instintivamente no deseemos otra, que dé al malo, que abusó de su poder ó sus riquezas, la pena á que le hicieron acreedor sus desafueros y sus crímenes?

«El último castigo del ateo, escribe el poeta, consiste en

desear la fé sin poder conseguirla.» No excitemos la cólera del cielo hasta el punto de que nos hiera de tal modo.

Y que puede herirnos así es indudable. Conozco á no pocos descreidos, que envidian la dicha del creyente. No conozco á ningun creyente, que envidie el vacío horrible que siente en su alma el descreido.

ABDON DE PAZ.



À LA RAZON.



Razon radiante y serena,
Purísima luz del cielo,
Rompe esta nube de pena
Que entre sombras me encadena
Ahogando sublime anhelo!

Tenga victoriosa palma
El alma tras su agonía:
Razon, mi delirio calma,
Pues más que la luz del alma
Perder quiero la del día!

Con tu enemiga la fé
En paz de niño viví;
Cuando te ví la olvidé,
Y el ideal que guardé
He depositado en tí.

Fuí matando con tu ayuda
Ilusion tras ilusion;
Y de esta batalla ruda
Saqué el dardo de la duda
Clavado en el corazon.

A dicha tendré el sufrir
Si á Dios me haces comprender;

Pero dudar es morir:

Razon: ¿por dónde he de ir?...

¡Yo quiero ver!... ¡Quiero ver!

¿Satánica vanidad

Darás sólo por trofeo?...

Calma, calma mi ansiedad,

Que si es grande la verdad

Más gigante es mi deseo.

Tu poder es soberano,

¡Oh!... sí! ¡Miente quien lo niega!

¡No será mi ruego vano;

Quien dió vista al barro humano

No ha dejado el alma ciega!

Dudar me causa sonrojos;

Pues si ha visto el alma ya

De tu sol los rayos rojos,

¿Quién se vendará los ojos

Para ver por dónde vá?

Lucha es la vida: ¡adelante!

Y con el error en guerra,

Tú saldrás, razon, triunfante;

Que siempre brilla el diamante

Cuando se arranca á la tierra!

MANUEL ARENAS.



LA POESÍA INGLESA MODERNA.

Entre los poetas que dejaron oír su voz en los primeros años del presente siglo, únicamente se cuenta uno que haya tañido con algún efecto la cuerda que mantiene á la poesía en armonía con el arte todo. El génio de Keats prometia tanto, que áun cuando lo que hizo fué grande, no apreciaríamos bastante su fuerza y su belleza si pensáramos en todo lo que pudo hacer y perdimos. No hay hombre de su época, cuyo trabajo se presente con más claridad como objeto de invencion independiente, ni entre los dones que le adornaron hubo ninguno más digno de nota que aquel por el cual abrazaba las relaciones verdaderas del arte con la poesía. Cuando el autor de *Endymion* intentó dar nueva forma para su propio uso al material de su arte, una revolucion reciente habia llevado la confusion al reino de la poesía, y con ella una gran impaciencia por sosiego y autoridad. La poesía en su nuevo nacimiento no era todavía más que un espíritu y una emocion vehemente, investigadora y apasionadamente libre, pero sin forma con que revestir y expresar con propiedad su esencia. La forma gastada, muerta, acababa en aquel entónces de ser desechada.

No habia inclinacion para someterse otra vez á nuevas trabas, áun cuando no hubiera habido otras causas en elaboracion para desordenar la serenidad del verso; pero encadenados al impulso puramente poético, y en parte dominándolo, habia otros fines, políticos ó humanitarios, que sacaban al poeta de su sitio y tenian al espíritu siempre ansioso en la prosecucion de vagos ideales. Los poetas, ciertamente, habian

echado sobre sí pesadas cargas. Esforzándose estaban para llevar sobre sus propios hombros todo el peso de la revolución y estaban impacientes por invadir el mundo social y político con la aguda y peligrosa arma de impetuoso verso. Tal temperamento, utilizable bajo otros conceptos, era fatalmente opuesto á las influencias que ejerce el arte en la poesía. La abstracta belleza de la escultura, y aún la más viva realidad de la pintura, rechazan instintivamente todos los momentos de crisis y penetran en una vida que consiste en pausa de movimiento, en la cual la energía, aunque presente, está subyugada á la expresion de la belleza inalterable. En el arte griego es sublime este sentido del silencio. La acción, por enérgica que sea, cede á su influencia; y en el tranquilo reino á cuyo recinto han sido conducidos hombres y mujeres, grandes y llenos de amor, con formas propias para todo trabajo y todo amor, el remoto sosiego vence en poder al movimiento, y aunque haya bastantes representaciones de huida y de conflicto, ningun aliento de pasión mueve al alma en la expresion del rostro.

El alcance del renacimiento italiano muestra el mismo espíritu con diferentes elementos. Una experiencia espléndida de pasión ha ocupado el lugar de la libertad anterior. El arte no mira atrás ya en busca de tipos de hombres y mujeres libres todavía del contacto con el mundo; pero volviéndose, digámoslo así, al otro extremo de la existencia, trata de representar en hermosos rostros las pruebas mayores de todas las emociones humanas. Pero el cambio sobrevenido al material del arte no podía sobreponerse á su duradera esencia; y aún en los diseños de Miguel Angel, en los que cada línea revela el origen y curso de un potente movimiento, un sosiego que es casi la quietud de la muerte, aparece sobre las figuras como una sombra que domina, que paraliza toda acción en suspensión muda y sin aliento.

Solamente en ciertas épocas puede la inteligencia de esta suprema cualidad del arte ser de gran utilidad á la poesía. En las épocas más felices de producción imaginativa, cada arte llena instintivamente el espacio que le está reservado, apoderándose el artista, sin esfuerzo, de las condiciones es-

peciales de su trabajo. La poesía, que vive de lo que toma prestado, atrayendo á su propia sustancia de inteligencia el ropaje de todos los sentidos, recibe con manos extendidas hácia adelante los dones que respectivamente le dan las artes plásticas y la música. Necesita fingir el efecto del color para satisfacer la vista; es preciso también que posea formas y melodía en sus números. Pero hay ciertas épocas en que el dominio en una ú otra dirección se debilita, y el eslabon que sostiene la armonía completa se afloja ó se rompe. Esto sucedió á principios de nuestro siglo.

La poesía se encontró de pronto frente á frente con problemas nuevos y no probados; su mundo se hizo más extenso en hecho y en espíritu, y muchas emociones que difícilmente habian podido encontrar todavía colocacion en la vida real, se hicieron á la fuerza un lugar en la suprema expresion del verso. Con este inesperado advenimiento de elementos nuevos vino la dificultad que se hace sentir siempre, cuando la sustancia supera repentinamente en poder á los medios de expresarla. La forma se perdió en el sentimiento. Las sutiles simpatías de los grandes caudillos de la poesía, cedieron á las victoriosas influencias del tiempo, y los derechos más elevados del artista se vieron en peligro en medio del conflicto de pasiones confusas é indeterminadas. Del mismo modo que la política llegó á ser la arena para el desarrollo de audaz fantasía é invencion sin freno, así también por otro lado, los impulsos humanitarios y sociales se abrieron paso y se introdujeron á la fuerza dentro del reino ideal del poeta. Por algun tiempo desaparecieron los jalones divisorios entre la especulacion filosófica y el culto de la inalterable belleza. Wordsworth tomó á su cargo contestar á Malthus, y Shelley discutió los principios de una revolucion social. Los asuntos de la vida práctica se mezclaron de esta manera con las realidades más remotas y graves de la calmosa vida de la imaginacion, y ahora, al mirar hácia atrás, aunque el espacio de tiempo que nos separa de la obra de aquellos hombres es brevísimo, vemos ya cuánto que tenia sólo significacion del momento se adhirió á las duraderas cualidades de la poesía más elevada.

El poeta había perdido por un intervalo de tiempo su dominio en el calmoso y seguro espíritu propio de toda producción imaginativa, que recibe su más plena expresión en el arte. El empuje y tumulto de nuevas pasiones, la rica observación de nuevas ideas le dejaron por algún tiempo á la merced de sus elementos, y en la súbita iluminación de las inteligencias humanas, era verdaderamente dificultoso distinguir con acierto entre la belleza que quedaria fija y resistiria y los esplendores que tenían vida momentánea y habían de desaparecer del mundo. La dirección puramente artística que debe dejarse al artista aún en presencia de las más espléndidas imágenes, fué continuamente subyugándose á la nueva embestida de las ideas imprevistas; y en esta época de confusos contornos y de material rico, pero deforme, el poeta luchaba á menudo sin resultados por encontrar la forma final que debía mostrarse fija é inalterable.

Si hubiese existido entónces cualquier arte noble, podemos calcular qué ayuda hubiera prestado su influencia á los poetas en su propio dominio: podemos figurarnos al arte y al verso esforzándose de consuno para reducir el nuevo mundo del pensamiento á expresión ordenada y rítmica; el verso reflejando la pasión, la lástima y el desengaño que llenaban los corazones humanos, y el arte trasportando la imagen de estas cosas dentro de sus exclusivos y estrictos límites, y conservando todavía ileso aquel sentido de magestuoso silencio que debe quedar en toda obra grande, como sello de una visión perfecta y segura. En esta alianza la formalidad muda del arte hubiese reaccionado sobre el robusto idioma del verso, y hubiese contribuido á aquella actitud de más calma que tanto necesitaba éste. Pero el arte que existia ofrecia una asociación de poco valor: todo lo que era sincero en su ejecución estaba relacionado con la gracia ó las emociones de la vida doméstica; no conocia todavía los problemas mayores que entorpecian al progreso de la poesía, y si en parte los conocia, como en el caso de Haydon, era sin los dones técnicos necesarios para empresa tan elevada. Se hace interesante, por la tanto, trazar por qué medios el verso hubo de recabar su propia salvación, y anotar por qué causas los grandes direc-

tores de la imaginación estaban más ó menos incomunicados con la influencia artística.

Byron, el poeta más popular del siglo, probablemente sintió menos que todos los poetas de su tiempo el valor del espíritu artístico. Aunque lanza su brillante retórica contra el «torpe despojador» (*dull spoiler*) del Parthenon, en ninguna parte, sin embargo, dá señales de que la belleza del arte antiguo haya penetrado en su naturaleza de modo que afecte á sus propias creaciones; más aún, podría decirse que los triunfos de su génio dependieron, en gran medida, del abandono deliberado de aquella tranquila visión que pertenece, como de derecho, al escultor y al pintor. En todos sus mejores escritos, en los que tienden á ser puramente poéticos, el motivo es siempre romántico, el método brillantemente variable. No tenía el poder de fijarse en un asunto hasta obligarle á que le entregara su último secreto de belleza; contento, al contrario, con lo que hallaba más á mano, agarraba con vehemencia y eficacia las antiguas formas patéticas, desarrollándolas con nuevo y espléndido fuego. Poseía una simpatía nada vulgar con los estados más comunes del sentimiento; y con todo el trabajo imaginativo que no es enteramente completo en su visión, su poesía conserva en sí misma un sabor de moralidad.

Hay en Byron una referencia implícita á una regla fija del bien y el mal; un acento, ya de penitencia, ya de rebelión, aún en los momentos de expresión más libre. La actitud perpleja y penosa hácia los problemas morales, grandes y pequeños, sobrevivía á las otras fases de su génio y las dominaba, sirviendo, por último, para transformar al poeta en satírico. Pero la sátira, por audaz que sea su expresión, necesita indispensablemente poseer alguna base de moralidad; todos sus más fieros ataques y sus más crueles risotadas, brotan en la contemplación de un mundo de deberes descuidados, con sus horrendos contrastes de fé y práctica. Don Juan fué la completa expresión de un aspecto del génio de Byron: y así como contribuyó á perfeccionar el retrato de su autor, del mismo modo también acrecentó su poder sobre la imaginación popular. Reconocer un código moral y violar al mismo

tiempo sus prescripciones, tiene cierta fascinación aún para los más ortodoxos. La carrera no estorba el imperio del castigo y del premio, y el arrojó del protagonista, con sus peligros eternos, sirve sólo para estimular la atención hasta el asombro. Pero este espíritu de rebelión contra la moralidad, ó aquiescencia á su dominio, se encuentra en oposición con la calma de la pura invención poética; y aún cuando la perplejidad cede á una cínica tranquilidad de ánimo, tiene poco de común con la más noble visión artística que penetra y traspasa los problemas de un mundo moral.

La verdadera misión de la poesía, no ménos que del arte, consiste en arrebatár la belleza al tumulto de una existencia gobernada por las leyes del bien y del mal, y poner en sus sienes la corona de reina de una tierra tranquila. En escultura, esto queda hecho absoluta y literalmente. Las figuras que nos dejaron los artistas griegos, son figuras de hombres y mujeres, de belleza que vive y siente, cuyo encanto ha quedado sumido de repente en un sueño desapasionado.

Algunas veces en perfecto reposo físico, ó en los giros de algún movimiento sencillo y gracioso, pero no ménos á menudo en la plena energía de excitada acción; estas figuras conservan, sin embargo, constantemente un dominio firme sobre la calma esencial del arte. En los ejemplares más nobles del arte griego, que han llegado hasta nosotros—los frontispicios del Parthenon y su friso y el friso del Mausoleo—hay una plena expresión de movimiento enérgico y aún de violento choque. Pero el movimiento, con sus inagotables modelos de belleza, ha sobrevivido á la pasión que lo sugirió; y aquí, en la forma final dada por el arte, permanece sólo como un medio más de gracia. En estas batallas de amazonas y guerreros armados, el levantado brazo quedaba detenido por consideración á la belleza; esta figura al mostrarse en el frontispicio en veloz fuga, parece únicamente perseguir su hermosa actitud; mientras que estos jóvenes griegos imaginados en la procesión Panatheneáica guían sus impetuosos corceles en obediencia á una oculta ley de armonía.

La pintura, como es bien sabido, es arte de más reciente fecha: su mundo se acerca más al mundo que nos rodea. El co-

lor, con su más viva realidad de efecto, fuerza una imitación más precisa de las pasiones mudables, de los pasajeros temores de la vida efectiva; pero la más amplia y detallada experiencia de la emoción está todavía dominada por el mismo espíritu que tiene supremacía en la edad más remota. En poesía, este sentido del silencio forma la meta á que tiende toda pasión. El tumulto y conflicto de la tragedia son tan solo útiles para alcanzar la calma última que sigue al tumulto y da á la pasión su forma fija y contornos determinados; y si reparamos el modo que tenía de llegar á este fin el poeta que por su génio pudo mejor que otros rastrear la vida en todos sus movimientos, nos basta referirnos á las escenas finales del *King Lear* de Shakspeare, donde todo el prévio sufrimiento y angustia humanos parecen repentinamente pasar á la perfecta tranquilidad de un sueño.

El génio de Byron no tuvo acceso á este espíritu de la poesía. Su idea de la pasión no es tan profunda que alcance á una línea exterior, fuera de la opacidad presente: y la más elevada ocupación de sus versos es reflejar la oscuridad y confusa inquietud humanas, sin penetrar en sus misterios. Apasionadamente simpático dentro del rango de sus simpatías, y amargamente apenado por todos los males que conocía, jamás á pesar de eso alcanzó aquel conocimiento más extenso y profundidad más profunda que vienen con la tranquila posesión de los secretos de la belleza. Aun en los menores atributos del poeta, su ejecución pierde la intensidad de definición, que pertenece á la literatura no ménos que al arte. Un esplendor retórico en el registro de vagas influencias, un poder brillante de ilustración traída atrevidamente de todos los manantiales, le bastan para presentar al mundo toda la fascinación posible en una sola personalidad. Todo lo demás queda visto sólo remotamente y comprendido con imperfección, y su verso no tiene, por esto, fuerza para grabar en la mente una imagen exacta de alguna forma agradable con contornos claros y constantes.

Aquí, no por la primera vez ni por la última, se encuentra al poeta sin el supremo don de artista. La «agonía del mortal mezclada con una paciencia inmortal» no era para él; en

su arte la «agonía» está divorciada de la paciencia, y la lucha contra las dolencias de la vida, nunca se sujeta al sufrido contorno propio del mármol. El artista de grandes cualidades nunca está así á la merced de cualquier pasión; es en parte un espectador, áun para sus mismos males, y puede observar el movimiento y tumulto de la vida como puede mirarse la inquieta línea de un paisaje agitado por la tempestad proyectada en un cielo crepuscular. Tiene pocas lágrimas, y lo que á otros produce solamente pesar, en él tiene un sabor de belleza. Byron está demasiado lleno de remordimientos por cosas hechas, de compasión por su suerte; y así sucede que no solamente la forma de su trabajo en conjunto, pero áun las formas de pensamientos é imágenes separados, pierden algo de la influencia ideal y de la fuerza independiente.

No debe pasar desapercibido que Wordsworth y Shelley, hombres de génio distinto y en cierto sentido opuesto al de Byron, tampoco consiguieron dar á su verso el carácter patético del arte. Ambos se vieron atraídos irresistiblemente hácia los límites puramente intelectuales de la poesía. En ellos, con más claridad que en Byron, podemos apreciar la extensión de las nuevas conquistas hechas entónces por el verso: porque al mismo tiempo que perdían terreno en la posesión de la belleza formal del mundo práctico, sus espíritus, movidos con nuevo ímpetu, habían llegado ya á remotos y no descubiertos alejamientos de la emoción personal. Para ambos, aunque por diferentes caminos, la vida sensible y el progreso de las cosas eran solamente un punto de partida. La pasión y el lenguaje de la pasión, crecían distantes é intangibles en sus versos; y áun los hechos de la naturaleza exterior se disolvían en las voces del aire. Podemos comparar el génio de Shelley á una nube de cambiante color é incierta forma que pasa sobre nuestras cabezas, cargada de música, y que toca la tierra de la verdura y de las flores sólo por breves momentos y en sus lugares más altos.

*"He who would question him
Must sail alone at sunset, where the stream
Of ocean sleeps around those foamless isles,*

*When the young moon is westering as now
And evening airs wander upon the wave" (1).*

Su espíritu, dominado por la pasión del entendimiento, rara vez se volvía hacia nuestro mundo; y en veloz persecución de ideales lejanos, no vistos todavía, olvidaba á medias la imperecedera belleza de las cosas que decaen y mueren. Su verso es, pues, lo más real cuando sus materiales están más lejos de la realidad. Separado claramente de las formas sustanciales, toma una nueva coherencia, pero en regiones que están mucho más allá del alcance de la influencia del arte. Allí, nuevas imágenes se agrupan por sí mismas bajo nuevas leyes, sin el lazo de los hechos, para agitar un espíritu que ha tratado de pasar más allá de los estrictos confines de lo tangible. Únicamente cuando trata de cosas conocidas y de pasiones y dolores efectivos, llega á ser increíble el genio de Shelley. El *Cenci* es un drama de caretas terribles y hermosos rostros; su presentimiento de un horroroso crimen es sencillo como invención intelectual, insustancial como sueño de enfermo, y aún la pura doliente voz de la misma Beatriz apenas forma eco en los límites de nuestro mundo conocido. En el *Alastor* ó *The Revolt of Islam* ó el *Prometheus* sucede lo contrario. En éstos el mecanismo es deliberadamente imaginario; pero en fin, cada uno de estos poemas nos deja una convicción de su verdad; y esto es así, porque los caracteres que hablan y se mueven no son otra cosa que exponentes de las altas acaloradas esperanzas de Shelley y de los sueños engendrados para el mundo por un poeta. La fantasía escogida tiene de este modo una fuerza no encontrada en la relación del hecho creíble. La turbulenta y libre visión que crea la tierra que ama, el deleite en la belleza que no tiene forma ni línea, y la trasmutación determinada de nuestra naturaleza común en un nuevo ser aéreo, no destruyen para nosotros el agrado ó el poder del trabajo del poeta; porque nosotros sentimos que estas cosas, aunque las busquemos en vano en

(1) El que quisiera consultarle, debía dar la vela solitario á la puesta del sol, en donde la corriente del oceano duerme al rededor de aquellas islas sin espuma; cuando la nueva luna se dirige á poniente como ahora, y las brisas de la noche vagan errantes sobre las olas.

nuestro mundo, pertenecen, no obstante, verdaderamente al reino escogido por el génio de Shelley. Vienen á ser, en este sentido, la expresion de una emocion exaltada que es humana, supuesto que es suya, y por él nuestra, y que dignamente reclama el verso como el medio propio.

De este modo vemos que, no por falta de poder artístico, sino por razon de la devocion especial de su génio á un género de trabajo escogido, Shelley se aisló de la calidad peculiarmente artística. Fué funcion especial de su génio agrandar el reino de la poesia por aquel lado que está más remoto de los dominios del escultor y del pintor. Abrió de par en par á la despierta actividad del entendimiento, nuevas vías nunca holladas antes por el poeta, trayendo por ellas de allí á la tierra, rica experiencia de nuevas emociones. Alumbró á la filosofía con la brillante luz de la pasion; y con la fuerte alianza de una música infalible penetró con seguridad en muchos lugares lejanos y sombríos.

Penetrar las cosas del entendimiento con calor y fuego poéticos, fué realmente la tarea que Shelley se impuso. El oscuro órden del mundo habia sido ya sacudido por acontecimientos prácticos, y la especulacion se ocupaba en inventar todas las formas posibles, dentro de las cuales pudiera volverse á modelar la sociedad perturbada. Estos descabellados sueños, realmente falsos, tenian una realidad poética, y el poeta, tomando el elemento ideal en la rutina de una vana lógica, pronto se dejó atrás las conclusiones de la filosofía más atrevida, y presentó al mundo la más brillante pintura de su propia regeneracion. Y la pintura no perdió nada por no tener mejor fundamento que un sueño de poeta. Fué, en verdad, precisamente porque Shelley llevó la especulacion claramente más allá del alcance de lo posible, por lo dió á esta algun derecho á la duradera expresion del verso. Si hubiese sido él no más que un contribuyente á estéril controversia sobre proyectos sociales, no hubiera sobrevivido su fama al fracaso de los principios de la revolucion; pero el uso que él hizo de aquellos principios, fué el uso de un poeta: con ellos edificó, con confianza apasionada y amor á la belleza, que penetra en todos los puntos las invenciones del entendimiento, un

nuevo mundo para el abandonado espíritu del hombre, lejano de su esfera presente de existencia. Llevó estas visiones salvajes, pero á menudo hermosas á su propia meta, en la tierra firme de su imaginacion, y las combinó de tal modo que estuvieran fuera del alcance de la esperanza ó conocimiento de todos los hombres, pero no fuera de su amor y culto. De esta manera, despertó en las cosas del entendimiento nuevas posibilidades de emocion. Dió derecho á una existencia permanente á los vagos sueños de los filósofos, demostrando la intensa realidad que tenían para su propia naturaleza (la de Shelley), y él mismo verdaderamente habitaba el mundo imaginario y perfecto que para todos los hombres comunes, estaba destinado á perecer inmediatamente.

Pero este mundo de pureza distante en el que encontramos á Shelley establecido con seguridad, tiene solamente ligero contacto con nuestra vida presente. Podemos alcanzarle únicamente por un procedimiento del entendimiento ó por el mágico vehículo de su verso. Y la independendencia del hecho exterior, que es la sola cualidad de este mundo y es además la esencia del génio de Shelley, lleva al poeta léjos, muy léjos de las formas sustanciales del arte. Para el pintor y el escultor no hay escape de la sujecion de la tierra; no cabe ni siquiera el deseo de evadirse. Los materiales de su arte á mano están á su al rededor. Las formas de hombres y mujeres, la figura y el color de las flores, la brillantez de oro de la luz solar, el oscuro ropaje de la sombra; estas cosas no cambian, no pueden ser inventadas. Y las mayores victorias posibles para el arte, aquellas en que se expresa con más claridad todo lo que hay de divino en el pensamiento y propósito de un artista, solamente pueden ser conseguidas, por reverente obediencia al hecho, y amorosa é inmediata dependencia de la naturaleza, tal como la conocemos. Así es, que el mayor deseo del artista no es enseñorearse del espíritu del hombre, sino conocerle en el cuerpo; conmemorar pacientemente la belleza que sobrevive, expresada en cambiantes líneas y sutil afluencia de color.

El alma, revelada al poeta con otra intimidad más próxima, aparece al artista sólo por su vestidura de carne y escapa

por completo de su poder, si los hechos de la carne, con todas sus sutilezas de expresion, no son profundamente penetrados y entendidos. Todo arte que ha ambicionado hacer más que esto, no ha llegado á realizarlo, se ha quedado corto y no ha alcanzado su debido término. El arte cristiano tuvo que esperar por el pleno conocimiento de la carne ántes de alcanzar su preeminencia final, y cuando esta preeminencia llegó, no hubo ya pensamiento para otros ideales. El primitivo y más distante sentimiento religioso, gradualmente fué subyugándose al misterio más grande de la humanidad revelada. Los rostros humanos no son ya los exponentes de un culto simple ni de ningun sentimiento único; son, como en las caras de Da Vinci y Miguel Angel, los emblemas de toda la experiencia y aspiracion y desengaño humanos. El contacto de Shelley con el hombre, rara vez era de esta clase directa é inmediata. Cuando se aproximaba al mundo en lo más mínimo, era por la fascinacion de alguna belleza sencilla de la naturaleza exterior. La inocencia de las flores, la libertad de las movibles aguas, y el vuelo de las aves por elevados espacios, eran imágenes adecuadas para su alma; y con estas imágenes estampadas claramente en los materiales más vagos de sus versos, se retiraba de nuevo á su distante y peculiar reino. Entre los fragmentos de sus escritos en prosa que nos ha dejado, hay un pasaje, en el que describí la belleza de la figura de Niobe en Florencia. Despues de anotar la impresion de grandeza y poder en los rasgos, pasa á los elementos de mera influencia humana. «Sin embargo, todo esto,» escribe, «no solamente estriba en la más sutil delicadeza de clara y tierna belleza, sino que es causa de ella, expresion al mismo tiempo de inocencia y sublimidad de alma, de pureza y fuerza, de todo lo que toca la más remota y divina cuerda que vibra en nuestros pensamientos.» Aquí, en verdad, encontramos manifiestos los orígenes del propio don peculiar del poeta. La «más remota y divina cuerda que vibra en nuestros pensamientos,» es aquella que siempre heria su mano con segura destreza. Puede decirse que ningun poeta ha llevado la simpatía y la pasion humanas por caminos más desconocidos.

La carrera de Wordsworth, como poeta, estuvo abrumada por la especulación filosófica sobre la base de su arte. En parte, por la resistencia que encontraron sus primeros poemas, y en parte por inclinación natural, se vió llevado á reducirse á séries de reglas y definiciones que para nosotros parecen ahora de escasa importancia. Pero entre estas definiciones hay una que expresa con exactitud un elemento necesario en la noble composición poética. Hablar de la poesía como «emoción reproducida en la tranquilidad,» es, en verdad, no tanto definir los límites del arte particular, como denotar uno de los grados por los que todo el trabajo imaginativo tiene que pasar. La sentencia, en este sentido, trae á la memoria un precepto de Leonardo Da Vinci. «En el silencio de la noche,» escribe el pintor, «piensa en la significación de las cosas que has estudiado, graba en el pensamiento los contornos de los rostros que has visto durante el día; porque cuando el espíritu no toma parte en el trabajo manual, no hay arte.»

Las teorías de un artista son algunas veces los comentarios más elocuentes de sus mismas obras, y en estas sentencias de los dos, teniendo en cuenta los elementos afines en producción imaginativa, hay datos para conocer sus individualidades. Los rostros de mujer, dibujados por Leonardo, con la dulce irradiación de una sonrisa de sus labios, hábilmente reproducida en la fantasía, pueden con razón asemejarse á visiones del día, fundidas en el «silencio de la noche.» Están á gran distancia estas formas, aunque podemos detallar la precisa curva de la carne y notar cada ondulación del cabello; se presentan con firme contorno, y sin embargo, su presencia es misteriosa á la luz de un ensueño.

La definición de Wordsworth, está también derivada de elementos especiales de su propia poesía, pero necesita ser variada ligeramente para que exprese con verdad la distinción entre su segura tranquilidad y la elevada calma, propia de todo *gran arte*. En Wordsworth, la emoción no sólo es reproducida, sino engendrada en la tranquilidad. El sentimiento más alto y más sublime expresado en sus escritos, se origina en la reflexión; está muy separado del primer motivo

del sentimiento, y más bien lo busca con deliberación, que lo trae sobre el alma, con la urgencia de las impresiones reales. Podemos decir de su poesía, que el alejamiento entre la primera visión de la naturaleza exterior y la expresión imaginativa final, es su distintivo característico principal y dominante. Es verdad que encontramos allí cabal conocimiento de objetos naturales, de su forma de crecimiento y de sus fases. Wordsworth observó prolijamente hasta el más insignificante detalle de la escena rústica; pero la forma y el color no se fijan en sus versos por la fuerza de la emoción, porque la parte afectiva de su naturaleza hizo otro uso de estas cosas. Las dotó de una vida independiente; pero no era la vida la sensibilidad originada por las cualidades que los ojos perciben; era una vida engendrada en la reflexión por una remota y difícil asociación de la belleza natural con ciertas cualidades de la mente.

En un delicado ensayo en que Mr. Pater muy delicadamente aprecia cierto aspecto del genio de Wordsworth, habla de esta percepción de la vida en cosas inanimadas, como procedentes de «que era el poeta excepcionalmente susceptible á las impresiones de la vista y el oído.» Pero el término parecía seguramente mal aplicado á un poeta que poseyó tan inmediato dominio sobre las cosas de la sensibilidad, que podía á la vez trasladar la deslumbrante belleza de un campo de narcisos ó el sencillo é inexplicable agrado de insignificantes florecillas, á un superior lenguaje de la inteligencia. Un artista que es susceptible á las impresiones de la vista y del oído de un modo patético, se encuentra en presencia de la naturaleza exterior, tan conmovido por la belleza de las formas y los colores efectivos, que se vé arrastrado á reproducir en su obra con definición intensa el efecto de la realidad.

Y aquí, me parece, podemos llegar á entender perfectamente la distinción entre la perfecta ductilidad del genio de Wordsworth y el dominio supremo que reduce, finalmente, las primeras emociones del sentido á expresión ordenada. La quietud que cubre la obra de Miguel Ángel implica por sí misma una época precedente de preparación apasionada, en que todas las pasiones humanas han sido debidamente ana-

lizadas en todas sus fases. No es esta la impresion producida aún por los más sublimes de los poemas de Wordsworth, mientras que en las partes menos admirables de sus trabajos no hay siquiera un testimonio de sujecion. La quietud es algo inerte é inmóvil, de sensibilidad torpe para sentir el mudable pulso de las cosas, de naturaleza, en fin, que no tiene pasion para unirse estrechamente con la cosa que ama. Y no obstante, es indudable verdad que ha descubierto nuevos y profundos manantiales de simpatía humana en los hechos de la perspectiva natural. Para nosotros, desde que él escribió merced al poder de su génio, hay algo de personal en la naturaleza, dispuesto á mezclarse con nuestros más altos modos de meditacion. Sentimos, en los momentos supremos de su poesía, que la naturaleza no está formada de imágenes separadas, que las formas severamente contorneadas de la hoja y de la flor son solamente eslabones sueltos para unirnos con una vaga y distinta personalidad que está por bajo de las nubes y colinas.

La poesía de Wordsworth, en su extremo más noble, representa para nosotros la union de estos grandes símbolos de la naturaleza con las aspiraciones más grandes todavía de nuestros espíritus. Los pensamientos que de otro modo andan sin forma, las extrañas y poderosas emociones que crecen fuera de estos pensamientos, se hacen apreciables por el reconocimiento de grandes fuerzas creadoras del mundo exterior. Y al realizar en su propio conocimiento interior el sentido de esta extraña alianza con las vastas formas de la tierra, el pensamiento del poeta pasa á la emocion; el claro lenguaje intelectual de reflexion precisa se trasforma de repente en una expresion temblorosa y profundamente conmovida. Pero la ternura engendrada así, las lágrimas que provoca á la contemplacion «de la más pequeña flor que vive» está muy lejos del afecto vulgar y no tiene reminiscencia de ningun pensamiento apasionado. La confusion de sentimiento proviene de un nuevo sentido, de una gran personalidad que se vé reflejada en la magestuosa grandeza de nobles colinas, en las solemnes sombras proyectadas por movedizas nubes, en el silencio del agua profunda. La emocion

viene, pues, como el premio supremo de la profunda contemplación, y en el artista precede á la calma final.

En el lado expresivo de su arte es donde Keats se manifiesta en más claro contraste con sus compañeros. La vida que se respira y se mueve, y rompe en forma y flor, tuvo una dulzura para él que había perdido para aquellos; ni se vió él obligado por la fuerza de ninguna filosofía á cansarse de la belleza de las cosas que nos han sido dadas para que las veamos. Su culto por la naturaleza era, al mismo tiempo, apasionadamente cercano y tiernamente remoto, sacando de la belleza terrenal el verdadero gusto y sabor de ella (*its lips*) y llevando á una cámara de distantes sueños las más detalladas memorias de forma y color vivos. Las perecederas cosas de la naturaleza, al pasar á nueva vida en su verso, guardaban todavía intactos el descuidado estado de alegría de su más temprano desarrollo. No cambian su ropaje ni pierden su brillo, sino que en un nuevo mundo de poesía, reaparecen como clavadas con improvisación mágica en toda la redondez y realidad de la belleza patética. Keats poseía el espíritu alegre de un descubridor que hubiese hallado recientemente todo el mundo. «Me inspiran,» escribe en una de sus cartas, «el mayor afecto todas las flores que he conocido desde mi infancia. Sus hechuras y colores tan nuevos son para mí como si los acabara de crear con fantasía sobrehumana.»

Cuando vuelve el amor á la naturaleza, en estos resplandecientes períodos de renovación, es indispensable que haya algunos espíritus como el de Keats que deseen no unir ninguna filosofía al encanto del verdor y de las flores. Nos hacemos enfadosos con lamentos sobre nuestros complejos y enfermos pensamientos de la época, desarrollados é incoloros para el arte; pero por debajo de todas las enfermizas especulaciones, el mundo de las flores y de las pasiones, que crecen como flores, todavía yace intacto para el que quiera ir derecho á su centro; y es este poder de volver á la directa visión de las cosas el que distingue con claridad entre los demás al hombre en quien el espíritu artístico llega al supremo grado. Por pertenecer á su tiempo, Keats no pudo natural-

mente escapar á la influencia más fuerte del vehemente espíritu romántico que da color á la literatura del siglo. Lo sintió casi con tanta intensidad como Byron ó Shelley, y mucho más que Wordsworth. La investigacion y anhelo no satisfechos del espíritu moderno, la turbia luz del sentimiento moderno, derramaron una atmósfera visible sobre toda su obra, y en *Endymion* al ménos, encontramos el sentimiento y aún el sentimentalismo que distingue á los períodos más recientes de nuestra vida. No fué la pintura del amor griego la que él intentó allí, y de serlo, no hubiera sido obra genuina del génio de Keats. El carácter antiguo algunas veces atribuido á su poesía, es en verdad, en aquel sentido, imposible para cualquier obra imaginativa que no puede despojarse por completo de su edad para refugiarse en otra. Pero por encima de los elementos diferenciales imposibles de vencer entre el arte de una edad y el de otra, hay una alianza más elevada, la cual hay siempre peligro de que pase desapercibida para la crítica. Los tesoros del mundo, ya en arte, ya en literatura, son un almacén al cual se puede añadir algo todos los dias, pero del cual no debe sacarse nada. No pueden destruir los cánones críticos, que ilustran los gustos diversos, el amor engendrado por la escultura griega ó por la pintura italiana, por Homero ó por Shakspeare, y por lo tanto el espíritu puede volver, como Keats lo hizo, á lo que es perdurable en estas obras, hallando la antigua belleza todavía jóven y fresca.

Pero si la obra de Keats fuese no más que imitacion mecánica de modelos viejos, y si además expresara el sentimiento dominante de la época, ¿cómo, podríamos preguntar, pudo él dar á su expresion del sentimiento algo de la forma y lineamento clásicos? Formas claras, resplandecientes por su propio color, lucen á través del material sombrío y romántico de su verso. No podia, en prosecucion de ningun pensamiento, separarse mucho de la tierra que sus pies hollaban; las imágenes distintas de las cosas que le pertenecen, brotan en todas partes como flores en las veredas de su imaginacion, y el amor del poeta por todas estas imágenes, más fuertes que las tentaciones de toda filosofía, está continua-

mente forjando nuevos eslabones para amarrarle como un prisionero á la duradera belleza del único mundo que podemos siempre conocer verdaderamente.

En este punto, Keats llegó al ideal del mundo antiguo. No en el material de su poesía, el que siempre debe el poeta á su tiempo, sino en el método de su trabajo, en su temple y espíritu; retrocedía, forzado por su propia naturaleza, á modelos antiguos; poblaba el vago mundo romántico con formas definidas; y sin romper del todo con el sentimiento místico, que permanece siendo como la atmósfera de su verso, sentó, aún en sus más oscuras sombras, alguna forma precisa de natural encanto. Así por medio de la luz más opaca de nuestra edad, Keats penetraba en el hermoso mundo de la naturaleza, que es inmutable. Hombres y mujeres, perfectos en sus carnes, con sus piés sobre perfectas flores, se mueven en su fantasía como en un crepúsculo. El poeta ha llegado á la perfección de ellos y vuelve cargado con ricas memorias de los sentidos; pero, por ser de su época, no pudo desprenderse de la incierta nube que ocultaba al sol.

La primitiva luz ha desaparecido. «La brillante cámara del pensamiento vírgen,» para usar la misma fantástica imagen de Keats, «se oscurece por grados, y al mismo tiempo en todos sus lados se abren muchas puertas de par en par, pero todas le llevan á pasillos oscuros.» A estos oscuros corredores se lanzaron otros poetas, y algunos encontraron, al fin, en otros dominios nueva luz. Keats todavía se quedó en la brillante cámara, aunque esta brillantez estuviera rodeada de sombras. Pero la sombra que vaga al rededor de su obra no destruye su firme contorno. Las formas pintadas por Leonardo también están encerradas en luz opaca; hay un velo á través de la sustancia pura de su belleza. Las más lozanas flores que á sus piés crecen, están débilmente iluminadas; pero la firme perfección y los más delicados cambios de perfiles, atraviesan la oscuridad y revelan su real existencia afectiva.

En este deleite en los lineamentos y colores afectivos de la naturaleza exterior, tan distintos de toda comunicación especial que su belleza pudiera tener para la mente reflexiva, re-

conocemos la cualidad que separa al nacer su obra de la de sus contemporáneos. Keats se alegraba principalmente de poseerlos. Lo que añadía á la primera percepcion del aspecto afectivo de las cosas se añadía con el mismo espíritu. No usaba la alquimia para disolver las imágenes concretas y volverlas á crear en un mundo nuevo é insustancial, sino que multiplicaba estas imágenes de modo que llenasen el espacio entero de sus versos, con símbolos poderosos trabajados en exquisito molde. En aquellos puntos en que el progreso de su imaginacion llega á ser más lejano y ménos real á la vista, sus símiles son brillantes pinturas para impedir que se descarrie la vision del lector. El efecto del discurso de Thea á Saturno en el no acabado fragmento de *Hyperion* producto es de un pronto regreso á las formas terrenales y familiares de la belleza. En el mismo discurso se ven el vago, nebuloso esplendor del espacio sin límites, la sugestion de la vida colosal y lenguaje de los dioses ; pero á su terminacion adquirimos la reflexion de esta lejana belleza en cosas de alcance más inmediato:

*"As when upon a tranced summer-night,
Those green-robed senators of mighty woods,
Tall oaks branch-charmed by the earnest stars
Dream, and so dream all night without a stir,
Save for one gradual solitary gust
Which comes upon the silence, and dies off
As if the ebbing air had but one wave,
So came these words and went" (1).*



La imaginacion es conducida de este modo con seguridad á través del sombrío espacio, y es recibida en lugares de descanso ligeros, agradables, cámaras llenas con figuras de belleza palpable. Keats siempre estuvo dispuesto á percibir en la poesía de los otros este don de plantar imágenes definidas

(1) Como cuando en el éxtasis de una noche de verano sueñan los altos robles de ramas á que dan su encanto las ardientes estrellas, senadores del poderoso bosque con verdes túnicas vestidos, y toda la noche sueñan sin el más ligero movimiento, salvo el torbellino solitario y gradual que viene sobre el silencio y muere cual si el reflujó del aire solamente tuviera una ola, así llegaron y se fueron estas palabras.

en la mayor área del verso. Fascinado está con el uso que hace Milton de la palabra *vales, llanuras*, cuando la aplica á las ignotas tierras del cielo. «Milton,» escribe, «ha puesto llanuras en el cielo y en el infierno con el amor á lo externo de un gran poeta. Es una especie de abstraccion délfica, una cosa hermosa hecha más hermosa por ser reflejada y puesta en la neblina.» Y este amor á las cosas vistas en la tierra, y la propiedad de trasportarlas, con su belleza terrenal todavía ilesa al reino más remoto del poeta, son los elementos del génio de Keats que en primer lugar le ponen en relacion con la naturaleza del arte. La vision artística, con su intensa mirada de la naturaleza, registra todos y cada uno de los más menudos incidentes de forma y color, y el poeta, al tomar prestada esta vision para su propósito, gana para su verso un sólido carácter afectivo.

Pero la comunión más elevada y más esencial de la poesía de Keats con el espíritu artístico se muestra de nuevo y en otra direccion. El hábito de atesorar separadas formas de agrado es solamente la última manifestacion de una cualidad más profunda. En toda su carrera, Keats estuvo siempre caminando á un ideal de calma perfecta. «Apenas quedo contento cuando escribo los mejores versos, por la fiebre que dejan detrás. Necesito componer sin esta fiebre.» Y otra vez dice: «Piensan algunos que he perdido el fuego y el ardor poéticos que dicen que en un tiempo tuve,» y añade la esperanza de que los sustituirá con «un poder más pensador y tranquilo.» Esta meta de quietud no la ganó Keats para sí mismo durante su vida; pero quedó reflejada en su poesía. Dió á su verso lo que para sí no pudo conseguir, y diferente á otros poetas que dieron vuelta en sus obras de imaginacion al desenfreno de su propio cerebro, Keats no cesó de considerar sagrado el mundo de la poesía, admitiendo dentro de sus umbrales solamente aquellas figuras propias para habitar un reino sin disturbios. Así otra vez llegamos á un punto en el que Keats se diferencia totalmente de la manera de su época; porque así como él se acercaba más apasionadamente que otros poetas á la tierra, en el amor intenso de su belleza se retiraba más léjos de sus pasiones momentáneas con el de-

seo de visiones claras y nunca perturbadas. Deseaba ver vida en sus contornos, no batallar con moralidades; cuidaba más de las constantes formas del mundo, de sus antiguas y fijas pasiones, que de las nuevas fases de su duda intelectual ó de su ambicion, de las cuales otros poetas se apoderaban tan simpáticamente; y cuantos elementos de estos más inquietos y fluctuantes se encuentren en su poesía, se hallan allí más bien por la fuerza del tiempo en que vivía que con deliberado propósito del poeta.

Tenemos un poema exquisito, en el cual la opinion de Keats sobre el ideal del arte está expresada en términos que vivirán siempre. La *Oda á una urna griega* expresa, con una sutilidad y belleza que exceden á todo elogio, ese supremo sentido del silencio que dan igualmente la gran escultura y la gran pintura, y que parece depender de nuestra percepcion, del poder del arte para trasportar la realidad todavía pura al dominio fijo y mudo de un sueño. Los contornos de una estatua, la vuelta de su cabeza, la morbidez de los pechos y garganta, están para siempre inmóviles; la vida del mármol no permite cambio y jamás se arrebatada con ningun arranque casual de pasion. Esta es la impresion final que debe dar el arte. Pero por bajo de esta muda é inmóvil presencia hay una vitalidad no ménos real, y ésta tambien debe revelarse. «El arte no tiene más que una sentencia que proferir»; pero en esta sola sentencia es necesario que se agolpen muchos lúcidos recuerdos. La vida queda detenida de repente, mas no por la muerte; la actitud inmóvil sin cambio no está condenada á prision en él; está libre, aunque no puede pasar por nuevos cambios. Estas dos impresiones contradictorias,—el sentido de la proximidad á la vida, de modo que percibamos hasta el perfume de la flores, y notemos cada curva delicada del cuerpo humano, y el otro sentido de la lejana y abstracta calma que domina sobre todo lenguaje subsiguiente y movimiento nuevo, de modo que en el silencio y quietud de la escultura parecemos sentir que se acaba de pronunciar alguna palabra, de efectuar algun movimiento,—estas dos impresiones están imaginadas con rara dulzura en el verso de Keats. Es menester citar las dos estrofas en las cua-

les se ostenta su simpatía esencial con el arte. Resúmen y completan lo que imperfectamente llevamos dicho:

*"Heard melodies are sweet, but those unheard
Are sweeter; therefore, ye soft pipes, play on,
Not to the sensual ear, but more endear'd.
Pipe to the spirit ditties of no tone,
Fair youth beneath the trees, thou canst not leave
Thy song, nor ever can those trees be bare.
Bold lover, never—never canst thou kiss,
Though winning near the goal; yet do not grieve,
She cannot fade, though thou hast not thy bliss,
For ever wilt thou love, and she be fair.*

*Ah, happy, happy boguhs! that cannot shed
Your leaves, nor ever bid the spring adieu;
And happy melodist unwearied,
For ever piping songs for ever new.
More happy love—more happy happy love,
For ever warm, and still to be enjoyed,
For ever panting, and for ever young;
All breathing human passion far above,
That leaves a heart high sorrowful and cloyed
A burning forehead and a parching tongue." (1)*

El tono de este poema representa el poder predominante en la poesía de Keats. Dicho está que su visión del mundo era al mismo tiempo apasionadamente cercana y tiernamente remota, y este doble sentido de proximidad y lejanía está imaginado en la «leyenda orlada con hojas» escul-

(1) Dulces son las melodías oídas; pero más dulces aún las que no se oyen; por eso, sonad, suaves caramillos, no para el sensual oído, sino con más encarecimiento. El caramillo no tiene notas para el espíritu. Hermosa juventud debajo de los árboles, tú no puedes dejar tu canto, ni jamás pueden esos árboles estar desnudos. Atrevido amante, jamás, jamás puedes tú besar, aunque victorioso te acerques á la meta; no te aflijas, sin embargo; ella no puede languidecer, aunque tú no alcances tu felicidad, porque tú has de amar siempre y ella siempre ha de ser hermosa.

¡Ah! Ramas felices, felices! Que no podeis desprenderos de la última hoja, ni dar nunca el adios á la primavera, y felices produciendo sin cansancio eternas melodías, lanzais cantos nuevos toda la vida. Amor más feliz, más feliz, más dichoso el que arde perpétuamente, el que todavía ha de ser gozado, el que palpita siempre y late eternamente: toda pasión humana que alienta muy arriba, deja un corazón muy preñado de penas y hartío, una frente que arde y una lengua tostada.

pido en la urna griega. En todas partes el aliento y la pasión de la vida latente penetra sin alterar la solemne calma. Todas las formas de movimiento se ordenan finalmente como raudal de líneas y colores, toda prolija apasionada está dominada por un silencio que la envuelve. El amor de Keats por la belleza patética del mundo era intenso y fuerte. No hay señal de conocimiento incierto de recuerdo frío, inexacto en sus figuras y formas, y sin embargo de estas cosas á que él rendía culto, también se hacía dueño de ellas. Y este dominio sobre los elementos de que se servía, los cuales le ponen en contraste con los otros poetas del siglo, fué adquirido por el reconocimiento claro é infalible de un mundo de arte distinto del mundo de la vida real. En aquel sagrado reino de verdad ideal, Byron, Wordsworth y Shelley habían admitido algo pasajero que no podía vivir en aire más puro. Mucho daño se ha inferido á la fama de Keats por una compasión que ha venido acumulándose sin conocimiento de su naturaleza; pero no debe olvidarse que él mismo nunca dió «el espectáculo de un corazón sangriento,» que si tenía penas, no encontramos expresión en sus labios modelados para melodía más alta. Ni cómo Byron pudo escribir su propia elegía, ni cómo Shelley pudo convertir sus versos en medios de redención social. Estos hombres pulsaron cuerdas sobre las cuales su poder era menos fuerte, pero él al menos se atuvo á la gran ley del arte que ellos á menudo olvidaron. En toda la historia del gran trabajo imaginativo ha estado constantemente presente el reconocimiento de un reino separado para el artista. El rostro griego con su seguridad ajena á la pasión no podía haber sido el rostro real, era la fisonomía de las tranquilas tierras á que el artista se esforzaba por llevar á la humanidad. Los rostros vistos por Leonardo y Miguel Ángel en el último momento de las pasiones sorprendidas en madura calma, no eran con toda seguridad los rostros de la vida real: también experimentaron la acción del arte. Y este cambio tan plenamente percibido en la escultura y pintura, es también verdadero en los productos de la imaginación poética. Aquí también la posesión tranquila de los secretos de la belleza, separa los hechos de

la vida, escogiendo algunos y desechando otros, é imprimiendo en todos su severo dominio; y en este don concedido á Keats es donde percibimos su simpatía con el espíritu de todo artista.

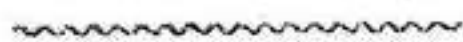
¿Cuál ha sido la suerte de este elemento particular en poesía, desde que Keats, á fuerza de génio, volvió á descubrir para sí mismo su importancia y valor? De un modo ú otro puede decirse que es la influencia dominante en el trabajo de los poetas posteriores. Viniendo directamente del mismo poeta y apoyado por otras influencias á las cuales no tuvo acceso Keats, el elemento artístico ha tendido á ocupar un lugar cada vez más prominente en nuestra literatura. Podemos trazar su directa influencia en la poesía de Tennyson, en la cual el trabajo perfecto de Keats está ingerto en elementos que algo deben á Wordsworth. Pero de otra parte viene su plena aceptación.

Algunos de los poetas que van á la cabeza en nuestros dias llevan á su trabajo un conocimiento cabal del arte propiamente dicho. Poseen un tesoro de imágenes, y de pensamientos que nacen de estas imágenes, las cuales han sacado directamente de la asociacion positiva de la poesía con la pintura y la escultura. Estos hombres al llegar al reino de la poesía han encontrado á Keats. Sus esfuerzos para dar un carácter preciso y afectivo á la expresion literaria quizás no habrian podido realizarse con tanta prontitud si no hubiesen encontrado ya modelado para este fin el lenguaje, por los trabajos independientes de Keats, que en esto anticipó en parte la resurreccion del espíritu pictórico. Así encontramos en la poesía de Rossetti, ó de Swinburne y de Morris, una reminiscencia más perceptible de Keats que en la de ningun otro poeta más cercano á su época. El y ellos se han encontrado partiendo de diferentes sitios, pero los esfuerzos de aquel para volver á modelar el lenguaje poético les han sido á la vez útiles.

Otra influencia muy diferente del espíritu artístico en literatura, es debida á Browning. Este no reproduce, como los poetas ya mencionados, la belleza y color del arte en la poesía; pero con individualidad característica está continua-

mente volviendo á las bases críticas y á la más profunda filosofía que existe latente en la historia y progreso del arte. En presencia de este nuevo advenimiento del espíritu artístico, hay un peligro de que este llegue á infundirse en la literatura de una manera demasiado concreta é imitativa del método técnico artístico. La poesía toma prestado de todos lados; no puede sujetarse á un sólo manantial de la compleja belleza, y no obstante, quizás en estos dias tiende á reflejar demasiado las formas y colores pictóricos.

J. W. COMYNS CARR.



DEBERES DEL CLERO EN POLÍTICA.

I.

● Tal es el capital y trascendentalísimo pensamiento del categorico, franco, elevado, imparcial y profundo obispo de Gap (Francia) en la oportuna pastoral que poco há dirigió al clero confiado á su digna direccion.

El escrito sólida y perfectamente redactado por monseñor Guilbert no es de esas elucubraciones vagas, ligeras, tímidas, hipócritas, escritas ó por escribir, ó encaminadas á algo parecido á memoriales á poderosos de la Iglesia ó del Estado. No es un folleto pasajero, local, marchitable á guisa de sensitiva. No; es por lo contrario cosmopolita, de potente raíz, de solidísima sávia, de una vitalidad que alcanza á todo tiempo, á todo clima, á toda generacion; se aclimata á toda zona, á toda atmósfera, es una plantacion arraigable en todo pueblo.

Los puros y nutritivos elementos que de ella se desprenden, si los agricultores que deberian sanear el campo de la fé, de la moral, de las costumbres, de la sociología y hacerle producir, en vez de los abrojos de que está hoy saturado, en vez de las pestíferas plantas que lo hacen casi dañino, inhabitable ó estéril para los vivientes, para las sociedades humanas, para los pueblos, se penetrasen de su exuberante potencia y se nutriesen de ella, y la infiltraran en todas las plantas de ese campo por inoculacion, por estirpacion, por ingertamiento; y tambien por sustitucion de la mixtura, del corrupto abono que hoy se dá á ese campo en muchas partes, sobre todo en los pueblos de la raza latina, y entre ellos

Francia y España, otra fuera la suerte, la vida de los pueblos, que hoy en su sér moral oprimido, maleado por los mefíticos gases neo-católico y ateo, está en Occidente atravesando la mayor de las crisis que registra su historia. ¿Quién la salvará? ¿Con qué se salvará? ¿Cómo se salvará?

Un clero como el que propone monseñor Guilbert, que no confunda lo divino con lo humano, que no diga que el *legitimismo* es el catolicismo, que cumpla otra vez para siempre y con lealtad el precepto de Jesucristo: «dar á Dios lo que es de Dios, dar al César lo que es del César.»

Con la cruz desnuda, pura de toda bandera política. Sosteniendo siempre así la cruz. Sea este el blanco que se propongan tocar los poderes de la familia, de la Iglesia y de los pueblos, puesto que fuera de él no hay ni acierto ni salvacion posibles para la sociedad actual, especialmente de la raza latina, y nos atrevemos á añadir, con mayor especialidad aún para España, el país de ménos fé, de ménos moral, de ménos verdad, de ménos virilidad, de ménos crédito, de ménos honorabilidad, de ménos saber, sér y valer y de mayor falsedad é hipocresía que registra el catálogo de los que se llaman pueblos civilizados. Este pueblo en costumbres y virtudes se parece á los estados de los ejércitos derrotados en Sadowa y en Sedan: mucho soldado sobre el papel, mucho estado mayor, pero miseria en realidad.

Alguien nos tachará, al leer estos lúgubres acentos, de poco patrióticos, de extranjeristas, de heterodoxos. Se equivocan ó fingen equivocarse los que de tales nos califiquen. Precisamente porque somos muy españoles, muy creyentes, porque tememos la tempestad, el vírus que amaga á España, á nuestra patria y á nuestra fé, nos hemos decidido á lanzar estas alertas. Empero siendo los nuestros débiles y desautorizados, ahí van algunos de la preciosa pastoral á que venimos refiriéndonos, y á la que no se han apresurado á dar publicidad los periódicos ni revistillas neo-católicas de allende ni de aquende.

Aquí no la hemos visto sino en las columnas de *La España*, y aún de un modo vergonzante, sin honor alguno de comentario. Y el *Diario de Barcelona*, defensor de los

clérigos y caballeros fuero-carlófilos, ¿por qué no la han publicado? ¡Ah! lo comprendemos: es que esta pastoral no sería del gusto de sus nuevos y furiosos aliados.

Lo apostamos: verémoslo.

II.

«Es cierto, sin embargo, dice Mons. Guilbert, que en este ardiente terreno de la política, el sacerdote no debe comprometerse jamás sino con escrupulosa y estremada medida y con mucha precaución, distinguiendo bien lo que hay de relativo en las cosas y lo que en ellas hay de esencial.

»Por de pronto, es incontestable que las diversas formas de gobierno nada tienen de absoluto. Hijas de los accidentes de los tiempos, son por su naturaleza variables, se cambian, se modifican, se suceden, según las circunstancias en que un pueblo vive, según su grado de civilización, según su carácter y su temperamento.

»Esto es lo que ménos importa á la Iglesia, que jamás ha hecho ni hará su dogma de la monarquía ó de la república.

»No es ahora ciertamente la vez primera que ella oye hablar de estos diferentes sistemas políticos: sabe muy bien lo que con respecto á ellos han dicho los filósofos de la antigüedad: sabe especialmente con qué amplitud de miras las han tratado sus grandes doctores, sus profundos teólogos, como Santo Tomás de Aquino, Suarez... cuya noble independencia en estas cuestiones libres, entregadas á la disputa de los hombres, es hoy bastantemente ignorada (1).

»La Iglesia ni proscribire ni adopta (no falta quien proscriba y adopte) con preferencia ningun régimen: á todos se acomoda sin distinción: ha vivido bajo monarquías hereditarias y electivas, absolutas y constitucionales, bajo aristocracias feudales, bajo repúblicas oligárquicas y bajo repúblicas populares. En todas partes ha sufrido cruelmente: bajo todas las formas de gobierno ha encontrado frecuentes injusticias é

(1) En especial por grandísima parte del neismo español y su prensa mezquina, apasionada y malévol.

indignas persecuciones, y algunas veces tambien la paz y la libertad.

»Considérese bien en la hora presente lo que pasa en el globo, donde se encuentran todas las formas políticas con sus diversos matices. Evidentemente la Iglesia puede ser en todas ellas respetada y hasta protegida: puede ser libre con ellas y tambien puede ser oprimida; privada injustamente de sus derechos, sin tener siquiera un lugar en la tierra.

»*Es, pues, un error, y un error funesto, pretender vincularla á determinada forma de gobierno; para pretender esto, es preciso ignorar la historia.*

»Toda la política de la Iglesia debe resumirse en la palabra evangélica: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios...» *Ahora bien: el César es todo gobierno de un país, cualquiera que sea su forma. En verdad que cuando Jesucristo formulaba en esta sublime concision su enseñanza divina, César se llamaba Tiberio, y cuando el Grande Apóstol pedia que toda alma se sometiese á las potestades superiores (Rom. 12, 1), ¡César era Neron!*

»Sígase, en efecto, á la Iglesia desde su cuna, bajo los primeros emperadores, bajo Constantino... hasta hoy.

»A la caida de los merovingios, ¿no ha tenido bendiciones para la raza de Pepino y de Carlo Magno? Y cuando los últimos descendientes de este grande hombre, que no fueron los herederos de su génio, cayeron en la incurable impotencia, ella se apresuró á reconocer á Hugo Capeto. ¿Se ha opuesto á las trasformaciones sociales que se han cumplido durante este largo período, á la abolicion de la esclavitud, á las franquicias de los municipios, á la destruccion del feudalismo...?

»Pero detengámonos solamente en nuestra época contemporánea. A partir del fin del último siglo, ¿qué ha hecho la Iglesia con las revoluciones tan frecuentes y con cada gobierno que de ellas ha salido?

»Despues de la primera y más espantosa de estas revoluciones, en que habíase creido ahogar en la sangre la realeza con sus glorias (é ignominias) seculares, luego que pasaron los dias del terror y el órden empezó á reaparecer, vemos á

Pio VII (1) entenderse con el primer cónsul y firmar el Concordato, que todavía es nuestra ley religiosa, y pasados algunos años el mismo gran Pontífice vino á París á consagrar emperador al heróico soldado.

» Cuando el imperio cayó bajo el peso de sus victorias y de sus faltas, nadie seguramente dirá que la restauracion ha encontrado oposicion en la Iglesia. El gobierno constitucional que le siguió, ¿ha tenido motivo para quejarse de ella? ¿Rehusó la Iglesia reconocer y tratar con él?

» En 1848, bajo el nuevo régimen que se daba la Francia, ¿vióse aparecer entre nuestro gobierno y la Iglesia la menor hostilidad?» (2).

« Hemos establecido por los hechos que la Iglesia no reprobaba ni condena ninguna forma de gobierno. . . .

» ¡Qué imprudencia para un católico, sacerdote ó lego, querer ligar, identificar la religion á un sistema, ó una forma cualquiera de gobierno! ¿No es esto al mismo tiempo comprometer indignamente á la Iglesia y al clero y sostener un error flagrante?

» Porque en esto podemos tambien apelar á la historia. Es un hecho que todas las veces que se ha podido creer al clero mezclado en un partido político, jamás ha dejado de hallar en éste adversarios que no lo hayan sido tambien de aquel. Tráigase á la memoria el año de 1830 con sus ódios y manifestaciones hostiles, de que fueron blanco nuestros sacerdotes, y á quienes ni siquiera se les permitia andar en sotana por las calles de nuestras grandes ciudades.

» La causa, la gran causa, segun Nos, es en este punto bien conocida. Hombres seguramente respetables y animados de las mejores intenciones (á veces), habian creido que era bueno identificar la política con la religion. Querian, segun se decia, unir el trono al altar, y el altar al trono (y aún lo quieren, monseñor); pero cuando cae el trono unido al altar,

(1) Véase su oracion fúnebre elevada por el génio de Raulica.

(2) ¡Dichosa Francia! No lo ha sido así España, ni lo es, ni sabemos cuándo lo será en eso que es capital.

el altar es tambien necesariamente destrozado. ¡Ah! Comprendámoslo bien; el altar no se ha hecho para ser soldado al trono de reyes ó de emperadores, ni á la silla de un presidente de república, ni á los sillones de un senado, ni á los bancos de una cámara de diputados. Su lugar se halla en region más elevada y más serena, para recomendar el respeto de todos los hombres honrados, de todos los partidos (los neos de España dicen que nadie es honrado sino ellos), que todos son llamados para venir á él, para elevar juntos sus oraciones y buscar en él la fuerza y los consuelos que necesitan. (¡Este es lenguaje digno de un obispo cristiano!)

»En verdad que hay motivos para alarmarse, en vista de la actual hostilidad contra el clero.

»Y bien: ¡lo confesaremos francamente! no sin inquietud y profunda pena vemos á ciertos periódicos que *ante todo se llaman católicos*, unir á su catolicismo una bandera de partido. (Esta, esta es la causa del mal). Sin duda no dicen en términos expresos (aquí sí, monseñor) que para ser un buen cristiano conviene absolutamente abrazar sus opiniones, pero esto se desprende bien á las claras (¡y tanto!) de su ardiente polémica, y sus habituales lectores deberán deducirlo (y lo deducen).

»Ahora bien; es fácil prever la consecuencia y predecirla sin ser profeta: la consecuencia es una reaccion anti-religiosa; en la hora presente hay un movimiento de ódios injustos contra la Iglesia, hay la guerra al clericalismo como se suele llamar, es decir, contra todo el clero, á quien se le supone indistintamente partidario de las ideas extremas, de las exageraciones de estos imprudentes periodistas. Porque si en una época de divisiones y luchas como lo presente, ante muchas formas de gobierno, que tiene cada una apasionados partidarios, ¿no es evidente que si en nombre de la religion proclamais una con exclusion de las otras, os suscitareis en contra vosotros á los partidarios de las demás, y lo que es peor, los suscitareis contra la religion misma?

»Sin duda que el sacerdote, como todo otro ciudadano, es perfectamente libre para tener individualmente su opinion política, y nadie tiene derecho de hacer de ello un crimen;

puede creer que tal forma gubernamental conviene mejor que otra á su país; puede preferir la república á la monarquía ó vice-versa; es libre tambien, pero siempre fuera de su ministerio, de expresar su opinion personal y defenderla como tal, con la prudencia y mesura propias de la dignidad del sacerdocio.

»Pero lo que nosotros censuramos es que pretenda hacer á la religion solidaria de su opinion, porque la religion es y debe permanecer extraña á estos sistemas, y servirse de ella para defender á un partido, es un sacrílego abuso que la compromete indignamente.

»Nunca se proclamará sobrado alto el separar las opiniones políticas de lo religioso.

»La propagacion del Evangelio no se ha hecho, ni se puede hacer, más que con y por medio de la cruz. Hé aquí el único estandarte del verdadero y sincero apostolado. ¡La cruz! Pero la cruz sola y desnuda. ¡Guardaos, pues, de agregarle ningun otro emblema, ninguna bandera de partido, porque al primer encuentro el enemigo de la bandera cae sobre ella, y la misma cruz es insultada por vuestra culpable imprudencia!»

¿Cuándo habrá en España quien desde tan alto hable tan claro? Entónces, sólo entónces será el principio de nuestra regeneracion. Ved ahí todos nuestros afanes pasados, presentes y futuros, digan lo que quieran nuestros adversarios, que lo son de la paz, del progreso, de la armonía, de la libertad, del bienestar, de la fé y de la moral del pueblo español, sumido en la indiferencia, fanatismo, hipocresía, ó incredulidad.

DR. JOSÉ PANADÉS, PBRO.,
canónigo electo de Gerona.

Madrid, Octubre, 1876.



HISTORIA DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA (1)

POR GUSTAVE HUBBARD.

La colección de historias de las literaturas de la Europa contemporánea, que publica la casa Charpentier, se ha aumentado recientemente con un volumen relativo á España, que era esperado en nuestro país con cierta curiosidad. Presumíase de antemano que no serian escasos los errores que contuviera, y los hechos han confirmado plenamente estas previsiones. Justo es decir, sin embargo, que la casa Charpentier ha procedido con discernimiento en la elección de autor para el volumen en cuestión. Mr. Gustavo Hubbard, escritor de mérito, conocido ya por una publicación referente á España, sabe nuestra lengua y ha vivido muchos años entre nosotros, y parecia, por lo tanto, que habia de ofrecer todas las garantías necesarias y estar bien informado. Por desgracia no ha sido así, y el libro de Mr. Hubbard ha producido en España una impresión penosa y desfavorable, motivada por los gravísimos errores que en él abundan y que revelan una ignorancia casi absoluta del asunto.

Antes de hacer la crítica detallada de los errores de esta obra, apresurémonos á señalar sus incontestables méritos. Ingratos seriamos si no reconociéramos el servicio que ha prestado Mr. Hubbard al trazar un cuadro de nuestra literatura contemporánea, é injustos si no confesáramos que ha dado una lección á los escritores españoles, ninguno de los

(1) *Histoire de la littérature contemporaine en Espagne*, par Gustave Hubbard.—París: Charpentier et Cie., 1876. 417 pp. in 12.^o

cuales se ha tomado el trabajo de hacer otro tanto. Reconocemos igualmente que hay en este libro críticas muy exactas y fundadas y que está redactado con arreglo á un plan excelente: debiendo decir tambien que en los pasajes traducidos de obras españolas nada hay que desear en punto á fidelidad y elegancia. ¿Cómo ha podido cometer tantos errores, y algunos tan imperdonables, un escritor que tales cualidades revela? Sólo á dos causas puede esto atribuirse. Es la primera la fatal influencia que han ejercido en este libro las ideas políticas y filosóficas del autor. Racionalista y radical, Mr. Hubbard condena sin apelacion todo lo que de su ideal se aparta, y léjos de colocarse en el punto de vista sereno é imparcial que es propio de la historia, desdeña y rechaza todo lo que no se adapta al molde de sus ideas; lo cual es un criterio que puede ser útil en política, pero que no lo es en literatura ciertamente. En la apreciacion de las obras literarias se debe hacer que siempre predomine el punto de vista estético, relegando al segundo término los principios políticos, religiosos y sociales; de otro modo, el escritor se expone á ser injusto y á preferir una obra mediana, porque conforma con las tendencias de su espíritu, á una obra maestra que las contradice. Así se explica que Mr. Hubbard trate con notoria injusticia á nuestro gran orador Emilio Castelar y colme de exagerados elogios á D. Francisco Pí y Margall. A esta preocupacion política, á este imperio absoluto de las ideas preconcebidas se une en el libro de Mr. Hubbard una ignorancia de los hechos casi constante, que proviene sin duda de que el autor no se ha tomado el trabajo de recurrir á las fuentes originales ni de ponerse al corriente de nuestro movimiento literario. De aquí, omision de escritores y obras de gran importancia; trascripciones inexactas de nombres propios; menciones de obras que no lo merecen; testimonios de aprecio otorgados en igual medida á obras de primer orden y á producciones que nada valen; en resúmen, errores de todo género que despojan al libro de todo valor histórico y le hacen ser un guía infiel y engañoso, que harán bien en no seguir á ciegas los franceses que deseen conocer nuestra literatura contemporánea. Al señalar estos errores en las pá-

ginas que siguen aquí, creemos prestar un servicio á nuestros vecinos, que tienen derecho á no ser engañados por informaciones inexactas y juicios parciales (1).

El libro de Mr. Hubbard comienza con un resúmen de la literatura española desde sus orígenes hasta nuestros dias, en general bien pensado, pero no exento de errores históricos. Allí encontramos, en primer lugar, una inexacta identificación del *Poema del Cid* con los *Romanceros*, siendo así que el primero es una obra única y completa del siglo XIII, y el *Romancero del Cid* (2) una colección de romances compuestos en épocas muy diversas, y entre los cuales hay unos verdaderamente antiguos y otros que son imitaciones modernas. Hablando de Alonso X, el Sábio, dice Mr. Hubbard, que se han atribuido á este soberano dos obras poéticas: las *Querellas* y las *Cántigas*, con lo cual parece poner en duda la autenticidad, hoy plenamente reconocida, de estas composiciones, que critica con sin igual dureza, mostrando claramente con esto que no ha comprendido el encanto y la delicadeza de sentimiento que las impregnan. Los juicios del autor acerca de los escritores de la córte de Juan II no son más exactos ni fundados. También comete diversas inexactitudes al hablar de los líricos del siglo XVI. Una de ellas es decir que Hernando de Herrera fué dominico, cuando es sabido que jamás perteneció al clero regular; y otra, afirmar que Boscan hizo que cayeran en olvido los «versos heróicos» del *Romancero*, olvidando que los versos del *Romancero* son octosílabos y que el nombre de *heróicos* se aplica únicamente entre nosotros á los endecasílabos.

Mr. Hubbard se ocupa despues de los místicos, y pretende que Santa Teresa ha sido el punto de partida de «esa extraña enfermedad del cristianismo que en tiempo de Isabel II produjo á sor Patrocinio.» Si Mr. Hubbard conociera mejor nuestra historia, no achacaria á la influencia de los escritos de Santa Teresa las supercherías de la célebre monja de las llagas.

(1) A tal propósito ha obedecido la publicación de este artículo en la excelente *Revue critique d'histoire et de littérature* de París. (N. de la R. C.)

(2) Suponemos que el autor quiere hablar de esta colección, pues el *Romancero general* se ocupa de otras muchas cosas además del Cid.

Sigue á esto un buen estudio sobre Cervantes; otro sobre el teatro, demasiado corto, pero bien pensado en general; y otro sobre el género picaresco, y especialmente sobre Quedo, que deja mucho que desear. La introduccion termina con un rápido exámen de la literatura del siglo XVIII, en el cual hallamos muchas equivocaciones en la trascripcion de nombres propios: en vez de D. Ignacio de Luzán, se dice D. Ignacio de *Lujan*; á D. Gaspar Melchor de Jovellanos, se le llama D. *Melchor* de Jovellanos y á D. Juan Melendez Valdés, D. *Luis* Melendez Valdés.

Mr. Hubbard divide con mucho acierto su obra en tres libros: el primero comprende desde la revolucion de 1808 hasta la muerte de Fernando VII (1833); el segundo desde esta fecha hasta el fin de la regencia de Espartero (1843); y el tercero llega hasta 1875. El primer libro comienza con un estudio del estado de la sociedad española, durante la guerra de la Independencia, en el cual, al lado de observaciones notables y exactas, se hallan errores tan palpables como el pretender, por ejemplo, que Quintana, revolucionario y enciclopedista de pura raza, queria «conservar ante todo el antiguo prestigio de que rodea la poesía al hermoso tipo del caballero español, del hidalgo fiel á su Dios y á su rey,» lo cual es completamente erróneo. Los capítulos siguientes, consagrados á la historia de la primera reaccion absolutista, de la segunda época constitucional y de la segunda reaccion, no dan lugar á ninguna crítica. Es de notar, en efecto, que las lagunas que se observan en los informes del autor no llegan á ser realmente chocantes, sino cuando se trata de las cosas que más de cerca nos tocan. Unicamente señalaremos en esta parte del libro una injusta apreciacion de nuestra capital. Madrid, segun el autor, «no es una ciudad de estudios profundos ni de tendencias filosóficas; su clima seco, variable, abrumador, es contrario al ejercicio regular de la máquina cerebral.» No es así. Madrid es el centro de nuestro movimiento científico y filosófico; en él se han desarrollado las escuelas tomista, krausista y positivista, y en su célebre Ateneo se discuten los más árdulos problemas de la ciencia. La vida intelectual de Madrid supera en mucho á la de Bar-

celona, tan ponderada por Mr. Hubbard, y que sólo ha producido una raquílica escuela de filosofía derivada de la escuela escocesa, ultra-católica y conservadora, y un grupo de imitadores de la poesía provenzal, más anticuados que el género que copian. Ni los filósofos Aribau, Lopez Soler y Llorens, ni los poetas catalanes de la escuela provenzal, ni los críticos y eruditos barceloneses, pueden compararse con los de Madrid.

- Haga lo que quiera Barcelona, es difícil que su movimiento científico y literario pueda entrar en competencia con el madrileño.

Al hablar de la revolucion romántica, dice erróneamente Mr. Hubbard que Breton de los Herreros, fiel representante en el género cómico de la tradicion de Moratin, «rompió las últimas vallas que aún se oponian á la invasion del romanticismo.» A una buena apreciacion del duque de Rivas, del conde de Toreno, del duque de Frias y de D. Francisco Javier de Búrgos, sucede un juicio inexacto é injusto de Martinez de la Rosa. En buen hora que Mr. Hubbard censure las tendencias doctrinarias de este escritor; pero comete una manifiesta injusticia ocupándose ligeramente de su magnífica tragedia *Edipo* y limitándose á mencionar el drama romántico *La conjuracion de Venecia*, lleno de interés y de efecto. Mr. Hubbard habla despues en términos convenientes de los oradores Cortina, Olózaga y Lopez, y trata luego de los poetas dramáticos, comenzando por Gil y Zárate. En el juicio que formula acerca de este escritor, se advierten demasiado la pasion política y la preocupacion que ciegan al autor. Entre todos los dramas de Gil y Zárate, que, sin ser un génio, es un poeta muy estimable, el que mejor le parece es *Cárlos II el Hechizado*. Este melodrama terrible, inspirado evidentemente por *Nuestra Señora de París*, y lleno de vulgares recursos escénicos, puede gozar de alta estimacion entre las masas, pero nunca ha sido apreciado por las personas de gusto, que con razon prefieren el *Guzman el Bueno*, del mismo escritor. Pero *Cárlos II* es una diatriba contra la monarquía y el clero, y esto basta para entusiasmar á nuestro autor. De D. Juan Eugenio Hartzenbusch, venerable decano de nuestros poetas contemporáneos, no cita más obra

Mr. Hubbard que *Los amantes de Teruel*, sin duda el mejor, pero no el único drama de este ingenio, que merecía un estudio especial. Después pasa Mr. Hubbard á ocuparse nuevamente de Breton de los Herreros, el primero de nuestros autores cómicos contemporáneos, que rivaliza en fecundidad con nuestros grandes poetas del siglo XVII, y en ingenio y gracia con los mejores escritores franceses. El juicio que de él se hace en este lugar es muy exacto, pero el autor se ha equivocado al decir que Breton ha escrito «más de 60 piezas,» siendo así que sus obras originales y traducidas pasan de 140; y al considerar como su primera obra la *Marcela* (representada en 1831), pues á esta pieza han precedido otras muchas, siendo la primera *A la vejez viruelas*, representada en 1824. Mr. Hubbard pretende también que Breton es más francés que español en su manera de comprender á las mujeres, á las que pinta coquetas, reflexivas y calculadoras y no apasionadas y sensibles. Nuevo error debido al persistente propósito de considerar á nuestro país como la tierra prometida del romanticismo caballeresco. La mujer española es como todas las demás, y Breton, que es un autor eminentemente realista, la ha pintado tal como es y no como era en épocas caballerescas que nada tienen que ver con la nuestra. García Gutierrez, el primero de nuestros poetas dramáticos modernos, bajo el punto de vista de la inspiración, del idealismo poético, de los grandes efectos y de la versificación sonora y vigorosa, merecía ser apreciado de muy distinto modo que lo ha sido por Mr. Hubbard, que hubiera debido enterarse de la historia completa de los escritores que juzga, y no contentarse con redactar acerca de ellos noticias fragmentarias y confusas. Para Mr. Hubbard, la historia de García Gutierrez concluye en la época de su viaje á América (1844), lo cual quiere decir que ignora el segundo período en que este escritor, libre de las exageraciones románticas, ha dado á la escena obras de tanta trascendencia como *Un duelo á muerte*, *Venganza catalana* (cuyo éxito compitió con el del *Trovador*), *Juan Lorenzo* y *Doña Urraca de Castilla*. A dos estudios muy bien hechos sobre Larra y Zorrilla (salvo llamar «corta noticia» á la interesante novela

del primero: *El doncel de D. Enrique el Doliente*), sigue otro relativo á Espronceda, en que nuevamente se observan los funestos efectos que en el espíritu de nuestro autor produce su monomanía anti-católica y anti-monárquica. Sólo teniendo en cuenta esta manía se llega á comprender que Mr. Hubbard vea en la leyenda de Espronceda, *El estudiante de Salamanca*, una representacion simbólica de los abismos en que la Iglesia católica ha precipitado á España. En nada de esto ha pensado Espronceda al componer su leyenda, que está fundada en una tradicion muy antigua y popular en España; su única intencion ha sido dar una forma nueva al conocidísimo tipo de D. Juan Tenorio. El resto del trabajo consagrado á este gran poeta es digno de elogio y puede considerarse como una de las partes mejor acabadas del libro de Mr. Hubbard.

Con el tercer libro, esto es, con el período más reciente de nuestra literatura, aumentan en notable proporcion los errores y las inexactitudes. Extraño parece que cuanto más cercanos á nosotros sean los hechos examinados por Mr. Hubbard, los conozca ménos; pero esto se explica si se tiene en cuenta que de seguro no se ha cuidado de buscar datos acerca de este período, y que al llegar á él le ha faltado la obra que hasta entónces le habia servido de guía y que era la *Galería de la literatura española*, de D. Antonio Ferrer del Rio. Este tercer libro comienza con una série de consideraciones políticas, en general exactas, pero mezcladas con errores, como de costumbre. Uno de ellos es pretender que el gusto por las aventuras se despertó en España despues de la dominacion de la union liberal y á consecuencia de la batalla de Sadowa, y que de este momento data la voga de las novelas de Fernandez y Gonzalez. Nada más falso, pues estas novelas se leian mucho tiempo ántes, no para satisfacer gustos aventureros, sino simplemente porque no habia otras. Tambien es un error el afirmar que la propaganda protestante ha producido grande y excelente efecto en España, sobre todo en las mujeres. La verdad es que este sexo interesante ha mirado con horror la libertad de cultos, y le ha hecho la guerra más cruda, y que el protestantismo no ha te-

nido eco entre nosotros, porque bajo ningun punto de vista cuadra á las condiciones del carácter español. Despues de estas consideraciones generales, el autor pasa á examinar los escritores de este período, agrupándolos por géneros y comenzando por los poetas líricos. La enumeracion que de estos dá no puede ser más incompleta. Juan Nicasio Gallego, el autor inspirado del *Dos de Mayo*, Alberto Lista, Arolas, no habian merecido especial mencion en el período anterior; de igual exclusion son objeto en éste, poetas tan distinguidos como Bernardo Lopez García, Francisco Zea, Nicomedes Pastor Diaz, Eulogio Florentino Sanz, Antonio Fernandez Grilo, José Martinez Monroy, Antonio Hurtado, Gaspar Nuñez de Arce (uno de nuestros líricos que más nérvio é idea revelan en sus versos), Ventura Ruiz Aguilera (cantor popularísimo de nuestras glorias nacionales y del cual sólo conoce Mr. Hubbard una insignificante coleccion de artículos é historietas, titulada *Limonos ágrios*), Carolina Coronado, y tantos otros de no menor importancia. Mr. Hubbard se ocupa en primer lugar de D. José Zorrilla, á quien juzga con tacto y justa severidad. De Zorrilla pasa á Campoamor, cuyos principales méritos desconoce, como son el haber creado en España un género nuevo: la *Dolora*, y haber introducido otro: el *Pequeño poema*, cultivado por Byron, Goethe, Heine y Musset, y el haber creado una escuela lírica profundamente subjetiva y filosófica, seguida hoy por casi toda la juventud española. Mr. Hubbard, que no se detiene en las obras verdaderamente populares de Campoamor, analiza en cambio su poema *El drama universal*, composicion más extraña que bella y que sólo ha obtenido un éxito mediano. Ventura de la Vega (que no debia figurar entre los poetas líricos) no ha sido mal juzgado por Mr. Hubbard, que no debiera pasar en silencio dos piezas importantes del mismo autor: *Don Fernando el de Antequera* y *La muerte de César*. Mr. Hubbard reune en un sólo capítulo muchos escritores que por sus especiales méritos figurarian mejor en otro grupo que en el de los poetas líricos. Ochoa, Cueto, Cañete y Madrazo, en efecto, son más conocidos y apreciados como críticos que como poetas. Selgas y Arnao están bien

juzgados, en cambio. No se puede decir otro tanto de Manuel del Palacio, poeta regocijado, lleno de ingenio y de humor, acerca del cual ha incurrido Mr. Hubbard en verdaderas extravagancias, pretendiendo que «todavía influye más con la »palabra que con la pluma»—como si fuera un orador de primer orden—y que «es filósofo,» cualidad que nadie le reconoce en España.

Mr. Hubbard pasa despues á ocuparse del teatro y empieza por dar acerca de nuestros actores algunas noticias tan anticuadas é incompletas, que en el párrafo que les dedica, ni siquiera se hallan los nombres de los actores que actualmente gozan de más reputacion, como Elisa Boldun, Antonio Vico, Rafael Calvo, Mariano Fernandez, Balbina Valverde, Elisa Mendoza. Los autores cómicos Rodriguez Rubí y Breton de los Herreros atraen luego la atencion de Mr. Hubbard. Salvo la inexactitud que comete considerando *El arte de hacer fortuna* y *El gran filon* como las dos últimas obras de Rubí (*El arte de hacer fortuna* es una de las primeras) y la omision de algunas otras obras importantes, nada tenemos que censurar en el juicio que formula acerca de este autor. A propósito de Gertrudis Gomez de Avellaneda notaremos solamente que Mr. Hubbard no habla de su drama *Baltasar*, uno de los mejores y más populares de esta poetisa. El capítulo dedicado á D. Manuel Tamayo y Baus no tiene excusa posible; la ligereza con que ha procedido Mr. Hubbard en la redaccion de su obra aparece aquí en todo su esplendor. A los ojos del lector francés que se fie de Mr. Hubbard, Tamayo se presenta como un escritor «muy indiferente en materia política», como dedicado únicamente al «género noble», como una especie de Ponsard. Perfectamente; pero bueno es que se sepa que el verdadero Tamayo (no el Tamayo fantástico de Mr. Hubbard) es un absolutista y un ultramontano furioso; que ha cultivado en su juventud la tragedia clásica (*Virginia*) y el drama histórico (*La rica-hembra* y *Locura de amor*), luego el drama sentimental (*Hija y madre*) y la comedia (*La bola de nieve*); que ha renunciado muy pronto al clasicismo (del cual sólo ha conservado la sencillez y pureza de la forma) para entrar francamente en las corrientes rea-

listas é inspirarse en los grandes modelos extranjeros (sobre todo Shakspeare para el drama trágico y los dramaturgos franceses de nuestros días para el drama de costumbres); y finalmente, que se ha propuesto, ante todo, dar á sus obras una significacion social, agitando en ellas los problemas más discutidos en nuestra época. *Un drama nuevo*, composicion magistral en que se siente algo de la inspiracion de Shakspeare y que está llena de efectos originales y sorprendentes, *Lo positivo*, imitacion del *Duc Job*; *No hay mal que por bien no venga*, *Los hombres de bien*; hé aquí las producciones de lo que se puede llamar segundo período de la vida de Tamayo, del cual Mr. Hubbard no sabe absolutamente nada. El motivo de esta ignorancia es fácil de advertir; Tamayo, por razones desconocidas del público, escribe hace algun tiempo bajo el pseudónimo de *Joaquin Estébanez*. Esta circunstancia, que es la verdadera causa del silencio del historiador francés, no le disculpa en modo alguno, pues al ménos debia conocer las obras de Estébanez, y en todo caso obligado estaba á informarse de cosas tan importantes ántes de publicar su trabajo. Despues de este deplorable capítulo, Mr. Hubbard se ocupa de D. Adelardo Lopez de Ayala (al cual no concede toda la importancia debida, pasando en silencio, además, dos obras importantes: *El hombre de Estado* y *El nuevo D. Juan*); de Luis Eguilaz, á quien juzga bien, y de Narciso Serra, que merecia más atencion; Mr. Hubbard excluye á este escritor del reino de los vivos con una conmovedora oracion fúnebre; vive, sin embargo, á pesar de la partida de defuncion que aquí se le extiende. Mr. Hubbard trata, además, de José María Diaz, de Príncipe y de Asquerino, escritores de segundo orden, el último de los cuales ha sabido captarse la benevolencia del crítico francés gracias á sus dramas revolucionarios. Este estudio del teatro termina con un capítulo dedicado á la zarzuela, en que hay elogios para libretistas tan medianos como Camprodon. No hay necesidad de decir que, segun su costumbre, Mr. Hubbard ha tenido por conveniente excluir del cuadro gran número de autores estimados; tales son Florentino Sanz (célebre por su magnífico drama *D. Francisco de Quevedo*), Antonio Hur-

tado, Gaspar Nuñez de Arce, José Echegaray, Márcos Zapata, Francisco Luis de Retes y su colaborador Francisco Perez Echevarría, Enrique Perez Escrich, Manuel Fernandez y Gonzalez, Juan Palou, Enrique Gaspar (imitador del realismo francés), Luis Mariano de Larra, José Marco, Miguel Ramos Carrion y otros más ó menos distinguidos, que debian figurar, al ménos en notas, en un libro como el de Mr. Hubbard.

El capítulo de los oradores deja poco que desear. Olózaga, Gonzalez Brabo, Rios Rosas y Donoso Cortés están perfectamente juzgados, así como D. Nicolás María Rivero. Pero al llegar á los oradores de la democracia, la pasion política hace cometer á Mr. Hubbard errores é injusticias enormes. Rebajar la figura de Castelar, tal ha sido el objeto del autor. El gran tribuno, el orador sin rival en el mundo, el incomparable artista de la palabra, cuya reputacion ya es europea, ha cometido el grave crimen de no transigir con la democracia roja, de querer llevar á cabo la obra de prudencia y sensatez que hoy realizan los republicanos franceses, y esto es lo que Mr. Hubbard no puede perdonarle. El ideal del escritor francés es D. Francisco Pí y Margall; Salmeron, el filósofo profundo, el orador severo y magestuoso, apenas obtiene una mencion. Castelar es para nuestro autor una especie de Lamartine lloron y afeminado, que de nada puede servir y debe contentarse con cantar y soñar. El gran hombre es Pí y Margall. Hé aquí un «hombre de voluntad, de pensamiento y de accion,» que no se paga de palabras y sigue el camino derecho, sin dejarse engañar por los reaccionarios ni arrastrar por los impacientes. Hé aquí cómo se juzga al imitador de Proudhon, que por su falta de iniciativa y de accion ha merecido ser apellidado *el hombre de hielo*. Es imposible formarse idea del descrédito que semejantes opiniones han acarreado en España al libro de Mr. Hubbard.

Los novelistas siguen á los oradores: confesamos que no comprendemos la razon de haberles colocado en este sitio. Este capítulo no deja tampoco de ofrecer lagunas. Mr. Hubbard se ocupa extensamente de escritores de escaso mérito é importancia, y en cambio ni siquiera cita á D. Benito Perez

Galdós, que ha cultivado con éxito la novela política (*La Fontana de Oro*, *El Audaz*), y la novela de costumbres (*Doña Perfecta*), y ha imitado con mucho acierto las novelas nacionales de Erkmann-Chatrion en sus populares *Episodios nacionales*, cuadro animado de nuestra guerra de la Independencia y de los acontecimientos políticos del reinado de Fernando VII. También ha omitido Mr. Hubbard el nombre del distinguido crítico y académico D. Juan Valera, autor de dos novelas muy estimadas (*Pepita Jimenez* y *Las ilusiones del doctor Faustino*), en las que el vigor del pensamiento rivaliza con la delicadeza y elegancia del estilo. Este capítulo comienza con un buen estudio acerca de Fernán Caballero. Vienen después algunas páginas sobre Enrique Pérez Escrich (Mr. Hubbard le llama unas veces Enrique y otras Vicente, y le hace catalán siendo valenciano), y un juicio muy exacto de Fernández y González, de Trueba y de Becquer. Las poesías líricas de este, mucho mejores que sus leyendas, merecían un estudio especial. También lo merecía Pedro Antonio de Alarcón, tanto por sus admirables relaciones de viaje como por sus originales y encantadoras novelas; una de ellas, *El sombrero de tres picos*, es un delicioso cuadro de género que puede considerarse como lo más delicado y bien concluido que ha producido en nuestros días la literatura española.

El capítulo que trata de los historiadores es muy completo y bien hecho, y no dá lugar á observación alguna. No podemos decir lo mismo del capítulo de los filósofos, donde al lado de juicios bastante exactos hay errores y lagunas graves. En primer lugar, al exponer la filosofía catalana, Mr. Hubbard no habla de dos pensadores de no escasa importancia: Llorens y Milá y Fontanals; en cambio se ocupa de Piferrer, que no debía figurar aquí. Muchas escuelas ha habido en España en este siglo: la escuela escocesa, representada principalmente por los filósofos catalanes; la escuela hegeliana, representada por varios escritores, entre ellos Castelar y Fabié; la escuela espiritualista en sus diversas manifestaciones (eclectica: Azcárate (D. Patricio), García Luna; neo-cartesiana de Bordas-Demoulin: Martín Mateos; inde-

pendiente: Campoamor, Moreno Nieto); la escuela materialista tradicional, sostenida por D. Pedro Mata y gran número de profesores de medicina, la kantiana antigua, representada por Rey y Heredia; la krausista, fundada por Sanz del Rio, desarrollada y propagada por numerosos oradores y escritores, como Salmeron, Azcárate (D. Gumersindo), Giner de los Rios, Tapia, Castro (D. Fernando y D. Federico), Romero Giron, Rios Portilla, Maranges, Rute y otros muchos; la positivista y neo-kantiana, sostenida por varios oradores del Ateneo; la escolástica, defendida por Ortí y Lara y el P. Ceferino Gonzalez, uno de los más eminentes filósofos españoles de nuestros dias. Nada de esto sabe Mr. Hubbard, que sólo conoce á Sanz del Rio. Verdad es que compensa esta ignorancia con la reproduccion comentada de una oracion jaculatoria recitada en los conventos de monjas, y con la cual quiere darnos una idea del misticismo de la Península. ¡Y á esto se llama hacer un estudio sobre la filosofía española!

El capítulo referente al derecho y á la economía política puede pasar. Naturalmente, volvemos á hallar en él el inevitable panegírico del Sr. Pí y Margall.

Pasemos al capítulo sobre la crítica, que está escrito con mucha ligereza.

El autor no se ha dignado ocuparse de la crítica satírica y de costumbres, como tampoco de la artística y literaria, limitándose á los trabajos de erudicion. Las omisiones exceden á toda ponderacion. Escritores tan importantes como Canalejas, Valera, Milá y Fontanals, Fernandez Espino, no son apreciados ó sólo se habla de ellos ligeramente. El autor no habla de críticos humorísticos tan estimados como Castro y Serrano, de críticos dramáticos tan justamente apreciados como Cañete y Balart, ni de eruditos tan conocidos como Gayangos, Francisco Fernandez y Gonzalez, Rosell, Fernandez Guerra (D. Luis), etc.; en suma, se vé que Mr. Hubbard, segun su costumbre, ha escrito de memoria estas páginas, sin tomarse el trabajo de reunir materiales.

De igual modo pueden explicarse las enormes equivocaciones del capítulo dedicado á la prensa. Dejamos á un lado

las apreciaciones políticas del autor, que no siempre son justificadas ni exactas; pero ¡cómo pasar en silencio los errores de hecho de este capítulo! Allí se dice que en 1869 era Castelar krausista y cristiano, cuando es sabido que siempre ha figurado en la derecha hegeliana; se compara al *Journal des Débats* el neo-católico *Diario de Barcelona*, al cual se trata con una benevolencia tan señalada como poco merecida y que sorprende en un radical tan furibundo como Mr. Hubbard; se afirma que *Las Novedades* sucumbió al advenimiento de Alfonso XII, siendo así que este periódico no aparece desde 1869; se clasifica entre las hojas republicanas á *El Imparcial*, que siempre fué monárquico, y á *La Tertulia*, que también lo era; se dice, por último, que *La Igualdad* era propiedad de Castelar y García Lopez, lo que es manifiestamente inexacto, pues Castelar nunca fué propietario de dicho periódico. ¿Es posible acumular más errores en menos páginas?

El libro termina con un capítulo consagrado á la literatura frívola, bastante incompleto y que pudo ser omitido sin inconveniente alguno.

M. DE LA REVILLA.



DAVID FEDERICO STRAUSS.

UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO RELIGIOSO MODERNO.

(CONCLUSION.)

Por manera que aún ántes de que Strauss volviese á la teología, se habia evidenciado que estaba por terminar todavía el exámen de la historia evangélica por la crítica moderna. Estaban reunidos, sin embargo, bastantes materiales para que fuese posible y necesario un nuevo exámen. Hombres tan diversos como Renan y Kein, Pressensé y el autor de *Ecce Homo*, Schenkel y Strauss sintiéronse muy pronto estimulados á emprenderlo. Ya no era posible que el último empleara su antiguo *á priori* especulativo y crítico. Habia variado con los tiempos. La nueva direccion que hubo de adoptar y la distancia que habia recorrido decláranse bien en su monografía sobre Reimarus (1). Habia llegado á mirar con cariño el racionalismo que odiaba en otro tiempo. Manifestó que en su juicio los tiempos necesitaban una ámplia apología del *Wolfenbittel Fragmentist*. Hizo mal, á su ver, la filosofía especulativa en romper con el siglo décimo octavo, pues debió ser más bien su continuacion y suplemento. No debe despreciar la crítica nueva al antiguo racionalismo, pues no puede prescindir de su ayuda.

La nueva *Vida de Jesús* vino despues (2). Difiere de la primera casi tanto como Hume de Hegel y Reimarus de Schleiermacher. Estaba dedicada á la nacion alemana, al pueblo de la Reforma, que tiene el derecho histórico de dirigir el avance desde la religion de Cristo á la religion de la Huma-

(1) *Hermann Samuel Reimarus und seine Schutzschrift für die vernünftigen Verehrer Gottes.*—Leipzig, 1862.

(2) *Das Leben Jesu für das Deutsche Volk bearbeitet.*—Leipzig, 1864.

nidad. La tendencia de la nueva tiene ménos elevacion (*is more earthward*) que la que presidió á la primera. El hijo de un período *trascendental* se encorvaba (*stoops*) para ser el apóstol de un período empírico y sensualista. El amor á la verdad podrá no ser menor, pero el ódio á los adversarios es más intenso. Apenas hay algo de la filosofía hegeliana, como no sea un débil aroma, perceptible en algun que otro término, en algun que otro giro del pensamiento. Es preciso que la Iglesia sea abolida, para que pueda realizarse la nueva religion de la cultura. El clero y los teólogos conciliadores y modernos son tratados durísimamente. El mismo Baur no está libre de censuras, pues le presenta valiéndose del interés histórico para defenderse contra el fanatismo como de cosa parecida á la ficcion legal que salva la corona sacrificando al ministerio.

La *Nueva Vida* es en algunos respectos un perfeccionamiento. La crítica de las fuentes, comparándola con la primera, es ménos inadecuada que en ésta. Sin ser original, pues es un resúmen de los resultados obtenidos en Tubinga, encierra al ménos la confesion de que la historia carece de valor cuando no se acompaña con la crítica literaria. Está tambien más desarrollada la idea de la perspectiva histórica, el sentido con que estudia los hechos es más perspicaz y la importancia de penetrar más profundamente en la persona y carácter que queria retratar está mejor entendida.

Hay, en resúmen, más de artista en el hombre, aunque ménos de pensador especulativo. Y al mismo tiempo que están más completos los requisitos previos de una biografía exacta, su realidad es, poco más ó ménos, tan escasa como en la primera. Sucede en esto algo parecido al trabajo de un arqueólogo, que se esforzara en probar la fecha, el alfabeto y lenguaje de una inscripcion, pero que trabajosamente dejara á medio descifrar su contenido. Hay sin duda en el Jesús de Strauss, con su brillante y sereno espíritu helénico, al mismo tiempo que ménos relieve, más realidad intelectual y espiritual que en el Jesús de Renan. Pero esta realidad es contemporánea más bien que histórica. Jesús no es un campesino (*peasant*) de Galilea, sino un hombre estudioso, conscientemente ecléctico, que de diversos puntos recibe materiales destinados á reconstruirse bajo unidad, mediante la accion de la propia conciencia. Y luego han caido sobre él tantas tinieblas, que es una ruina difícil de reconocer. De pocos grandes hombres tenemos tan escaso conocimiento. Mas lo que sabemos basta para privarle de una preeminencia exclusiva. Tuvo predecesores en Israel y la Helada, en las márgenes del Ganges y el Oxus, y no le faltan sucesores. Grande

aparece ante la Iglesia, porque está envuelto en nubes. Y no se trata aquí de los mitos en el antiguo sentido de la palabra. Nos queda el nombre, mas no la cosa. Dejan de ser los mitos creaciones inconscias para convertirse en invenciones más ó ménos intencionales. El método de la nueva obra es ecléctico; Rimarus y Baur han contribuido tanto á que se formara como el primitivo y el último Straus. Y lo que pierde el libro en idealidad lo gana en realidad. La nueva teoría, ménos especulativa y más histórica que la primera, es más susceptible de crítica. Al simplificarse la cuestion, está más cerca de ser resuelta.

Considerada en sus fundamentos filosóficos y en su objeto la *Nueva Vida*, puede decirse que si en algunos respectos es un desarrollo de la primera, generalmente hablando, la contradice. Es en ella mucho ménos categórico el reconocimiento de la verdad trascendental y mucho más franca la aceptación de una fé natural y humana. La concepcion fundamental que en ella se advierte tiene cierto parecido con el antiguo estoicismo, si bien aparece modificada por el moderno empirismo en el desarrollo y la aplicacion. Lo único que juzga imperecedero en el cristianismo no es peculiar de éste, á saber: la creencia en un poder espiritual y moral que gobierna al mundo, y la conviccion de que sólo se puede servir á este poder, moral y espiritualmente, con el corazon y el pensamiento. Esta fé no há menester la ayuda de lo sobrenatural, pues puede descansar perfectamente en el órden natural del mundo. Ni ha menester una vida futura. Enseña al hombre cuando toda esperanza de vivir se acaba, no á sostenerse en lo presente por medio de las esperanzas que en lo futuro se cifran, sino á vivir con honradez y á morir con tranquilidad ya que no felizmente. Cuanto el hombre necesita se encuentra dentro de los términos de la naturaleza. La autoridad del deber radica en que parte para desenvolverse de lo que en el hombre existe. Religion dice cultura, ó sea la más bella florecencia de la humanidad. Strauss cayó en una concepcion más estrecha y ménos elevada del universo. Hay ménos de divino en ella. El hombre cesa de ser una revelacion de Dios; que ya no hay, propiamente hablando, Dios que se revele. El «poder espiritual y moral que rige al mundo» no tiene casi nada de comun con lo absoluto. La idea de Dios no excluye los milagros: los más fuertes argumentos que se han hecho contra ellos son los de Hume. Ya no se revela el espíritu en la historia por medio de variables formas que sugieren idéntico contenido. Ni es posible volver á reducir á ciencia la fé ni *Vorstellungen* en *Begriffe*. Donde existia antes la distincion, aparecieron entónces contradiccio-

nes. Sacrificóse la realidad histórica sin salvar la ideal verdad. No se quiso trabajar en el sentido de la cristología especulativa. Los atributos de Cristo húndense con él, pues ya no se trasfieren á la humanidad. Queda, es verdad, un Cristo ideal; mas para ser refundido solamente como idea de la percepción humana. Necesítase separar de la personalidad histórica la idea, elevar la religion de Cristo á religion de la humanidad. No se puede admitir nada que trascienda de la naturaleza. El humanismo es la final y más alta meta del hombre.

Casi al mismo tiempo que la *Nueva Vida de Jesús*, se publicó la de Schleiermacher (1). Ya hemos indicado su relacion con la primera *Vida*. Schleiermacher creó su Cristo con el cristiano sentimiento interior, al mismo tiempo que dejaba á la inteligencia y explicacion de los orígenes el más libre juego. Strauss consideró la obra como un reto á la crítica, y la crítica consistia en que el Cristo de Schleiermacher no es el Jesús de la historia (2), sino una creacion ideal, último refugio de la fé, formado con materiales no sacados de una comunión, sino afectivos é imaginarios; una reminiscencia de remotos dias, al modo que la luz de una estrella sigue impresionando la vista, á pesar de haberse extinguido en los cielos mucho antes. «Creyó fácil apagar este fulgor errante y perdido. Al mismo tiempo apareció una crítica de la obra de Schenkel, *Charakterbild Jesu* que provocó una dura réplica del belicoso profesor. Strauss contestó en un folleto denunciando los cursos á medias (3); decíale que el todo vale más que la mitad, que el alto luteranismo es preferible al *protestantenderein*. El ódio comun á un partido hizo que Strauss y Hengstenberg, á pesar de ser irreconciliables adversarios, aparecieran como amigos. El *todo* de Strauss era mucho menor que la *mitad* de Schenkel. Así como estos tratados indicaban su relacion con el cristianismo, su disertacion sobre el *Nathan* de Lessing (4), sirve para darnos idea de lo que con arreglo á sus deseos debia ser su posicion religiosa considerada en términos generales. Su espíritu era, sin embargo, demasiado negativo á la sazón para que pudiera colocarse en el puesto que *Nathan* ocupó. Tenia más bien afinidades con Voltaire que con Lessing. Su espíritu de delicada apreciacion se nota en su obra sobre el gran deísta

(1) *Das Leben Jesu, Vorlesungen von F. Schleiermacher herausgegeben von Rüttenik*. Estas lecciones no fueron dadas al público en más de treinta años por temores, segun Strauss afirma, que su obra primitiva inspiró.

(2) *Der Christus des Glaubens und der Jesús der Geschichte*. 1865.

(3) *Die Halben und die Ganzen*, 1865.

(4) *Nathan der Weise*. Ein Vortrag. 1866.

francés (1), obra que ha sido escrita *con amore*. Agitárase Hegel en su tumba si viera las simpatías de su discípulo por el *Anfkläerung* y el amor que le inspiraba su gran sacerdote. En general está esta obra, por su mérito literario, al nivel de la monografía sobre Hutten y en fácil y fascinadora narración por cima de ella. Tiene, sin embargo, más estrecha afinidad con el Reimarus del autor, que con su Hutten. Ambas obras son estudios preliminares de un más importante trabajo, una intelectual preparación para emprenderlos. El Reimarus precede á la *Nueva Vida de Jesús*: el Voltaire á *La antigua y la nueva fé*. Este libro no puede tener más propio impulso que el famoso *Ecrasez l'infame* que por la misma incertidumbre que tocante á la explicación existe, parece más propio todavía del caso.

Para muchos fué esta obra una gran sorpresa y también para muchos un gran desengaño, lo cual se explica porque el nombre del autor era muy conocido, mas no su carácter. Fué la obra á que nos referimos el fruto de su pensamiento, tal como hubo de madurarse bajo las influencias dominantes en el último decenio. Durante éste reapareció en Alemania el pensamiento especulativo, mas con base y formas científicas más bien que metafísicas. La física y la psicología habían abordado los antiguos problemas referentes á la naturaleza y el espíritu. La antropología había planteado y renovado en manos de Waitz muchas antiguas cuestiones relativas á la sociedad y á la civilización. Lazarus y Steinthal habían dado nueva vida á la filosofía de Herbart y la llevaban en dirección de las nuevas investigaciones al origen y crecimiento del lenguaje y las leyes, de la religión y las naciones. Lotze había revestido con las más bellas y geniales formas una filosofía, que aspiraba á reconciliar la ciencia con la metafísica, al realismo con el idealismo. Hartmann había reproducido y enmendado á Schopenhauer, y una edad llena de riquezas, comodidad y triunfos tornábase á su aciago pesimismo como á un necesario tónico mental. David Strauss, receptivo y asimilador en su edad madura como en su juventud, colocábase en medio de estas tendencias, y el resultado está á la vista en su última obra. Mostrábale ésta cual converso á la nueva especulación físico-metafísica, pero incapaz de dominarla como dominó al antiguo trascendentalismo. Guardaba esta última obra con la *Nueva Vida* la misma relación que el *Glaubenslehre* con la primera. Entre la primera *Vida* y la *Dogmática* apareció Feuerbach, y el panteísmo constructivo de la obra de crítica, tornóse en el negativo panteísmo de la obra teológica. Entre

(1) Voltaire *Sechs Vortraege*. 1870.

la segunda *Vida* y la Confesion, vino á ser la evolucion, no como en los trabajos de Darwin, una teoría del origen de las especies, sino como en los de Haeckel una hipótesis especulativa referente al origen del mundo y de la vida, y Haeckel, que fué un nuevo Feuerbach para Strauss en sus últimos tiempos, le ayudó á desarrollar el naciente naturalismo de la obra histórica en el cosmismo plenamente desenvuelto de la dogmática. Mas al aprender su nueva doctrina no olvidó la antigua por completo, y al mismo tiempo que explicaba el universo como la una, explicaba dentro de ellas cosas que retenia de la otra. El antiguo hegeliano fué un darwinista mal acondicionado, no obstante su serena confianza en sí propio para ser el órgano de los iniciados y para decir cómo *concebimos* el universo y cómo *ordenamos* la vida.

David Strauss era un anciano. Habia agitado el pensamiento religioso de Europa más que ningun otro hombre de su siglo. Habia puesto la mano en el sagrado corazon de la antigua fé, y muchos creian que lo habia herido. Habia recorrido las más elevadas cimas y las más nebulosas profundidades del pensamiento especulativo. Los numerosos espíritus que habia sacado de sus antiguas creencias, mirábanle á la sazón y le decian: «Vigilante, ¿qué hay de la noche? ¿qué señales del próximo dia?» *La Confesion*, fué su respuesta. Mas, considerada como respuesta, estaba léjos de ser luminosa. Su superficial teología y su altivez semejaban un reproche al paciente y circunspecto espíritu germánico. Su ceguera ante la gravedad de las cuestiones y ante la inmensidad de los intereses comprometidos; su poca destreza para leer los pensamientos con los ojos del pasado, al mismo tiempo que los juzgara con la razon del presente, casi inducian á creer que el autor habia logrado conocer, mas que no logró abandonar, el espíritu del gran *persifleur* que se vengaba apropiándose la inteligencia y sirviéndose de la pluma del hombre que habia turbado su reposo. El libro no satisfizo á ninguna clase de lectores dignos de ser satisfechos. Los teólogos de casi todas las escuelas censuraron al hombre que debia conocer las doctrinas que atacaba, pero que parecia pensar y escribir como si no las conociera. Los hombres de ciencia negáronse á aceptar las posiciones y deducciones del autor. Los literatos disintieron de su exposicion del pensamiento moderno. Sus ideas económicas disgustaron á los economistas, sus doctrinas políticas á los políticos, su ética á los moralistas. Los socialistas extremos echaron en olvido sus pecados políticos en obsequio de su nihilismo religioso. Algunos antiguos amigos pusiéronse á su lado como apologistas, recordando servicios de otro tiempo. Mas la aprobacion

fué poco general, áun entre los mismos que estaban ansiosos de aprobar (1). Un brillante escritor francés (2), que es casi tan conocido en este como en el otro lado del canal, creyóle la gran víctima de la guerra franco-alemana, que, haciéndole perder la cabeza, habia hecho de él un hombre nuevo, mas no un hombre mejor.

Innecesario fuera un análisis de obra tan reciente. Sólo dos puntos que ilustran respectivamente la actitud negativa de Strauss y la positiva que adoptó deben recordarse. Nos referimos á su apreciacion del cristianismo y á su concepcion del universo. La pregunta *¿somos todavía cristianos?* se le habia presentado en más de una ocasion, y su respuesta iba siendo cada vez más negativa. Es poco más ó ménos lo mismo preguntarse si somos todavía cristianos que preguntarse si somos todavía europeos. Nuestra civilizacion, en todo lo que encierra, ha surgido del cristianismo, y los mejores y esencialmente modernos y humanos elementos de nuestra cultura, dentro y fuera de la Iglesia, son cristianos. Mas Strauss definió lo cristiano de un modo tan extraño, que consentia la pregunta fáciles negaciones. En la *confesion* como en la *dogmática*, aunque en más alto grado, identifica al cristianismo, no con la religion de Cristo, sino con ciertas doctrinas teológicas tomadas, además, en sus más anticuadas, crudas y exageradas formas. La doctrina de Lutero sobre el diablo la considera igual á la cristiana, y se cita á Goethe para probar que si alguna doctrina es bíblica, esta lo es. La pasion es presentada como un retroceso á la antigua idea gentílica de los sacrificios humanos (3). Considerado el padre en relacion con la muerte del hijo, caracterízase segun el autor con el dicho de Diderot: *il n'y a point de bon père qui voulût ressembler á notre Père céleste* (4). Dice que el cristianismo condena á la perdicion á la mayoría del género humano, á luto á los que vivieron antes de Cristo, excepto un corto número de elegidos, á todos los gentiles, judíos, mahometanos, y dentro de la cristiandad á todos los herejes é infieles. Triunfó á juicio del autor la doctrina cristiana en el antiguo mundo y ha seguido viviendo desde entónces, no por la fuerza de sus verdades, sino por la influencia de un engaño universalmente histórico; la resurreccion de Cristo. Este es presentado á su vez como un *entusiasta* (*Schwärmer*), y si bien se reconoce que ha habido

(1) Dr. Fr. Strauss, *Alter und Neue Glaube und seine literarischen Ergebnisse von D. D. Rauwenhoff und Nippold*.

(2) Mr. Albert Reville. *Revue des Deux Mondes*, vol. 104, pág. 266.

(3) *Der Alter u. Neue Glaube*, pág. 27.

(4) Pág. 30.

nobles y sublimes entusiastas, tal consideracion no obsta para que estas no sean las personas entre las cuales debe buscarse nuestro salvador y guia. Incorporó Strauss en su concepcion del universo sus recientes investigaciones físico-metafísicas juntamente con un exámen incidental de las teorías pesimista y deista. El cosmos, el universo de su último sistema ocupa el mismo lugar que lo absoluto del que en otro tiempo profesó. El último sistema no es en puridad una nocion científica y homogénea, pues están incorporadas en él, aunque subrepticamente, á decir verdad, ciertas cualidades ideales que sólo son propias del primero. Entiende el autor que el antagonismo existente entre el materialismo y el idealismo es una mera cuestion de palabras. Ambos son *monismos*, y su enemigo comun es el dualismo que opone el Eterno Creador á la transitoria creacion. La antigua idea de Dios es ya insostenible. Dos aspectos tenia, pues considerábase á Dios personal y absoluto; atributos que mútuamente se excluyen. Al descubrir que el mundo es ilimitado, comprendióse que Dios no es personal. La teoría de Copérnico dejó al Dios personal sin ningun sitio habitable (*dwelling-place*), le abolió é hizo necesaria de esta suerte la trasformacion de la antigua deidad personal.

El universo, el gran todo que comprende y unifica las fuerzas es el único Dios que puede conocer ó reconocer el pensamiento moderno. Darwin ha abolido el plan. No hay huella ninguna de una suprema inteligencia personal en la estructura del mundo, ni en el progreso de la historia, ni en el órden de las sociedades. Mas el nuevo materialista no puede sustraerse á su antiguo idealismo. Ya no le es dado considerar al mundo como la obra de una personalidad absolutamente razonable y buena; pero sigue considerándolo como el teatro de todo lo bueno y razonable. Pide para su universo la misma reverencia que reclamaban para su Dios los hombres de antaño. Debemos penetrarnos ante él de un sentimiento de absoluta dependencia, no inclinándonos con muda resignacion, cual si se tratara de una fuerza bruta, sino cual corresponde hacerlo ante el órden y el amor, la razon y la bondad, á los cuales podemos someternos con amorosa confianza. Y de esta suerte el cuasi idealizado materialismo viene á ser la base de una nueva religion, y nuestras vidas han de ordenarse segun las leyes que se derivan de la fuente (*fountain*) impersonal de vida, inteligencia y bondad.

La Antigua y la Nueva fé produjo una violenta controversia, que suscitó de parte de Strauss una *postdata para servir de prefacio*, cuyo carácter era explicativo y apologético, y que terminaba con estas palabras: «Día vendrá en que

mi obra se comprenda, como llegó para la *Vida de Jesús*; pero esta vez no viviré bastante para verlo.» El presentimiento que expresó el autor en estos términos no tardó en realizarse. Volvió al lugar donde había nacido en el otoño de 1872. Comenzaba el año de 1873 cuando empezó á revelar los síntomas de una mortal enfermedad. Resignóse á sufrir una operacion que debia devolverle la salud, pero que no le produjo ningun alivio; y conociendo que su fin estaba próximo, preparóse á salirle al encuentro. Su biógrafo nos ofrece interesantes datos para apreciar en sus últimos dias muchos rasgos enternecedores. Alegrábanle sobremanera sus hijos y deleitábanle grandemente sus nietos. El nacimiento de dos nietos gemelos hizo resonar en su alma cuerdas líricas que nos hacen comprender cuán bellos cantos habria entonado en honor de la pátria, caso de haber sido más dichoso el destino que le cupo. La proximidad de la muerte no debilitó sus convicciones. Afrontábala su espíritu con diáfana claridad. Dice Zeller que estar con él en la habitacion donde padeció su enfermedad era penetrarse del sentimiento de la santificacion moral. Cobró fuerza y ánimos de la lectura y la meditacion, y al paso que no accedió á buscar en los salmos hebraicos ni en las cristianas escrituras acentos de resignacion y esperanza, halló en los escritos de Platon verdades llenas de toda la fragancia y paz que puede infundir la vida futura en la presente. Murió el 8 de Febrero de 1873 en los brazos de su hijo y su hermana, enterráronle sin pompa, y en sus funerales, en que no hubo preces religiosas, prohibidas por la voluntad del difunto, el coro de Isis del *Zauber-flöete* de Mozart resonó con la letra que aquel dejó dispuesta. El profesor Reuschel pronunció ante la sepultura una oracion fúnebre, en que proclamó á Strauss el Lessing del siglo décimonono. Aunque no podemos convenir con el orador, séanos permitido decir, como el hombre cuyas alabanzas entonó, las siguientes palabras: «Su memoria es viva exhortacion para que no perdamos la paciencia en las luchas y contradicciones de la vida, para que busquemos la paz en medio de los conflictos, para que nunca consintamos que logre el ódio enseñorearse de lo que el hombre tiene de comun con Dios, que es el amor.» (1)

Poco podemos decir aquí de Strauss como hombre y como amigo. Buscaba las memorias dulces y las tiernas alusiones. El afecto que sintió por Justino Kerner, y que sobrepuso á muchas disensiones; la genial fraternidad que caracterizó

(1) Strauss. *Justinus Kerner*, Kl. Schriften. N. F. págs. 331, 332.

sus primeras amistades; el cariñoso cuidado con que miraba por los nombres queridos; las afectuosas palabras que le sirvieron siempre para comunicarse con su hermano; el culto que profesaba á su madre y á la memoria de ésta y que se revela en diversas ocasiones; el cariño que tuvo á sus hijos y el placer que experimentaba al hallarse entre ellos, son datos que nos muestran un corazón tierno y sensible. Sus primeros amigos fueron leales; los que aprendieron á quererle cuando era un estudiante, le han querido, en efecto, hasta lo último, pues las afinidades intelectuales constituyen durante la vida toda, una condición esencial, aunque no exclusiva, del afecto. Los sentimientos que sus adversarios le inspiraban fueron siempre cordiales, mas no favorables para ellos. El clero se le mostró muy severo, y él no olvidó esta severidad ni la perdonó nunca. Como historiador, explicaba lo pasado con arreglo á lo presente. Como crítico contemporáneo, estudiaba los asuntos en sí mismo y con arreglo á su propio ser. Concebía á los adversarios que en el clero tenía, como hombres que profesaban sus mismas opiniones, pero que carecían de su honradez, ó como hombres que eran tan honrados como él, pero que no poseían una inteligencia tan perspicaz como la suya, al paso que veía en los apologistas liberales hombres que trataban de salvar creencias reconocidamente falsas por medio de todas las ficciones posibles. Y no de otro modo que se esforzó en adornar y realzar con bellas y elocuentes frases los nombres y las memorias que quería, trabajó de otra parte para maltratar con amarguísima ironía y profundo menosprecio á los hombres y á los partidos que odiaba. Debe el estilo de este autor mucho de su encanto á la destreza con que supo entremezclar el sentimiento y la reflexión, haciendo que diera aquel colorido y vigor ó brillantez é intensidad á ésta. Cuando faltaba el elemento personal, tendía él de suyo á discutir las más grandes cosas, con tan escasa emoción como si fueran las ménos importantes. Dice su biógrafo que volvió la vista á su vida pasada desde el borde del sepulcro con la misma tranquila objetividad que le caracterizaba al penetrar en las existencias de los personajes á quien estudió. Había llegado á medir el valor de su vida por la significación que ésta tuviera para el mundo, y este fué el motivo de dar á luz la *Confesion*, que puso término á su carrera literaria. Lo mejor y lo último que tenía que dejar á la posteridad, era la revelación de sí propio.

Al querer definir sus amigos la posición que ocupó como crítico y como pensador, le han llamado una y otra vez *el Lessing del siglo décimo-nono*. No cabe comparación al parecer más exacta y en realidad más errónea. Lessing era un

pensador apto para crear, y Strauss á su vez era, como dijo con razon su amigo Vischer en 1838, «un espíritu crítico y no creador.» Lessing dió á este siglo muchos de sus más fecundos pensamientos. Se le debe la primera indicacion de una crítica constructiva de los Evangelios. Su teoría de la educacion del género humano descubrió una nueva significacion en lo pasado, y no obstante ser tan sólo un boceto de filosofía de la historia, ha contribuido á que sea posible hacerla racionalmente y con perfeccion. Su *Nathan* anticipó algunos de los principios fundamentales y de los más altos fines de nuestra nueva ciencia de la religion. Resucitó algunos de los mejores elementos religiosos y filosóficos de Spinoza, contribuyendo de esta suerte al nacimiento de los idealismos que hicieron tanto para activar y exaltar el espíritu aleman, y con éste el de Europa toda. No es posible encontrar en Strauss tan fecundos pensamientos. Ha puesto en lucha elementos que eran tenidos por homogéneos, ha reducido al caos sistemas que creian las gentes bien trabados organismos; ha convertido en ficciones, ideales que eran considerados como hechos eternos; mas no ha dicho ni llevado á cabo casi nada que pueda dar reposo y norte á los espíritus que andan descarriados en pos de lo real y de lo verdadero. El trabajo negativo es, á decir verdad, muy necesario en muchas ocasiones. Mas este trabajo negativo debe encerrarse en límites prudentes. La tentativa que hizo Strauss para universalizar las verdades del cristianismo no fué más que un corto suplemento de más vasta y destructiva obra. Su crítica de los Evangelios en la primera *Vida* carece de valor positivo, y en la segunda, no es otra cosa que un resúmen de los resultados obtenidos por Baur. Este último es, en verdad, bien se le considere como crítico histórico ó como historiador del pensamiento, inmensamente (*inmensurably*) superior á Strauss. Por las cualidades positivas de su método y resultados, fundó Baur una escuela, al mismo tiempo que con lo que hizo y enseñó á otros para que á su vez hicieran, ensanchó nuestro conocimiento de ciertos campos que han sido largamente y con esmero espigados. Strauss, en cambio, no fundó escuela, no tuvo discípulos, siguió un camino solitario que en todas partes exhibe señales de una progresiva tendencia á la destruccion, y todo esto fué debido al carácter negativo de su obra. La teoría mítica, su creacion distintiva, ha resultado evidentemente ilegítima é inútil. No aplicó su crítica á conseguir la certeza, sino á suscitar la duda. Sus *vidas de Jesús*, que son en algunos respectos las obras más características que escribió, fueron entrambas notables por lo poco que dejaron en pié de histórico y de real. Como crítico pudo disolver al modo que

lo hizo Wolf, mas no desenvolver, combinar y restablecer como historiador y á la manera que lo hizo Niebuhr. Nunca supo aproximarse á la persona y al período que necesitaba entender, á pesar de que eran como sombras que nunca se apartaban de su vista. Al par que limitaba sus títulos rendia homenaje á su preeminencia. Sus libros son de aquellos que viven por sus resultados indirectos. La importancia de su obra hizo que nacieran un temor y un espanto que al observarla más de cerca no pudieron ménos de aparecer infundados.

Mas Strauss no se colocó en la posicion de los que en el siglo XVIII reñian encarnizada refriega con la fé aceptada. Era por naturaleza y por educacion un crítico de espíritu inspirado en la ciencia y veraz en sus propósitos. Su actitud con respecto del cristianismo no era la de Voltaire. Su objeto preferente era reformar y purificar la fé cristiana más bien que abolirla. Voltaire estuvo inspirado por un ódio profundo á la fé cristiana, vivió para *eraser l'infame*, negándose fieramente á reconocer en ella nada bueno y creyendo sin criterio (*foolishly*) en la excelencia de otras religiones. Strauss se inspiraba á su vez en el amor á un cristianismo ideal, deseando que se realizara, y sólo vino á ser nihilista cuando por la presion de las circunstancias hubo de pecar contra lo que de más elevado habia en su propia naturaleza. No tuvo el uno más que una superficial nocion de la verdad, y el otro, en cambio, hijo como era del profundo pensamiento de su pátria, y educado cuando ésta se elevaba á las más altas cimas de la ciencia, alcanzó una poderosa iniciacion en lo referente al espíritu y sus realidades, aunque en la fatigosa lucha por la existencia tuvo aquella que debilitarse poco á poco. Tal vez el paralelo que puede explicarnos mejor su relacion con el cristianismo, es el estudio de la que guardaba Mirabeau con la política francesa. Cada cual en su esfera creó una revolucion; pero Mirabeau, que fué afortunado en la hora de su muerte, no vivió lo bastante para dar testimonio de su fuerza ó de su impotencia para hacer que cristalizara en nuevas y más altas formas la política que habia liquidado; mientras que Strauss, ménos dichoso en la oportunidad de vivir, estaba destinado á ser la víctima mayor de la revolucion que habia ocasionado.

Tres grandes tentativas hizo Strauss para ser un pensador constructivo en lo religioso sin obtener en ninguna el éxito que se prometia, aunque tal vez en su primer y más notable fracaso estuviese más próximo que en los otros á alcanzarlo, porque las cosas del mundo están dispuestas en tal guisa, que solo hay una línea entre el triunfo y el fracaso. Esforzóse

primero en sujetar á construcción especulativa los hechos más altos del Evangelio; posteriormente se aplicó á convertir en principios de la filosofía absoluta las doctrinas cardinales de la teología cristiana por él disueltas, y últimamente á sacar de la teoría evolucionista, completada con un optimismo superficial, la nueva concepción religiosa del universo. Fué la primera una tentativa espléndida, pero sin madurez, de un joven ingenio. Vió que los hechos no son otra cosa más que símbolos de las formas eternas, y que el más divino hecho es aquel que está más lleno de lo divino. Méenos vale el símbolo que la realidad, y el hecho es inferior á la eterna verdad que la contiene. Explicar el hecho, elevar la verdad que encierra de forma local y temporal á universal y permanente principio es obra digna de las más poderosas inteligencias. ¿Qué significa Jesucristo? ¿Qué significación tienen para el hombre y para el universo su persona, aparición y padecimientos? Este es el problema que, no agotado aún por la Iglesia, sigue atrayendo hoy, como siempre, á los hombres de pensamiento piadoso, pero emprendedor. Strauss hizo bien en convertir su aplicación á estudiarlo y á tratar de resolverlo; pero erró en declarar con demasiada precipitación lo que no garantizaban por cierto los principios que profesó primero, á saber: que la realidad de los hechos es incompatible con la construcción ideal que se proponía llevar á cabo. Quiso resolver el problema antes de tener un completo conocimiento de sus factores. Después de importantes vacilaciones, vino á ocupar una nueva posición contraria á la primera. La teología estaba desacreditada á la sazón, y sus doctrinas eran consideradas como ilusiones buenas sólo para el vulgo. La verdad, lo mismo tocante á la forma que tocante al contenido, estaba ya para él en la filosofía, y sólo existe para los filósofos. Y siendo tal su concepto de las cosas, síguese lógicamente que su filosofía era un panteísmo malsano, nacido para andar en molesto y desigual compañerismo como una moral racional. Esta segunda posición, que es la que tomó al dar á luz el *Glaubenslehre*, no la ocupó Strauss largo tiempo. No podemos decir la fecha en que la dejó: tal vez la ignoraba él mismo. Su sistema especulativo vino á tierra, y faltábanle materiales para hacer uno nuevo. Hízose al cabo la evolución una hipótesis comprensiva del origen y ordenamiento de las cosas, dando á Strauss ocasión para su última tentativa. No es decir demasiado que esta última tentativa estuvo muy lejos de reflejar la edad de un hombre que la hizo más juvenil que la primera.

No hay cuestión más importante para la edad en que vivimos que la de la concepción del mundo; pero, á decir verdad,

nada es tan impropio como hacer la apoteosis de la solución que ofrece una teoría científica que está todavía por formar (*a still inchoate scientific theory*). Rechazar la idea de personalidad al mismo tiempo que se conservan los atributos personales, es hacer, por medio de un ardid del pensamiento, que los cambios de nombres equivalgan á un cambio de cosas. Razon, bondad, justicia, son atributos personales. Y si, como Strauss pretende, pertenecen ellas á la unidad que engendra y dirige el universo, más bien que fuerza debiera llamársela persona. Las ciencias demuestran cada día mayor cautela. Nuestros más distinguidos evolucionistas, lo mismo que nuestros más sábios teólogos, tórnense ménos dogmáticos á medida que discuten más profundamente sus teorías. Próximos están á comprender que hay un punto, en el cual, no solo puede, sino que debe situarse la teología, y en que pueden dar al olvido su larga discordia la ciencia y la teología. Mucho le queda que hacer al físico para completar su concepción del universo, y no es distinto el caso en que el teólogo se encuentra. Propónense el uno y el otro idéntico objeto, aunque con distintos puntos de vista: que para el uno es el de lo real y para el otro el de lo ideal. El campo del uno es el hecho; el del otro es el pensamiento, y no debemos temer que se excluyan. Si la idea de Dios arraiga en el alma, no se la desterrará nunca de la naturaleza; que el espíritu la encontrará siempre en el seno de ésta.

De todo lo dicho venimos á concluir que David Strauss tuvo una obra magna que hacer y que aún despues de todas las reservas que eran del caso en este escrito, resulta que la hizo. Ha sido en nuestro siglo ministro de Dios para el bien. La Iglesia ha menester, no sólo dar cuenta de la guarda que le está confiada, sino dar á luz el derecho que la asiste para ser la guardadora de los divinos misterios. No debemos entregarnos á creer por hábito ni á vivir en lo pasado. Aunque quisiéramos ser así, no podríamos conseguirlo. Deberes tiene la Iglesia para con lo pasado, mas los tiene también para con lo presente. Estos se cifran en hacer de la religion una fuerza viva, el supremo conducto de las realidades espirituales en nuestros días. Debiéramos ser tan pacientes y estar tan faltos de temor al llevar á cabo nuestra teología como Pablo y Juan, Atanasio y Agustin, Lutero y Calvino se mostraron, en la seguridad de que si tal hiciéramos, nuestra teología será tan eficaz para los contemporáneos, como lo fué la de estos varones para los tiempos en que vivieron. Vive la verdad en lucha y no ha de temerla ni ha de atribularse con cambios de forma de que pueden derivarse vitalidad y permanencia para lo sustancial. El autor de quien tratamos, que fué un cam-

peon en el gran conflicto, hizo que la Iglesia se diera cuenta de que tiene enemigos, con los cuales necesita combatir. Huir ó aparentar menosprecio, es mayor mal que la derrota; pues de ésta puede salir luego una victoria, mas no de la fuga ó la indiferencia, que sólo pueden traer la consuncion, que equivale á la muerte. Ha de conocerse lo peor para que lo mejor se haga. El pensamiento religioso ganará siempre con ser más ilustrado y progresivo, y todo puede perderlo si cierra los ojos á los resplandores que anuncian mejores dias.

Los amigos que Strauss reunió á su lado, el eco que tuvieron sus escritos entre los seculares instruidos, adviértanla de que la crítica tiene que decir algo á que debe ella poner atento oido. Al modo que el misionero acude á las masas, debe la Iglesia cuidar de que no se entreguen los hombres ilustrados al renaciente paganismo. Unánse la ciencia y la religion como si propias fueran las verdades que enseña cada una, y de esta suerte, aunque en un porvenir lejano aún, llegará el dia en que la ciencia será religiosa y la religion científica, no habiendo más que un saber mismo y un mismo espíritu para las dos.

A. M. FAIRBAIRN.

(*Contemporary Review*).



UNA NUEVA TEORIA

ACERCA DE LA CLASIFICACION DE LAS OBRAS NOVELESCAS.

Hace algunos meses que leimos en un periódico el siguiente suelto: "En el *Diario de las Familias* acaba de publicarse una preciosa novela, debida á la pluma de nuestro amigo y compañero el Sr. D. Conrado Solsona. El asunto de la novela y la amena forma con que está desenvuelto hacen muy agradable su lectura, que recomendamos con gusto."

Otro periódico, si mal no recordamos, el festivo *Solfeo*, decia tambien lo siguiente: "El *Diario de las Familias* nos ha dado á conocer en su folletin á un novelista de verdadero ingenio, de gracioso decir y de fecunda imaginacion. Es Conrado Solsona. Su novela se titula *Subir para caer*. Aunque esto hacen los gobiernos, no crean los lectores que la novela es política."

Despues de leidos los dos sueltos que acabamos de copiar, quizá podria haber algun escéptico recalcitrante que para poner en duda el mérito de la novela de Conrado Solsona, tratase de recordar un diálogo del cual fuimos testigos presenciales en nuestros primeros años de la juventud, que tuvo lugar en la redaccion de un semanario de literatura: diálogo que ya alcanzó los honores de la publicidad en las gacetillas de aquellos tiempos. Hé aquí la anécdota, de cuya exactitud textificamos:

—Oye, Fulano, escribe algo elogiando ese libro que nos han enviado. Es un compromiso ineludible.

—No lo he leído.

—Pues por eso puedes elogiarlo. Yo que lo he leído, no puedo elogiarlo.

Al siguiente dia aparecia en el periódico un juicio crítico, segun el cual Cervantes, Shakespeare y Goethe eran casi unos pigmeos, si se comparaban con el autor de aquel famoso libro, que era imposible de elogiar para quien lo habia leído.

Pero justo es decir, en honor de la prensa periódica, que si los malos libros se elogian alguna vez, cediendo á compromisos de amistad ó por causas ménos dignas, los libros buenos se elogian casi siempre, si bien este elogio peca por exceso cuando está ayudado por alguna *coterie* literaria, y peca por deficiente cuando el autor del libro no pertenece á algun *coro de amigos*, encargado de *cantarse* (valga el verbo como recíproco) sus propias alabanzas.

Volviendo al asunto que ahora mueve nuestra pluma, debemos decir que los sueltos dedicados á la novela *Subir para caer* podian estar escritos por quien la hubiese leído, y suponemos que así seria, pues como se verá más adelante, no eran nada exagerados los elogios que se la tributaban. Así fué que cuando nuestro amigo Conrado Solsona nos indicó que deseaba escribiésemos el prólogo de la segunda edicion de *Subir para caer*, aceptamos desde luego este encargo, porque podiamos cumplir á la vez con la amistad y con la justicia, elogiando lo que verdaderamente es digno de elogio en la ya dicha novela.

Un prólogo se reduce por regla general á una presentacion literaria en que el prologuista *presenta* y el autor del libro *es presentado* al público de un modo semejante á lo que se acostumbra á hacer en las *recepciones* de lo que se llama buena sociedad, con relativa exactitud, puesto que aún la hay peor. Pero al ir á redactar el prólogo de la novela de Conrado Solsona, nosotros creimos que podiamos salirnos un poco del ritual, y aprovechar la ocasion que se nos presentaba de exponer una teoría acerca de la clasificacion de las obras novelescas que hacia mucho tiempo teniamos entre ceja y ceja, como vulgarmente se dice. Tal como lo pensamos, así lo hicimos.

Al insertar ahora en las páginas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, ántes de que vea la luz pública al frente de la segunda edicion de la novela *Subir para caer*, el prólogo escrito por nosotros, hemos creido que debiamos hacer constar aquí la sinceridad de las apreciaciones que allí hacemos, las cuales no están dictadas por la obligacion que impone el sitio en que aparecen, sino por lo que realmente entendemos como justo y como verdadero; y al propio tiempo disculparnos de haber faltado á lo generalmente admitido, llevando al prólogo de un libro la exposicion de una teoría didáctica, cuyo oportuno sitio seria un artículo especialmente consagrado á este asunto, ó el capítulo de un libro de literatura preceptiva.

Dadas las anteriores explicaciones, hé aquí el prólogo que aparecerá al frente de la segunda edicion de la novela de Conrado Solsona:

I.

Los preceptistas suelen clasificar las obras novelescas diciendo que hay novelas históricas, sentimentales, psicológicas, picarescas, fantásticas y de otras varias clases más ó ménos bien definidas. Nosotros nos permitimos creer que sólo existen tres géneros distintos en que pueden y deben ser clasificadas todas las novelas que hasta ahora se han escrito y todas las que puedan escribirse hasta la consumacion de los siglos.

Hay novelas en que la narracion de los hechos constituye el nervio y fundamento de su concepcion artística; y hay otras novelas en que *la idea de su autor*, una tesis préviamente concebida, se encarna y busca su manifestacion estética por medio de una série de acontecimientos que vienen á sustituir tan sólo la forma exterior de la creacion novelesca. En suma; segun nuestro juicio, sólo existen novelas narrativas (*históricas*) y novelas reflexivas (*filosóficas*);

y además, el género que resulta de la armonía entre la narracion y la reflexion, entre el *hecho* y la *idea*, género que pudiera llamarse histórico-filosófico, y que viene á sustituir la verdadera epopeya en prosa, el poema de la humanidad en sus manifestaciones históricas.

Hallaríase desde luego fuera de sazón, si aquí tratásemos de demostrar larga y prolijamente que todas las clasificaciones que se han hecho de las obras novelescas pueden reducirse á la esencial division que de indicar acabamos; pero al ménos habremos de decir algunas palabras que expliquen, ya que no prueben, los fundamentos de nuestras afirmaciones.

¿Quién podrá dudar que las llamadas novelas picarescas, satíricas y cómicas son verdaderas novelas de costumbres? Y como quiera que las costumbres sociales constituyen y forman parte de la historia humana, de aquí que algunos preceptistas literarios hayan considerado ya á esta clase de novelas como pertenecientes al género histórico. Por otro lado, aparece tambien como evidente que las novelas sentimentales, las novelas psicológicas y hasta las novelas *socialistas*, como las de Eugenio Sué, y las fantásticas, como las de Edgardo Poe, son el desenvolvimiento de una tésis, la espresion estética de una idea préviamente concebida por el autor de estas obras: son novelas reflexivas, y por lo tanto de índole filosófica.

Acaso se nos preguntará que dónde colocaríamos con arreglo á nuestra clasificacion los libros de caballerías y las novelas pastoriles del renacimiento, y las novísimas novelas científicas de Julio Verne. Si se observa que en los libros de caballerías se trata de exaltar la idea del honor y de la galantería, mediante una fábula semi-fantástica, y que en las novelas pastoriles, sin atender para nada á la exactitud material de la vida campestre, se ensalza con entusiasmo la hermosura de la naturaleza, en lo que tiene de permanente y de eterna, bien puede afirmarse que existe una tendencia reflexiva y filosófica como dominante en estas dos clases de obras novelescas.

Respecto á las novelas científicas, la cuestion es aún mucho más facil de resolver. La novela científica no representa, ni puede representar, más que el estado histórico de la ciencia en la época en que se ha escrito, es una verdadera novela histórica, si bien por la libertad que permite esta forma literaria, al lado de lo que se *sabe*, suele aparecer lo que se *presiente* y lo que se *desea saber*.

Dos observaciones para concluir esta breve exposicion de nuestras ideas acerca de la literatura novelesca. Es la primera, que en toda novela existen á la vez el elemento de la narracion, el *hecho*, y el elemento de la reflexion, la *idea*; y que sólo el predominio de uno de estos elementos, es lo que marca el género á que pertenece cada novela, así como la compensacion de ambos, determina el género sintético, histórico-filosófico, del cual es brillantísimo ejemplo nuestro inmortal *Quijote*; novela de costumbres, novela histórica, en cuanto á la verdad de los tipos españoles del siglo XVII que sus personajes representan; y novela filosófica, en cuanto á la trascendencia de la idea que en sus páginas se desenvuelve.

Es la segunda observacion, que hay algunas formas novelescas en que es fácil, y casi está á merced de la voluntad del autor, el predominio del elemento

reflexivo sobre los hechos que constituyen la narracion novelesca, ó el que acontezca enteramente lo contrario. Así puede un autor escribir una novela de costumbres, que tenga más de filosófica que de histórica; ó una novela fantástica, en que, restringiendo el elemento sobrenatural ó disfrazando con él hechos reales y positivos, en vez de ser el desenvolvimiento de una tésis, venga á convertirse en una novela de costumbres, y hasta en una novela de las que hoy se llaman históricas.

II.

Hemos expuesto brevemente, aunque quizá no tanto como la ocasion requería, nuestras ideas personales acerca de la literatura novelesca, y tiempo es ya de que digamos algunas palabras acerca de la novela *Subir para caer*, escrita por nuestro buen amigo Conrado Solsona, porque este es el objeto primordial que nos hemos propuesto al tomar la pluma en los momentos presentes.

El autor mismo lo ha dicho al escribir en la portada de su libro: *narracion de costumbres*; esto es, ni más ni ménos, la novela de Conrado Solsona, *Subir para caer*; una sencilla narracion en que se describe ese eterno episodio de la historia del amor, *uno* en su esencia y *doble* en su forma, una mujer que engaña á un hombre y un hombre que engaña á una mujer; y se describe ese episodio con arreglo á las condiciones y circunstancias con que suele acontecer en esta muy heróica villa de Madrid, y en el presente último tercio del siglo XIX. Porque el hecho es, que el amor comienza siempre por un *duo*, pero en pasando el *allegro*, suele terminar en un *aria* que canta á modo de lamentacion poética el que aún ama, y escucha entre aburrido y disgustado el que ya ha dejado de amar. Y la sociedad humana, que tiene *sus cosas*, suele poner en ridículo al enamorado que es constante en sus sentimientos, y ceñir coronas á la frente del Tenorio masculino ó femenino, que tambien existen *Juanas Tenorios*, que cambia de continuo de pensamiento amoroso, dejando sumidas en el dolor á las víctimas de sus encantos. Por esto sin duda alguna ha escrito Campoamor:

Que los séres en amores
Adiestrados,
Todos son engañadores
Y engañados.

Es decir, que los que saben la injusticia de los juicios mundanos en estas materias amorosas, se previenen, con el ridículo del engaño que causan, del ridículo de que desde luego se suponen víctimas inconscientes.

No pertenecen á este número de experimentados amadores dos de los personajes principales de *Subir para caer*. Pilar es inocente y cándida como lo es siempre la juventud sin experiencia. Sebastian Paredes es tambien cándido é inocente, porque es excesivamente bueno, y el exceso de su propia bondad no

le permite dudar de la bondad ajena. Andrés Aranda, que es *vulgarmente* malo, engaña á Pilar por puro capricho, y sin tener plena conciencia del daño que causa. Pilar á su vez engaña á Sebastian natural y lógicamente, porque entre la elegancia y la belleza de Aranda, y la rusticidad y malas formas de Paredes, la eleccion no era dudosa para una niña de quince años.

Andrés Aranda llega tambien un dia en que es desdichado, porque ama y no es correspondido, y quizá esta falta de correspondencia es la causa de la persistencia de la pasion que produce la ruina de su fortuna.

El autor, al llegar al final de su libro y al ver cómo ha hecho desdichados á los tres personajes principales de su obra, por condiciones ajenas á la voluntad de cada uno de ellos y por circunstancias fatalmente lógicas, separa su vista de las consecuencias que de aquí pudieran deducirse, se refugia en un optimismo encantador y nos dice, que á pesar de todas las penas que afligen á los mortales desde la cama hasta el sepulcro, este es el único mundo posible, y por lo tanto que no hay más que tomarlo como es, y hasta entusiasmarse en ocasiones con sus bondades y excelencias.

III.

Lo que acabamos de decir acerca del fondo de la novela *Subir para caer*, sólo es el resultado de las impresiones personales que su lectura nos ha producido; impresiones que podrian resumirse en estas palabras: el sér humano es antes que todo y sobre todo un sér por extremo desdichado, pues el perpétuo anhelo de su alma consiste en desear lo que no tiene, y su perpétuo dolor es cansarse de lo que ya posee. Pero dejando á un lado estas consideraciones un tanto desconsoladoras, y fijando nuestra atencion en lo que su autor ha querido que sea la novela *Subir para caer*, justo es decir que Conrado Solsona ha sabido escribir una narracion de costumbres, en que demuestra su verdadero talento de observacion y hace alarde de singular gracejo en la expresion de su pensamiento.

Conrado Solsona no se ha propuesto adoctrinar á sus lectores, ni resolver en su novela árdulos problemas sociales: háse limitado su aspiracion á narrar un hecho eternamente nuevo para cada individuo humano, y eternamente antiguo en la humanidad, el dolor, la contrariedad, esa lucha que constituye la urdimbre del drama de la vida; drama que empieza con el sollozo del recién nacido y solo se termina con el ronco estertor del moribundo.

Conrado Solsona tiene la primera condicion á que debe aspirar todo autor de obras de amena literatura. *Subir para caer* no recuerda á las novelas de ningun otro escritor, circunstancia, en nuestro sentir, de grandísima valía, pues ella por sí sola marca la diferencia entre las creaciones literarias verdaderamente originales, y las imitaciones, que siempre son inferiores á las obras que sirven de modelo y guía á la inspiracion de sus autores.

Novelista es el que sabe describir á un personaje tan sóbria y exactamente como lo hace Conrado Solsona cuando dice: "Era el tal un estudiante de medicina, castellano viejo y burgalés por más señas. Se llamaba Sebastian Pare-

des. Conservaba todo el pelo de la dehesa y todo el oro de un corazón sin pervertir. Bonachon y confiado, con tierras en su pueblo y sin deudas en Madrid, bien visto y á veces bien explotado, probaba los cursos, pagaba á la patrona, y se permitía tal cual función en Eslava y tal cual regodeo en los Jardines de Euterpe ó de la Grande Oriental. Vestía ropa mal hecha, con más alas que copa en el sombrero y más cuello que faldones en la levita; pantalón de corto alcance y la cabeza rapada, como quinto en instrucción. Un gabán largo los domingos, y una capa más larga los otros días, eran prendas de abrigo para el médico en ciernes, de las que no se desprendía hasta cuarenta de Mayo, por aquello del refrán."

Novelista es el que sabe relatar, como lo hace Conrado Solsona en el capítulo titulado: "¡De merienda!" capítulo que es un verdadero cuadro de costumbres tan gráficamente presentado, como poéticamente concebido. Porque Solsona no es un pintor materialista que se limita á copiar los contornos y los dintornos con la exactitud de una máquina fotográfica, ni tampoco es un pintor puramente idealista que inventa horizontes y perspectivas que jamás han existido en la naturaleza; no: Solsona es un novelista cuyo *realismo*, en el recto sentido de esta clasificación, le aparta por igual de los extravíos del materialismo literario, que es la copia servil de la naturaleza física y moral, y de los ensueños del idealismo, que busca la belleza en las inaccesibles alturas donde desaparece toda visible realidad.

Pero no todo ha de ser plácemes y elogios, y algo debemos censurar en la novela *Subir para caer*. Conrado Solsona es aún muy joven, y este defecto, del que se irá corrigiendo conforme pasen los años, se refleja en las páginas de su novela, en la cual se nota un poco de inesperienza en las cosas de la vida. Así, por ejemplo, aquel elegante Andrés Aranda se ocupa de la conquista de la pobre Pilar con demasiado interés, dada la diferencia de clase que entre ambos existe.

IV.

Resumiendo para concluir. Hemos comenzado este escrito exponiendo, quizá con escasa oportunidad, nuestras ideas generales acerca de la clasificación de las obras novelescas.

Hemos hecho después algunas consideraciones poco agradables, acerca de las consecuencias que pudieran deducirse de la triste suerte, que cabe á los personajes principales de *Subir para caer*.

Por último, hemos reconocido las dotes de *artista literario* que Conrado Solsona ha demostrado al escribir su primera obra novelesca.

Ahora quizá deberíamos enlazar el principio de este escrito con las consideraciones que nos ha inspirado la lectura de *Subir para caer*, mostrando la proporción en que se hallan en esta novela el elemento histórico de los hechos que en ella se relatan, y el elemento filosófico de las ideas que existen en la mente de su autor.

Igualmente pudiera aquí hacerse ver, cómo el mismo argumento des-

envuelto por Conrado Solsona en su narracion de costumbres, es capaz de trasformarse, filosofando sobre los hechos que en ella se relatan y añadiendo algunos incidentes y personajes accesorios, en una verdadera novela ó poema histórico-filosófico, donde aparecerian problemas tan graves como los concernientes á la educacion que ha de darse en el seno de la familia, á los auxilios que debe prestar la sociedad á las clases pobres, á la pena que en ciertas circunstancias podria imponerse á la seduccion por medio del sentimiento amoroso, y sobre todo, á la debatidísima y trascendental cuestion que se plantea, cuando se intenta precisar los límites en que una pasion dominante, singularmente la pasion amorosa, dejan aún en ejercicio la facultad del libre albedrío, y cuando llega la ocasion que el sentimiento apasionado se convierte en verdadera monomanía y hace imposible por completo el uso de la libertad humana.

Ampliando estas indicaciones y algunas otras semejantes, podriamos confirmar todas y cada una de las ideas que expusimos acerca de nuestro concepto de literatura novelesca, sirviéndonos como ejemplo la sencilla narracion de costumbres *Subir para caer*; pero tememos que algun lector pudiese recordarnos aquel conocido latinajo, *non erat hic locus*, y como le sobraria la razon al que tal dijese, si nosotros presentásemos aquí la detallada exposicion didáctica de nuestras ideas sobre los géneros novelescos, ponemos término á este escrito, pero no sin felicitar sinceramente á nuestro amigo Conrado Solsona, por la gallarda muestra que ha dado de su ingenio literario en la entretenida novela que acabamos de examinar.

LUIS VIDART.

CRÓNICA DE MADRID.

Madrid, como la mayor parte de las grandes capitales de Europa, va tomando rápidamente, al entrar en la estación actual, la animación, el movimiento y la vida que le presta la llegada del invierno. Al primer soplo de las brisas del Norte han vuelto á sus hogares los *touristes* veraniegos que, en los pasados meses, se esparcieron por las pintorescas montañas del Pirineo, la admirable Suiza, las alegres costas de Normandía ó los melancólicos lagos de la poética Escocia. El gran mundo empieza á reunirse ya en pequeñas y familiares tertulias, precursoras de los grandes bailes y brillantes fiestas que se preparan. Se atribuye al monarca deseos de abrir una vez al mes los salones de palacio para obsequiar con grandes bailes, tales como sólo puede ofrecerlos un soberano, al mundo político, literario, aristocrático y militar, y al hablarse de grandes recepciones, cítanse también los nombres de los señores duques de Fernan-Nuñez, Sexto, Bailén, Híjar, marquesa de Arenales, condesas de Superunda, de Puñonrostro y de Heredia Spínola, que preparan, al decir de muchos, fiestas de todo género, desde las funciones dramáticas que tanta aceptación tienen en nuestra sociedad, hasta los bailes que terminan al aparecer el día. Los teatros han abierto sus puertas y dado principio á sus campañas artísticas; los paseos vuelven á verse concurridos, bulliciosos y alegres. Durante el pasado mes, las calles, plazas y cercanías de Madrid han ofrecido un animado espectáculo, cruzando, moviéndose y revolviéndose á todas horas una población ávida del espacio, del aire y del cielo que la naturaleza la prodigaba en los tranquilos y apacibles días del otoño, como compensación sin duda de los rigores impuestos por un terrible verano. Todo es, pues, esperanza y movimiento. Para todos, en esta época del año, la existencia se multiplica y esparce á través de tan diferentes campos, cuadros y sensaciones, para el político como para el literato, para el comer-

ciante como para el artista ó el que sólo se alimenta con los placeres mundanales.

* * *

Los teatros han estado todos muy concurridos, pero ofreciendo hasta ahora muy pocas novedades, y éstas de escaso mérito. *La Redoma encantada*, en el Circo, con Mariano Fernandez como único actor de primer orden, ha tenido lisongero éxito, á pesar de las muchas representaciones que obtuvo en la temporada anterior. Apolo, con una excelente compañía de zarzuela, ha inaugurado há poco su campaña, poniendo en escena *La Marsellesa*, y viéndose hasta ahora muy brillante y concurrido. Es de temer, sin embargo, que la empresa de tan elegante coliseo, si no consigue poner obras nuevas y de verdadero mérito, sufra la misma suerte que la que arrendó el teatro en la pasada primavera. Y no quisiéramos ser profetas de desgracias y calamidades; pero no creemos que haya en Madrid público suficiente para sostener dos teatros de zarzuela, ni es probable que Apolo pueda arrancar á Jovellanos su antiguo público, ni sus tradicionales abonados. Muchos han dado en decir que el teatro del Sr. Gargollo ha nacido con *mala estrella*, y que, siguiendo el mismo camino que hasta ahora ha llevado, todas las empresas que en él se sucedan han de arruinarse fatal y necesariamente. Nosotros no estamos conformes con los que tal afirman. El teatro de Apolo, salvo algunos defectos arquitectónicos é insignificantes que no estamos en circunstancias de poder juzgar, es un teatro que reúne las mejores condiciones para verse siempre brillantemente concurrido; el problema no está, pues, en el edificio; tal vez hallaríamos su inmediata solución recordando el escaso mérito de las compañías que en él han actuado desde su apertura y el mediano interés de las obras dramáticas allí estrenadas. Como apoyo de cuanto decimos, no tendríamos más que citar las veinte ó treinta noches que se repitió en aquel coliseo el drama del Sr. Echegaray *En el puño de la espada*, que fueron otros tantos llenos. Reúnanse, pues, en ese teatro compañías buenas y completas; pónganse en escena obras de verdadero valor, y el público acudirá sin duda alguna.

No se nos oculta que todo esto es muy difícil en los tiempos que corren; compañías buenas y completas no pueden reunirse hoy día en la capital de España, y no porque falten elementos para ello, sino porque nuestros cómicos, entre los que se cuentan verdaderas notabilidades, andan, y perdónese nos la comparación, como nuestros partidos políticos, divididos por celos y animosidades personales, hostiles y refractarios á toda idea de unidad de es-

fuerzos para alcanzar un día el comun objetivo, esto es, la rehabilitacion en nuestra escena del arte dramático español. Y si no, véase lo que sucede hoy en nuestros primeros teatros. En el Español actúan Vico y la Boldun; pero ¿son suficientes sus dos personalidades? El Sr. Calvo, que con tan admirable acierto interpreta nuestro teatro clásico, se ha visto en la precision de ir á provincias por no tener cabida en ningun teatro de la capital. Catalina, el único actor, segun muchos, que sabe hacer en España las comedias de costumbres, tampoco será escuchado este invierno por el público de Madrid que tanto le aprecia, é igual suerte ha cabido á otros muchos artistas, entre los cuales recuerdo la Teodora Lamadrid, á quien siempre echan de ménos nuestros primeros autores. Sólo en el teatro de la Comedia el inteligente Sr. Mario ha podido desde hace dos años reunir excelentes elementos para el género que cultiva. ¡Lástima que alguna de las obras que ha estrenado últimamente haya tenido tan escaso éxito!

* * *

La temporada del teatro Real se nos presenta este invierno tormentosa y sombría, preñada de nubes y de tempestades. La empresa ha realizado un numeroso abono, obteniendo con una hábil y reciente organizacion de turnos que el teatro se encuentre lleno todas las noches, y mucho hubiéramos tenido que agradecerla si hubiera desplegado igual actividad é inteligencia en la contrata de la compañía, y si algunos de los artistas que acaban de debutar hubieran respondido á las justas exigencias del público. La empresa, sin embargo, inauguró bien sus funciones poniendo en escena *Los hugonotes*, considerando que nuestros *diletanti* habian de pasarlo mal si dejase de ponerse en escena pronto y bien ese admirable *spartito* de Meyerbeer reconocido ya por amigos y enemigos como la primer ópera de este siglo.

Mucho se han comparado, analizado y discutido las obras musicales de Meyerbeer; sus óperas, como todas aquellas producciones que pasan á la posteridad llevando el sello indeleble del génio, han servido largo tiempo de blanco á los rudos ataques de sus contemporáneos, celosos de su gloria. Sólo á *Los hugonotes* estaba reservado reunir el sufragio, el aplauso y la admiracion de todos desde el primer dia que se pusiera en escena.

Porque *Los hugonotes* lo reunen todo.

En aquella música grandiosa se encuentran raudales de melodía al lado de la grandeza de los conjuntos y de la sin igual belleza instrumental, la más poderosa facultad del maestro. ¿Fué un clásico el autor de *Los hugonotes*? Mu-

chos lo han negado; pero lo que no puede dudarse es que aquella música produce efectos que asombran por su grandeza y que en ella la pasión se expresa con un lenguaje inmortal.

Y sin embargo, todas estas condiciones no bastaron para satisfacer á Meyerbeer. Su génio fué más allá todavía. Pretendió y consiguió dar á su trabajo un carácter profundo y sentido, juntamente con el sabor histórico de la época que retrata. El *Hernán Cortés* de Spontini, la *Muta* de Auber y el *Guillermo Tell* de Rossini, son también óperas históricas, pero abrazando un carácter general, conténtanse con poner en escena los personajes de tal ó cual época sin ofrecernos nada del color individual impreso en sus héroes por las pasiones políticas y religiosas de su tiempo. Sólo Meyerbeer supo precisar, no sólo en los personajes, sino también en las masas de su drama musical, el ciego fanatismo, tanto político como religioso, que se había apoderado de la Francia en el siglo XVI. Bajo este punto de vista, *Los hugonotes* no tienen rival; ninguna otra obra de su género nos ofrece nada que pueda comparársele. Allí vemos con asombro, expresadas con admirable exactitud, todas las pasiones de una época sembrada de calamidades y disturbios. Del un lado el *clericalismo* cruel y sanguinario, arrastrando las multitudes hácia los más tremendos excesos; del otro el protestantismo feroz, vengativo y provocante; y estos dos ódios, estas dos irreconciliables animosidades, se encarnan la una en San Bris, principal jefe de la liga, la otra en el hugonote Marcel. Luego, en cuadro de tan formidables elementos, aparece Chenonceux con sus intrigas y costumbres galantes; pintoresco fondo sobre el que se destacan para el drama las grandes figuras de Valentina y de Raul, elegantes, corteses y apasionadas, sin que ni por un momento dejen de pertenecer á su país ni á su tiempo.

Hay pocas óperas tan difíciles de interpretar ni que exijan tantos esmeros y cuidados, de parte, no sólo de los artistas á quienes estén encomendados sus importantísimos papeles, sino también de la empresa que se proponga ponerla en escena con la propiedad y exactitud que exige y merece. La empresa del teatro Real ha tenido la buena fortuna de presentarla hace ya algunos años con toda la perfección posible, dadas sus circunstancias, y no creemos aventurar mucho asegurando que ha sido la ópera cuya ejecución ha satisfecho más en las anteriores temporadas, desde que Mad. Sass, la gran cantante elegida por Meyerbeer para crear el papel de Sélika de su *Africana*, juntamente con el Sr. Stagno, Selva, Rota y Boccolini, la cantaron de aquella manera magistral que todavía recuerda y admira el público de Madrid.

Es de sentir que este año, en lo que va de temporada, algunas de las óperas puestas en escena después de *Los hugonotes* no hayan tenido el mismo satisfac-

torio éxito, porque, á no dudarlo, esta última ha satisfecho al público, si no en todas sus partes, al ménos en su conjunto. En ella puede admirarse una vez más la voz robusta, sonora y vigorosa de la señora Pozzoni, que ha ganado mucho con el reposo de los meses de verano, reposo que le permite manejar con más facilidad que de costumbre el registro agudo. En el andante de su duo con Marcel arranca nutridos y espontáneos aplausos de todo el público, y todavía sacaría mayor partido de esa gran pieza musical, tan en armonía con sus facultades, si fuera mejor secundada por el bajo Mr. Belval que, dicho sea de paso, habrá tenido excelente voz y excelente escuela, pero que hoy, por efecto sin duda de los años, ha perdido ya tales facultades casi por completo. En el cuarto acto, la señora Pozzoni raya también á grande altura, no sólo en el duo final, sino también en aquella célebre frase *salva á Raul*, en la que sería mucho más y con mayor justicia aplaudida, no lo dude la señora Pozzoni, si en la última nota no pretendiera exagerar el efecto, ensanchando la voz hasta el extremo de hacerla perder toda su sonoridad y todo su timbre y convirtiendo una nota grave de que sacaría inmenso partido en un grito destemplado que destruye en un segundo la admirable precisión, el calor y la verdad con que dice la primera parte de la frase.

Larga había de ser esta revista si nos propusiéramos indicar, con los detalles que merece, la exactitud con que el Sr. Stagno interpreta el difícilísimo papel de Raul. El Sr. Stagno es un artista consumado; bien lo prueba la suma delicadeza con que matiza la romanza del primer acto, y, sobre todo, la serenidad con que aborda el *setimino* del duelo, tan sembrado de escollos y dificultades, y en el que tantos tenores han naufragado al aventurarse en sus peligrosísimas regiones. El mismo Nicolini no lo ha cantado nunca, al ménos en Madrid, como lo escribió el maestro, pues sustituía el *do* de pecho de la última frase por un *la* natural, destruyendo así todo el efecto de tan maravilloso conjunto. El Sr. Stagno ataca ese *do* de pecho con sin igual valentía, volviendo á un *sí* que sobresale poderosamente por encima de la orquesta y de las voces que le acompañan. En el duo final, en esa página inmortal en que los más embriagadores arranques de la pasión se hallan expresados con tan palpitante exactitud, el ya célebre tenor se mantiene siempre á la misma altura, sin decaer un solo momento. Reciba nuestra enhorabuena.

Si hay, como aseguran muchos, un dios para el servicio particular de los enamorados, no es ménos exacto que existe también un génio bienhechor y poderoso que protege á las empresas teatrales, y especialmente á la del teatro Real en sus situaciones más apuradas y angustiosas. La señora Baillon Marianoni se ha encontrado de paso en esta córte en momento tan oportuno,

que la citada empresa no tendrá nunca ni gratitud ni dinero bastante con que pagar el señalado servicio que acaba de recibir de la simpática artista. Bien es verdad que tampoco ella tendrá por qué arrepentirse al haberse presentado en nuestra escena interpretando á satisfacción de todos el papel de protagonista en la más preciosa ópera del inmortal Rossini. *Il Barbiere di Siviglia*, esa cascada de perlas, como la definió un crítico célebre, presenta un ancho campo á la señora Baillon donde poder lucir la prodigiosa agilidad de su garganta y la excepcional flexibilidad de su voz, condiciones que hacen olvidar su escasa afinacion y el timbre poco simpático de sus notas agudas. El público la ha colmado de aplausos y de bravos, á los cuales unimos nosotros nuestros modestos plácemes y alabanzas.

Réstanos tan sólo cumplir con un penoso deber y consignar, con harto sentimiento, el fracaso de la señorita Gerster. Púsose en escena el *Rigoletto*, de Verdi, la más inspirada *partitura* del maestro italiano, segun autorizadas opiniones, y que nuestro público conoce hasta en sus menores detalles. La señorita Gerster la habia cantado en Venecia más de treinta noches con extraordinario éxito, segun algunos; segun otros, con poca fortuna. Lo cierto es que en Madrid se esperaba mucho de esta jóven artista, tanto por la reputacion de que venia precedida, como por saberse que habia obtenido el primer premio en el Conservatorio de Viena, considerado hoy en el mundo artístico como el primero de Europa. Por desgracia, la señorita Gerster defraudó las esperanzas de la empresa y del público, siendo objeto, durante toda la representacion, de inequívocas, ruidosas y poco galantes manifestaciones de desagrado; lamentable espectáculo, cuya responsabilidad recae plenamente en la empresa, y de ningun modo en la inocente artista, á quien sólo pudiera acriminarse la confianza en sus facultades, que sólo los imprudentes halagos y felicitaciones de amigos y allegados pueden justificar. La empresa del teatro Real toca ahora las consecuencias de su ligereza en contratar cuatro principiantas, que sólo deberia emplear en los papeles secundarios de las óperas, y viéndose ahora en la imperiosa necesidad de traer una tiple de *primo cartello*, cuestion difícil por lo avanzado de la estacion. Es de extrañar que se desconozcan hasta ese punto las exigencias de nuestro público. En Madrid son necesarios, por lo ménos, dos cuartetos de primer órden, y la verdad es que hoy no los tenemos. Las artistas alemanas han dado muy poco resultado; el bajo, Mr. Belvál, ha sido mal recibido; la contralto, señorita Olga, tampoco gustó en *Rigoletto*, y, segun se cuenta, abriga muy sérios temores para cuando tenga que darse á conocer en papeles de mayor importancia; en una palabra, la compañía de ópera, que cuenta con muy reputados artistas, es

tan incompleta, que ha de proporcionar muy sérios disgustos á los abonados, empresa y público en general.

Mucho se ha hablado estos últimos días, y hasta la misma prensa lo ha hecho, con motivo del fracaso de la señorita Gester, del sistema poco galante que emplea el público de nuestro primer teatro para manifestar su desagrado. Creemos que este cargo está lanzado con escasa justicia. La experiencia ha demostrado que ni el silencio, ni siquiera el *chicheo*, son medios suficientes para que un artista que desagrada renuncie á su contrata. Tiene, pues, el público que apelar á los medios extremos: por eso digimos más arriba que estas responsabilidades recaen tan sólo en la empresa, que no sabiendo apreciar las condiciones y las facultades de un cantante, le espone á esa tristísima suerte, comprometiendo así todo un porvenir artístico.

No crea la empresa del teatro Real que al dirigirla esta censura nos mueve otro interés que el suyo propio. La opinion de la mayoría del público es la norma que debe dirigir á esta como á las demás asociaciones artísticas que viven por él y para él. Hacerse eco de su opinion, reproducir con exactitud sus impresiones y respetar siempre sus soberanos fallos, es á nuestro entender el mayor servicio que puede hacerse á las empresas y á los artistas en general, cumpliendo con la mision y altos deberes que la crítica impone.

L. F. DE C.

Madrid, 30 de Octubre de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.